

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXII

Nº I I

DICIEMBRE 2009



NUESTRA PORTADA:

TESOROS DEL MUSEO DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Cruz procesional.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXII

Diciembre 2009

Nº 11

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Saludo del Sr. Obispo con motivo de la Celebración de la efemérides de los cien años de presencia de los PP. Salesianos en Ourense. <i>“Don Bosco vive en Ourense”</i>	1527
Actividades del Sr. Obispo	1532

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos	1537
Constitución de la Cofradía de Santa María Madre	1538
Defunciones	1539
Vicaría General	
Normas y orientaciones pastorales para fomentar el culto de la Eucaristía fuera de la Misa y proteger los lugares de reserva	1540
Vicaría de Pastoral	
Lección inaugural del Curso de Doctrina Social de la Iglesia 2009-2010	1544

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Discurso inaugural del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la CEE en la XCIV Asamblea Plenaria de la CEE	1559
Discurso de Mons. Renzo Fratini, Nuncio de Su Santidad en España y Andorra	1571
Nota final de la XCIV Asamblea Plenaria de la CEE	1573
Declaración ante la crisis moral y económica	1578
Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal	1584
Mensaje de la Comisión Episcopal de Migraciones <i>“Los emigrantes y refugiados menores de edad. Hoy acogemos, mañana compartimos”</i> Jornada Mundial del Emigrante	1591
Nombramiento: D. Ginés Ramón García Beltrán, nuevo Obispo de Guadix	1595
Nota de los obispos de la subcomisión para la Familia y la defensa de la Vida con motivo de la Jornada de Familia	1596

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus	1603
Audiencias	1607

Discursos.....	1621
Homilias	1646
Mensajes	1651
Carta Apostólica en forma de Motu Proprio: <i>OMNIUM IN MENTEM</i>	1671

Santa Sede

Mensaje del Cardenal Secretario de Estado a la Presidenta de la II Conferencia de examen de la convención sobre la prohibición del empleo, almacenamiento, producción y transporte de las minas antipersona y su destrucción	1675
Intervención del Mons. Celestino Migliore, Observador permanente de la Santa Sede ante la ONU, durante la 64ª sesión de la Asamblea General de la ONU	1677
Declaración para la tutela de la figura del Papa	1679
Carta a los sacerdotes sobre la obediencia, del Arzobispo Mauro Piacenza, secretario de la Congregación vaticana para el Clero.....	1680
Carta a los sacerdotes sobre la oración, del cardenal Cláudio Hummes, prefecto de la Congregación para el Clero	1681

CRÓNICA DIOCESANA

Diciembre	1685
-----------------	------



LA VOZ DEL PRELADO

Saludo del Sr. Obispo con motivo de la Celebración de la efemérides de los cien años de presencia de los PP. Salesianos en Ourense

Don Bosco vive en Ourense

Hace ahora cien años que llegó a nuestra ciudad un puñado de religiosos Salesianos con la ilusión de transmitir a nuestros jóvenes el maravilloso legado de San Juan Bosco.

Aquel Burgo de comienzos del siglo pasado al que llegaron los primeros Salesianos ha crecido con pulso firme, hasta configurar en la actualidad una de las principales ciudades de Galicia no sólo por su población, sino por su historia y por su personalidad. Cuando se habla del importante papel que a Ourense le corresponde en la historia de Galicia no se pueden olvidar estos años de nuestro pasado reciente, de duro esfuerzo de todos, en los que los educadores de los jóvenes han tenido un protagonismo singular.

Al recordar la historia de un pueblo, uno se da cuenta de que el factor humano siempre es el determinante. En nuestro caso de Ourense, esto es especialmente relevante al comprobar el elevado número de personalidades de todos los ámbitos que hicieron de esta ciudad el escenario de su magisterio, de sus sueños y de sus ideales. El Ourense que hoy disfrutamos será siempre deudor de esos hombres y mujeres excepcionales que, sobre todo en los complejos años del siglo pasado, abrieron nuestra ciudad al espacio y al tiempo.

Quiero invitar a la familia salesiana de Ourense en esta celebración a recordar con gratitud la historia de gracia y de compromiso que habéis significado para nuestra ciudad. Vuestra presencia aquí coincide con un período determinante de nuestra historia y, en esa vuestra presencia, se ha implicado la ciudad misma. Por vuestras aulas y por vuestros oratorios, han pasado familias enteras; con vosotros han aprendido a leer, a rezar, a amar a la Santísima Virgen, bajo la advocación de María Auxiliadora; con vosotros se han enamorado de su ciudad y han paseado, orgullosos, su nombre por el mundo entero. Tan dentro de esta ciudad está la presencia salesiana que ya hoy forma parte de su modo de ser.

El modo de ser salesiano tiene sus raíces en un hombre extraordinario, S. Juan Bosco. Aquel niño que a los nueve años tiene un sueño que va a marcar su vida para siempre, llegará a ser un sacerdote que se dedicará por entero a los muchachos más abandonados.

Para cumplir su misión, D. Bosco, ya sacerdote, comienza acercándose a la situación concreta en que viven los jóvenes de los barrios de Turín, que se está abriendo a la industrialización, que atrae y devora a los muchachos de los pueblos en busca de trabajo. Él conoce bien la pobreza del campo porque

allí nació y creció; pero sabe poco de lo que es la miseria de la periferia de la gran ciudad; y no se imagina cómo son esos jóvenes. Si intentaba acercarse a ellos, casi todos huían desconfiados y esquivos. Comprende pronto la dificultad de ganárselos con su palabra o con sus juegos; intuye que tendrá que ganarlos uno a uno con la bondad y la paciencia. Y a esa misión se dedicará en una entrega total de sí mismo, sin reservas y sin condicionamiento de ningún tipo. Irá introduciendo a cada joven en el conocimiento de Jesucristo y con paciencia y amor le ayudará a ver la vida con ojos nuevos.

La historia de D. Bosco se renueva a través de los años y en los más dispares lugares del mundo en sus hijos. Una historia que aquí en Ourense produjo alguna de sus mejores páginas y está rubicada con sangre de mártires.

La presencia salesiana vive también hoy entre nosotros un momento iluminador. Vuestra entrega en el ámbito educativo y profesional, vuestro servicio a los inmigrantes y marginados, la cercanía pastoral a tantos fieles muestra a todos el amor de Jesucristo y de su Iglesia.

Soy testigo del gran esfuerzo que los Salesianos están haciendo por la defensa de la libertad de enseñanza entre nosotros. Sin esa libertad, no se puede garantizar la libre transmisión de la fe y de los valores cristianos. Todos les estamos agradecidos por esta resuelta y

no fácil defensa de los derechos fundamentales de la persona humana.

La celebración del centenario de la llegada entre nosotros de los primeros Salesianos nos permita constatar con gratitud y alegría que S. Juan Bosco está todavía entre nosotros. Eso es posible porque Jesucristo penetró con fuerza en el corazón de tantos hijos de D. Bosco que sembraron y siguen sembrando la esperanza cristiana en el corazón de los ourensanos.

Los actos de este año serán la ocasión para la vivencia de momentos inolvidables. Ante todo daremos gracias a Dios por esta larga y decisiva etapa de vuestra presencia en Ourense. Seremos muchos los que nos sentiremos reconocidos en ella. Muchos de los que han pasado por vuestras casas, por vuestros colegios y oratorios recibirán sin duda emocionados y agradecidos vuestra llamada para acudir a esta fiesta de la que son protagonistas.

Tampoco han de faltar en este año la súplica y el compromiso para encarar con resuelta valentía e ilusión el futuro. Es éste un momento providencial para renovar la fidelidad a un carisma tan bendecido por la Iglesia. En este sentido, la presencia entre nosotros, en el próximo mes de mayo, de vuestro Rector Mayor, Don Pascual Chávez Villanueva, será la mejor oportunidad para mostrar en su persona el cariño y la confianza que esta Diócesis de Ourense tiene puestos en la Familia Salesiana.

No quisiera terminar sin poner en manos de María Auxiliadora el futuro de esta Familia tan querida y tan necesaria para nuestra Diócesis. Ella os seguirá protegiendo con cariño de Madre y os dirá al corazón que no hay otro camino hacia el futuro que volver al amor primero. Es uno de los frutos que pido al Señor en la celebración de este Centenario, consciente

de que Ourense os necesita más que nunca porque santos como D. Bosco y Congregaciones como la vuestra son decisivos para el futuro de la Iglesia y de la sociedad.

Con profunda gratitud y afecto,

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Saúdo do Sr. Bispo con motivo da Celebración da efemérides dos cen anos de presenza dos PP. Salesianos en Ourense

Don Bosco vive en Ourense

Fai agora cen anos que chegou á nosa cidade un puñado de relixiosos Salesianos coa ilusión de transmitir ós nosos mozos o marabilloso legado de San Xoán Bosco.

Aquel Burgo de comezos do século pasado ó que chegaron os primeiros Salesianos creceu con pulso firme, ata configurar na actualidade unha das principais cidades de Galicia non só pola súa poboación, senón pola súa historia e pola súa personalidade. Cando se fala do importante papel que a Ourense lle corresponde na historia de Galicia non se poden esquecer estes anos do noso pasado recente, de duro esforzo de todos, nos que os educadores dos mozos tiveron un protagonismo singular.

Ó lembra-la historia dun pobo, un dáse conta de que o factor humano

sempre é o determinante. No noso caso de Ourense, isto é especialmente relevante ó comproba-lo elevado número de personalidades de tódolos ámbitos que fixeron desta cidade o escenario do seu maxisterio, dos seus sonos e dos seus ideais. O Ourense que hoxe gozamos será sempre debedor deses homes e mulleres excepcionais que, sobre todo nos complexos anos do século pasado, abriron a nosa cidade ó espazo e ó tempo.

Quero convidar á familia salesiana de Ourense nesta celebración a lembrar con gratitude a historia de graza e de compromiso que significastes para a nosa cidade. A vosa presenza aquí coincide cun período determinante da nosa historia e, nesa vosa presenza, implicouse a cidade mesma. Polas vosas aulas e polos vosos oratorios, pasaron

familias enteiras; con vós aprenderon a ler, a rezar, a amar á Santísima Virxe, baixo a advocación de María Auxiliadora; con vós namoráronse da súa cidade e pasearon, orgullosos, o seu nome polo mundo enteiro. Tan dentro desta cidade está a presenza salesiana que xa hoxe forma parte do seu modo de ser.

O modo de ser salesiano ten as súas raíces nun home extraordinario, S. Xoán Bosco. Aquel neno que ós nove anos ten un sono que vai marca-la súa vida para sempre, chegará a ser un sacerdote que se dedicará por enteiro ós rapaces máis abandonados.

Para cumpri-la súa misión, D. Bosco, xa sacerdote, comeza achegándose á situación concreta en que viven os mozos dos barrios de Turín, que se está abrindo á industrialización, que atrae e devora ós rapaces dos pobos en procura de traballo. El coñece ben a pobreza do agro porque alí naceu e creceu; pero sabe pouco do que é a miseria da periferia da gran cidade; e non se imaxina como son eses mozos. Se tentaba achegarse a eles, case todos fuxían desconfiados e esquivos. Comprende pronto a dificultade de os gañar coa súa palabra ou cos seus xogos; intúe que terá que gañalos un a un, coa bondade e a paciencia. E, a esa misión dedicárase nunha entrega total de si mesmo, sen reservas e sen condicionamento de ningún tipo. Irá introducindo a cada mozo no coñecemento de Xesus Cristo e con paciencia e amor axudarlle a ve-la vida con ollos novos.

A historia de D. Bosco renóvase a través dos anos e nos máis dispares lugares do mundo nos seus fillos. Unha historia que aquí en Ourense produciu algunha das súas mellores páxinas e está rubricada con sangue de mártires.

A presenza salesiana vive tamén hoxe entre nós un momento iluminador. A vosa entrega no ámbito educativo e profesional, o voso servizo ós inmigrantes e marxinados, a proximidade pastoral a tantos fieis mostra a todos o amor de Xesus Cristo e da súa Igrexa.

Son testemuña do gran esforzo que os Salesianos están facendo pola defensa da liberdade de ensinanza entre nós. Sen esa liberdade, non se pode garantir a libre transmisión da fe e dos valores cristiáns. Todos lles estamos agradecidos por esta resolta, e non fácil, defensa dos dereitos fundamentais da persoa humana.

A celebración do centenario da chegada entre nós dos primeiros Salesianos permítanos constatar con gratitude e ledicia que S. Xoán Bosco está aínda entre nós. Iso é posible porque Xesus Cristo penetrou con forza no corazón de tantos fillos de D. Bosco que sementaron e seguen sementando a esperanza cristiá no corazón dos ourensáns.

Os actos deste ano serán a ocasión para a vivencia de momentos inesquecibles. Ante todo daremos grazas a Deus por esta longa e decisiva etapa da vosa presenza en Ourense. Seremos moitos

os que nos sentiremos recoñecidos nela. Moitos dos que pasaron polas vosas casas, polos vosos colexios e oratorios recibirán sen dúbida emocionados e agra-
decidos a vosa chamada para acudir a esta festa da que son protagonistas.

Tampouco han de faltar neste ano a súplica e o compromiso para encarar con resolta valentía e ilusión o futuro. É este un momento providencial para renova-la fidelidade a un carisma tan bendito pola Igrexa. Neste sentido, a presenza entre nós, no vindeiro mes de maio, do voso Reitor Maior, Don Pascual Chávez Villanueva, será a mellor oportunidade para amosar na súa persoa o cariño e a confianza que esta Diocese de Ourense ten postos na Familia Salesiana.

Non quixese rematar sen poñer en mans de María Auxiliadora o futuro desta Familia tan querida e tan necesaria para a nosa Diocese. Ela seguiravos protexendo con cariño de Nai e diravos ó corazón que non hai outro camiño cara o futuro que volver ó amor primeiro. É un dos froitos que pido ó Señor na celebración deste Centenario, consciente de que Ourense vos precisa máis que nunca porque santos como D. Bosco e Congregacións como a vosa son decisivos para o futuro da Igrexa e da sociedade.

Con profunda gratitude e afecto

Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

NOVIEMBRE

- Día 28: Preside la Vigilia de Adviento en la S. I. Catedral.
- Día 29: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santa María de Mandín, Santa María de Feces de Abaixo y San Andrés de Rabal en el Arciprestazgo de Verín-Laza.
- Día 30: Encuentro y Celebración Eucarística con la Comunidad de los PP. Salesianos de la ciudad.

DICIEMBRE

- Día 2: Asiste a la Lección Inaugural del Curso de Doctrina Social de la Iglesia 2009-2010 con el título “Identidad cristiana. Convicciones versus Sociología”, impartida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Jesús Sanz Montes, OFM, Obispo electo de Oviedo y Obispo de Huesca y Jaca en el Centro Cultural de la Diputación.
- Día 6: Preside el Pregón de las fiestas del Seminario Menor.
Asiste al Acto de Conmemoración del XXXI aniversario de la Constitución Española en el Auditorio Municipal.
- Día 7: Preside la Vigilia de la Inmaculada en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.
- Día 8: Solemne Concelebración Eucarística en el Seminario Menor en la fiesta de su Patrona, María Inmaculada.
Misa Pontifical en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 9: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 11: Graba en el Obispado la felicitación navideña para los televidentes de Popular TV.
- Día 12: Dirige un retiro espiritual para jóvenes en este tiempo de Adviento.
- Día 13: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa Lucía de Rairo en la fiesta de su Patrona.
Preside la Celebración Eucarística a los miembros de la ONCE que celebran a su Patrona en la Parroquia de María Auxiliadora.

- Día 15: Preside la Bendición e Inauguración de la Exposición de “Belenes del mundo” en el Obispado.
Bendición del belén navideño en el Liceo.
- Día 16: Asiste a una entrevista en el programa El Ojo Crítico de Auria TV con motivo de las fiestas de la Navidad.
- Día 17: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. Manuel Álvarez Rodríguez en la Parroquia de San Salvador de Arnoya.
Asiste a una entrevista en TV Ribeiro con motivo de las fiestas de la Navidad.
- Día 18: Preside la Celebración Eucarística en la Residencia de Ancianos Nuestra Señora de la Esperanza de la Fundación San Rosendo en A Farixa.
Clausura los Ejercicios Espirituales de sacerdotes en la Casa Diocesana de Ejercicios.
Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos en la Casa de Ejercicios.
- Día 19: Reunión de los Sres. Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago.
- Día 21: Preside la Celebración de la Luz de la Paz de Belén en la Iglesia de Santa María Madre.
- Día 22: Reunión del Consejo Episcopal.
Preside la Celebración Eucarística a los seminaristas, bendice el belén del Seminario Mayor y comparte con ellos la cena navideña.

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **17 de diciembre de 2009**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Dr. Sr. D. Miguel Ángel Pérez de Juan Romero**, como Director de la residencia para sacerdotes mayores y geriátrico del Seminario Mayor de Ourense; y el nombramiento del **M.I. Sr. D. Ramiro González Cougil**, como Capellán de la Cofradía de Santa María Madre de Ourense.

Con fecha **17 de diciembre de 2009**, se renuevan los cargos del CONSEJO DIOCESANO DE ASUNTOS ECONÓMICOS:

LUIS QUINTEIRO FIUZA, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE OURENSE

Habiendo finalizado el plazo de vigencia del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos, y a fin de proceder a su renovación; de conformidad con la normativa canónica, por el presente, previas las informaciones oportunas sobre las condiciones requeridas para asumir la particular atención y responsabilidad que exige la Administración Económica de la Diócesis, **NOMBRAMOS** como **MIEMBROS DEL CONSEJO DIOCESANO DE ASUNTOS ECONONÓMICOS** a las siguientes personas:

Iltmo. Sr. D. José Estévez Armada,
Iltmo. Sr. D. José Rodríguez Gallego,
Rvdo. D. Agustín Salgado Conde,
Rvdo. D. Rufino Estévez Pérez,
Rvdo. D. Roberto Álvarez Sánchez,
Rvdo. Sr. D. Martín Atanes Losada,
D. Antonio Pol González,
D. Julio Soto Varela,
D. Tomás Pérez Vidal,
D. Manuel Gómez-Franqueira Álvarez,
D. Juan Carlos Cabanelas Rodríguez,
D. José Carlos Yáñez López,

D. José Jesús Cudeiro Mazaira,
Rvdo. D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez,
Secretario Rvdo. Sr. D. José Ramón Domínguez Castro,

por un período de cinco años, con los derechos y deberes señalados en el Código de Derecho Canónico (cc. 492; 493; 1277) y en las normas de la Conferencia Episcopal Española.

En Ourense a diecisiete de diciembre de dos mil nueve.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Constitución de la Cofradía de Santa María Madre

Don Luis Quinteiro Fiuza, por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica Obispo de Ourense.

Vista la solicitud presentada por el Ilmo. Sr. D. Serafín Marqués Gil, Deán-Presidente del Excmo. Cabildo de la S. I. Catedral de Ourense, en nombre de éste último, en la que pide la refundación y erección canónica de la “Cofradía Santa María Madre de Ourense”, y la aprobación de los Estatutos de la misma y teniendo en cuenta:

1. Que las asociaciones (Cofradías y Hermandades) que pretenden promover el culto público son asociaciones públicas de fieles y deben ser erigidas por la autoridad eclesiástica competente (cc. 301 y 312), bajo cuya vigilancia y régimen quedan sometidas (c. 305).

2. Dado el carácter público de la cofradía (c. 301- 3º) y la necesidad de la aprobación de sus Estatutos (cc. 304, 314 y 3015) a los que debe ajustarse la actividad e iniciativas de la cofradía;

Por el presente, previos los informes favorables y aplicando los Estatutos generales que para Cofradías y Hermandades existen en esta Diócesis, de conformidad con la legislación canónica aplicable:

A.- **ERIGIMOS** la “COFRADÍA SANTA MARÍA MADRE DE OURENSE”, ubicada en la Iglesia de Santa María Madre de la ciudad de Ourense.

B.- **APROBAMOS**, “ad experimentum” por un período de tres años, los Estatutos de dicha Cofradía.

Con esta erección canónica podrá recabar, si lo necesita, el reconocimiento civil de su personalidad jurídica, previos los trámites de inscripción en el registro de entidades religiosas. (BOE, nº 27, 30/01/1981)

Dado en Ourense a diecisiete de diciembre de dos mil nueve.

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. D. Manuel Álvarez Rodríguez**. Falleció el 16 de diciembre de 2009, en Arnoya, a los 79 años de edad. Había nacido en la parroquia de San Salvador de Arnoia el 14 de diciembre de 1930. Realizó sus estudios en el Seminario de Ourense y fue ordenado sacerdote en la Capilla del Seminario Mayor del Divino Maestro de Ourense el día 27 de junio de 1954. Ejerció el ministerio en esta Diócesis, en las parroquias de Santa María de Vila y San Juan de Paradela desde su ordenación hasta 1956 y como coadjutor de San Salvador de Arnoia hasta 1957, cuando se trasladó a Brasil como miembro de la OCSHA, donde estuvo entre 1957 y 1982 y desde 1985 a 1987. A su regreso de Brasil, estuvo destinado en Santa Lucía de Rairo y La Inmaculada de Montealegre. En 1987 fue destinado a Santa María de Cortegada como párroco y como administrador de las parroquias de Santa María de Condado, San Paio de Trado y San Martín de Valongo, hasta 2004, año de su jubilación.

VICARÍA GENERAL**NORMAS Y ORIENTACIONES PASTORALES PARA FOMENTAR EL CULTO DE LA EUCARISTÍA FUERA DE LA MISA Y PROTEGER LOS LUGARES DE LA RESERVA**

El Concilio Vaticano II y numerosos documentos posteriores, especialmente de Juan Pablo II y de Benedicto XVI, han puesto de relieve la centralidad del misterio de la Eucaristía en la vida y en la misión de la Iglesia. “*La Eucaristía fuente de vida eclesial*” (=EFVE) ha sido también el título y el tema de mi Carta Pastoral que lleva fecha del uno de marzo de de 2006.

A la luz de esos documentos y en sintonía también con las orientaciones del último Plan Cuatrienal de la Conferencia Episcopal Española, nuestra diócesis ha elegido el Misterio Eucarístico como eje vertebrador de las sucesivas Programaciones Diocesanas de Pastoral del cuatrienio en curso.

En línea con todo ello, parece oportuno añadir algunas normas y orientaciones prácticas menos explícitamente atendidas en los documentos anteriores y, en algunos casos un tanto descuidadas en algunas iglesias de nuestra diócesis.

Con ellas, se intenta también dar respuesta a una preocupación que la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos ha manifestado en carta a los Obispos de España sobre robos y profanaciones de la Santa Eucaristía, que lamentablemente han afectado también a algunas de nuestras iglesias.

En consecuencia,

DISPONGO

1.- Dada la relación singular existente entre el sacerdocio ministerial y la Eucaristía, es deber de los presbíteros ser ejemplos vivos de fervor eucarístico para los demás fieles, no sólo en la celebración de la Misa, sino también en todo lo que implica el culto a la Eucaristía fuera de la Misa (EFVE 12-15).

Es de suma importancia que tanto el sacerdote como el ministro extraordinario de la Comunión adopten actitudes de reverencia, adoración, decoro y cuidado esmerado respecto del Santísimo Sacramento al comulgar ellos, al portar las sagradas especies, al dar la sagrada Comunión a los fieles y al depositar las formas en el sagrario.

2.- Todos los sacerdotes en activo deberán tener, al menos en una de las iglesias que tienen confiadas, un ejemplar del *Ritual de la Sagrada Comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa* (=RCEFM); releerlo atentamente con sus *prenotandos* y, a su luz, corregir, en cuanto sea preciso, las propias actuaciones.

Catequesis sobre la Eucaristía fuera de la Misa

3.- Es imprescindible una asidua catequesis eucarística, que no se limite a la Misa y la Comunión, sino que incluya también las diversas formas, aspectos y frutos del culto a la Eucaristía fuera de la Misa. Esta catequesis deberá nutrirse del citado Ritual, de todo “*lo ocurrido en los últimos años de la vida de la Iglesia*” (Sacramentum caritatis - =SCa -, 4) (Véase también Catecismo de la Iglesia Católica - =CCE 1322-1419).

4.- Algunos aspectos sobre los cuales deberá insistir esta catequesis:

*-El sentido de la presencia, “verdadera, real y sustancial” de Cristo bajo las especies eucarísticas (“*sentido del misterio de Dios presente entre nosotros*” -SCa, 65-), a quien se debe un culto de adoración como a Dios, y el consiguiente respeto, decoro y cuidado diligentísimo con que debe ser tratado. (Tal sentido es incompatible, v. gr., con el bullicio de conversaciones en voz alta, que tiene lugar en algunas iglesias en determinados momentos, como si fueran la plaza pública).

*- El sentido del deber de corresponder a esa presencia con visitas y actos de adoración y oración, personales y comunitarios, de modo que no pueda decirse con verdad que en nuestra Diócesis tenemos “*sagrarios abandonados*”.

*-El sentido del gesto de arrodillarse (salvo quienes no puedan hacerlo por causa razonable) en el momento de la consagración, o de hacer, los que no puedan

arrodillarse, una inclinación profunda mientras el sacerdote hace la genuflexión después de ella (OGMR n.43); así como el sentido del gesto de la genuflexión o inclinación profunda al pasar ante el Santísimo (OGMR 42-44; 274-275)

*- El modo correcto de dar y recibir la comunión en la mano: el comulgante extenderá la palma abierta de su mano hacia el ministro haciendo una inclinación de cabeza; el ministro muestra la sagrada forma al comulgante y la deposita en su mano y el comulgante la toma con su otra mano y comulga al instante antes de darse la vuelta (OGMR 161).

*-El deber de una oportuna y sincera acción de gracias después de comulgar dentro o fuera de la Misa, permaneciendo algún tiempo en oración y procurando que la vida diaria sea vivida en acción de gracias y produzca frutos más abundantes de caridad fraterna (RCEFM 25).

Ministros extraordinarios

5.- En las iglesias donde fuera necesario uno o varios ministros extraordinarios de de la Comunión, el párroco o rector de la iglesia procure elegir personas de conducta recta y fe sincera, formadas en este servicio.

Salvo casos excepcionales estimados por el Ordinario del lugar, deberán acreditar dicha formación mediante certificado expedido por la Delegación diocesana de Liturgia o por otra institución recono-

cida (Instituto Teológico Divino Maestro, Escuela Diocesana de Teología...).

6.- Para las personas así elegidas, el párroco solicitará, por escrito, y esperará la preceptiva designación previa por parte el Ordinario del lugar (Cn 910); ateniéndose a los términos de esa designación en cuanto a la duración del mandato y a otras circunstancias que pudiera determinar la designación.

Es recomendable que los ministros extraordinarios sean instituidos conforme al rito previsto en el RCEFM, pgs. 121-123.

Fomento del culto eucarístico

7.- Al menos en las parroquias de la Ciudad y de las villas, procúrese lograr que un número suficiente de personas devotas de la Eucaristía velen por turnos al Santísimo Sacramento, de manera que pueda garantizarse la presencia de alguien en la iglesia, para que ésta pueda permanecer abierta, sin peligro de robos o profanaciones, el mayor tiempo posible durante el día.

8.- Es conveniente que en las iglesias donde se reserva el Santísimo se tenga con cierta frecuencia la exposición y bendición con el mismo, invitando a los fieles a ella (Cn 941). Es un modo excelente de conducirles a la profundización del misterio eucarístico celebrado y presente en el sagrario.

9.- En las iglesias y oratorios a los que acude un mayor número de fieles,

se aconseja hacer todos los años una exposición solemne del Santísimo Sacramento prolongada durante un tiempo adecuado, de modo que los fieles mediten más profundamente sobre el Misterio Eucarístico y lo adoren (Cn. 942).

10.- Es sumamente recomendable que en los seminarios, comunidades religiosas y en las parroquias donde sea posible, se tenga la ***Adoración Nocturna***, de acuerdo con el ritual aprobado.

11.- En las parroquias principales téngase la procesión del ***“Corpus”***, en el día de la solemnidad o en otro domingo próximo, exhortando a los fieles a una participación fervorosa (Cn 944). Es conveniente que se tenga después de la Misa para que se capte mejor que la presencia real y substancial del Señor es fruto del sacrificio eucarístico.

Reserva del Santísimo y su seguridad

12.- Deben observarse con rigurosa fidelidad las prescripciones del CIC en su Cn 938:

1.- Habitualmente, la santísima Eucaristía estará reservada en un solo sagrario de la iglesia u oratorio.

2.- El sagrario en el que se reserva la santísima Eucaristía ha de estar colocado en una parte de la iglesia u oratorio verdaderamente noble, destacada, convenientemente adornada y apropiada para la oración. (Esta última condición aconsejará que el sagrario no esté situado en

el altar o el retablo mayor en iglesias que dispongan de otro espacio que cumpla las demás condiciones, especialmente si son frecuentadas por turistas).

3.- *El sagrario en el que se reserva habitualmente la santísima Eucaristía debe ser inamovible, hecho de materia sólida no transparente, y cerrado de manera que se evite **al máximo** el peligro de profanación.* (Sería un gravísimo contrasentido que, para proteger un sagrario, por muy valioso o artístico que sea, se diesen facilidades para abrirlo sin daños –v. gr. dejando la llave en lugar visible – desprotegiendo así las sagradas especies).

4.- *por causa grave, se puede reservar la santísima Eucaristía en otro lugar digno y más seguro, sobre todo durante la noche.*

5.- *Quien cuida de la iglesia u oratorio ha de proveer a que se guarde con la mayor diligencia la llave del sagrario en el que está reservada la santísima Eucaristía.*

13.- *“Ante el sagrario en el que esté reservada la santísima Eucaristía ha de lucir constantemente una lámpara especial (preferiblemente de cera o aceite), con la que se indique y honre la presencia de Cristo” (Cn 940)*

Dado en Ourense, a diez de diciembre de dos mil nueve.

Fdo.: + Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Por mandato de S. Excia. Rvdma.
El Vicecanciller-Secretario

Casos de supresión de la reserva

14.- En aquellas iglesias donde, después de intentarlo durante un tiempo prudencial, no se logre que al menos dos personas de plena garantía se comprometan a visitar y cuidar diariamente al Santísimo, aunque sea turnándose o supliéndose mutuamente, **suprímase la reserva**, después de advertirlo y explicarlo prudentemente a los fieles. Con más razón si, además, la iglesia estuviera un tanto alejada de núcleos habitados.

15.- También **debe suprimirse la reserva** en aquellas iglesias u oratorios donde no se celebre la Misa al menos cada quince días; ya que ese es, en principio, el plazo normal en que deben renovarse las Hostias consagradas, consumiendo debidamente las anteriores (Cn 939).- Por la misma razón no deben reservarse más Hostias que las que prudencialmente puedan preverse necesarias para ese plazo de tiempo.

16.- **Suprímase la reserva** en las iglesias alejadas de lugares habitados, en las que no sea posible instalar un sistema de seguridad que ofrezca garantías eficaces para evitar eventuales robos o profanaciones.

VICARÍA DE PASTORAL

Lección inaugural del Curso de Doctrina Social de la Iglesia 2009-2010

La Identidad Cristiana ante el reto de nuestro mundo

Un acercamiento a la caridad como camino de la Iglesia

Introducción

El cristianismo ha dejado de ser un referente único e identificativo en nuestra civilización occidental. Casi no nos habíamos percatado de que el paisaje cultural y religioso que habíamos vivido durante tantas décadas de nuestra biografía personal y social, estaba pacíficamente zambullida en eso que podríamos llamar “cultura cristiana”. Éramos un pueblo cristiano, y como cristianos vivíamos todas las cosas: las más hermosas, nobles y resultonas, como también nuestras debilidades, trampas y preocupaciones. Podría parecer que este dato dado, era algo incuestionado e incuestionable, y que teníamos una convivencia sin sobresaltos entre las exigencias de nuestra fe, y los avatares de nuestra fatiga cotidiana.

No obstante, el hecho de que nos preguntemos sobre la realidad que conlleva el hecho de ser cristiano en medio de una sociedad que ha dejado de serlo, nos impone una constatación que indica un cambio notable de escenario: nuestra sociedad se ha secularizado, y más aún, sigue en curso su proceso de secularización.

Podemos decir que en unos se ha producido el prejuicio ante Dios como

quien sospecha de su Presencia hasta hacerla lo más evitable posible; en otros ha primado el rencor hacia Él haciéndole culpable o cómplice de los desastres naturales y sociales de la historia de occidente; en otros, se ha dado sencillamente su ignorancia y su censura, sin querer emplear tiempo siquiera en desmontar el hecho religioso y todas sus matrices culturales; en otros se da el insuperable silencio de quien se ha cansado de buscar y preguntar, con la impresión de no haber encontrado a nadie ni de haber sido respondido por ninguno; y, cabría finalmente otros que buscan, se preguntan, y acogen como acontecimiento inesperado e inmerecido la Revelación, sin que ello signifique una inmediatez controlable o de libre disposición, sino un Misterio que se nos da, se nos revela, en una gratuidad que no es pago por servicios prestados o fruto de nuestra conquista.

En este proceso emancipador del hombre en el que paulatinamente se ha ido alejando de Dios, hemos de indicar que la posición cristiana engarza los tres grandes elementos de una unidad teológica y antropológica: Dios-hombre-mundo. Rota esa unidad por cualquier de sus flancos, entonces se da lugar a todo tipo de esquizofrenia cultural que termina en el exceso o en

el defecto en torno al secularismo o al sacralismo.

De hecho, podemos indicar algunos puntos que nos permiten identificar los escollos de conflicto que se generan hacia el cristianismo en general y hacia la Iglesia Católica en particular, dentro de una sociedad secularizada. Porque no estamos ante una neutralidad respetuosa, en la que todos tienen su derecho y su verdad, y a todos se les posibilita la vivencia íntima y la expresión pública de sus ideas y creencias, sino que se da una inevitable toma de postura, que termina siendo reductora para aquellos a quienes se juzga adversarios o enemigos.

Éste es el ambiente o el ámbito, en el que la identidad cristiana trata de seguir alzando su voz, muchas veces en nombre de los que no tienen voz, para acercar una visión de la vida, del hombre y de Dios, que aporte originalmente una cosmovisión de las cosas dentro de un mundo plural, multicultural y multireligioso. De aquí nos queremos acercar a lo que significa la caridad vivida verdaderamente, parafraseando el título de la reciente encíclica de Benedicto XVI. Porque, en la caridad, queda cifrada tanto la identidad cristiana más genuina, como el camino al que la Iglesia está llamada a vivir en todos los frentes y con todos sus factores. No se trata, pues, de añorar tiempos pretéritos o de adivinar tiempos por venir, sino de situarnos en la coyuntura de nuestro hoy más apasionante y más

acuciante, para saber escribir la página que nos corresponde en el libro de la vida, en la historia de la humanidad.

1. Coherencia argumental de las tres encíclicas de Benedicto XVI

Al hilo de lo que Benedicto XVI ha dicho en su última encíclica, “La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia”, se ha organizado este curso de Doctrina Social de la Iglesia por parte de la Fundación Santa María Nai, que viene a dar continuidad a cuanto en ediciones anteriores se ha desarrollado en torno al concepto cristiano de la comunión. Vendría a ser una precisa concreción precisamente del tema anterior: de la comunión a la caridad. No obstante, señalemos que no se trata de un tema novedoso, porque tiene la edad del cristianismo. Y sin embargo, hay algo de estreno, entre audaz y provocativo, en la intervención del Papa Ratzinger con esta encíclica que nos regaló en junio de este año.

Digamos en primer lugar que se trata de una carta circular (que es lo que significa el término “encíclica”), es decir, un texto que el Papa dirige a todos los católicos y, como se indica en el encabezamiento del mismo, también a todos los hombres y mujeres. Tiene ese humilde género literario: una carta sin más (aunque tenga 136 páginas en la edición oficial), que además se le pone ruedas para que circule de aquí para allá con la intención no pretenciosa de recordar algo importante y de

entablar un diálogo con gente de buena voluntad.

En su primera encíclica, Benedicto XVI abordó el gran tema de la caridad como el punto más nuclear y decisivo de la revelación cristiana (Dios es amor, *Deus caritas est*). En una segunda entrega nos invitó a la meditación sobre la esperanza (Salvados en la esperanza, *Spe salvi*). Y parecía que ahora tocaba hablar de la fe, como para cerrar el ciclo de las tres virtudes teologales. Pero no ha sido así, si bien el Papa tiene preciosos trabajos sobre la fe a lo largo de su fecunda producción como teólogo y profesor, además de haber abordado el tema de la fe (en relación con la razón) en más de una ocasión durante su pontificado.

No obstante, la tercera encíclica que nos ofrece el Papa Ratzinger se llama *Caritas in Veritate* (*Caridad en la Verdad*), y parte de un texto de San Pablo a los Efesios (4,5). Como Benedicto XVI mismo explicaba en la audiencia del miércoles 8 de julio, «la caridad en la verdad es la principal fuerza propulsora para el verdadero desarrollo de cada persona y de toda la humanidad. Por esto, en torno al principio “*caritas in veritate*”, gira toda la doctrina social de la Iglesia. Sólo con la caridad, iluminada por la razón y por la fe, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un valor humano y humanizador. La caridad en la verdad “es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores de la acción moral”» (nº 6).

2. La *lex incarnationis*: el realismo histórico de la salvación

Dios no ha querido salvarnos en general, o por medios anónimos, abstractos y a distancia. Él ha querido diseñar una salvación que sea concreta, personal, y domiciliada en el cruce de factores en donde cada una de nuestras biografías se decide a diario. Esta es la “*lex incarnationis*” de la que el Apóstol Pablo habla cuando nos presenta el realismo de Jesús como Dios encarnado, Dios hecho hombre. La historia es maestra de experiencia cristiana en cuanto que es el *lugar* en donde nace, crece y madura siempre el hecho cristiano. Y el primer dato atendible de la historia cristiana es, precisamente, la entrada de Jesucristo en la humanidad: historia eterna de Dios encarnada en la historia de los hombres: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva»¹.

En este texto de Pablo, se sintetizan los diferentes «realismos» del acontecimiento cristiano contra cualquier intento de reducción: Jesucristo se ha hecho hombre naciendo de una mujer (realismo biológico), en una coordenada religiosa y cultural precisa: la ley (realismo histórico), en un tiempo de plenitud preanunciado y esperado (realismo mesiánico), y con una misión concreta: rescatar al hombre de toda esclavitud para hacerlo hijo de Dios por

adopción (realismo teológico-soteriológico). Igualmente, aparece en el evangelio de Lucas esta historia cristiana que da comienzo en Jesucristo, apuntando el adverbio «hoy» para indicar que la salvación y la gracia que viene de Dios, ha sido manifestada como vocación y como posibilidad ante la libertad de los hombres. Es un *hoy* teológico, no simplemente cronológico², porque se refiere a la plenitud de los tiempos mesiánicos; ha aparecido la gracia salvadora de Dios³ que se nos concedió desde toda la eternidad pero que sólo ahora-hoy se nos ha manifestado en la revelación de Cristo Jesús⁴.

Bien, pues de este realismo se trata en la encíclica *Caritas in veritate*, porque no se queda en una reflexión teórica y abstracta, acaso sólo sugerente para los iniciados, sino que entra enseguida en la cuestión encuadrando este binomio (caridad y verdad) en un cauce que obliga a la concreción: la justicia y el bien común. Efectivamente, «la justicia es parte integrante de ese amor “con los hechos y en la verdad” a la que exhorta el apóstol Juan (*1 Juan* 3,18). Y “amar a alguien es querer su bien y obrar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien ligado a la vida social de las personas... Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja” por el bien común».

Hay una continuidad con otros documentos del reciente Magisterio de la Iglesia, y, en esta encíclica, se vuelve a retomar, se continúa y se profundiza en

todo aquello que representan las cuestiones sociales de vital interés para la humanidad de nuestro tiempo. Pero no estamos ante un manual de soluciones para la crisis, sino ante el recordatorio de los grandes referentes morales y éticos que deberán sostener e iluminar la economía, la política, las nuevas tecnologías, la sensibilidad ecológica y la globalización de nuestro mundo. La Iglesia no desea ofrecer soluciones técnicas a los problemas de nuestros días, sino recordar los grandes principios sobre los que puede construirse el desarrollo humano en los próximos años, entre los que destaca la atención a la vida del hombre, núcleo de cualquier progreso auténtico.

Caridad en la Verdad, y Verdad en la Caridad, para evitar caer en cualquier relativismo que nos lleve a amarnos mentirosamente, o que nos lleve a imponernos una verdad que no sea amable. Porque muchas de las fracturas que se han dado y se dan entre los hombres, provienen precisamente de haber separado la caridad y el amor en contra de la verdad y la justicia.

No en vano, esta caridad hermanada en la verdad que hace de *leit motiv* a la encíclica papal y de frontispicio en este curso de Doctrina Social de la Iglesia, encontró ya en la primera encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*, una orientación que nos marca la pauta para esta profundización. Porque en aquella ocasión, no pocos pensaban que el Papa Ratzinger con todo ese cliché que

las barricadas extra e intra eclesiales habían dibujado con pinceles como balas en sus paredones de papel, enhebraría algún argumento complicado, apto sólo para mentes muy iniciadas, abstracto y prescindible, y que no serviría para nada ni iluminaría a nadie. Pero ese sucesor de San Pedro nos ha volvi6 a sorprender, rompiendo nuevamente la imagen que algunos se empeñaron en describir de 6l antes y despu6s de su elecci6n como Obispo de Roma. No ha escribi6 su primera enc6clica como una vuelta rega6nna a las nostalgias pasadas de una Iglesia dura y encastillada. No ha querido plasmar especie de manual de la ortodoxia sin entra6a. El Santo Padre nos ha sorprendido al elegir como tema para su primera enc6clica, el que Dios mismo eligi6 para revelarnos su secreto m6s 6ntimo: el amor. S6, el amor como el rasgo m6s bello y m6s propio del mismo ser de Dios. As6 lo dir6 el culmen de la revelaci6n judeocristiana tras tantas formas de acercarnos el misterio divino: Dios es amor, Deus caritas est (1 Jn 4,8).

A veces la historia torpemente ocurrida o tendenciosamente inventada, se ha esforzado en separar lo que en Dios est6 infinitamente unido: 6l y el amor. ¡Cu6ntas falsas presentaciones de Dios por querer contarle sin amor! ¡Cu6ntas caducas comprensiones del amor al querer vivirlo sin Dios! ¡Cu6ntos momentos terribles en nuestra historia humana por querer omitir en nuestro cotidiano vivir a Dios y al amor, o por intentar enfrentarlos como si fueran ri-

uales! Las caricaturas de amores falsos que no nacen del estupor ni de la entrega, que no entienden de sacrificio ni de la ofrenda, que no generan alegr6a sino un fugaz y ego6sta contento, han sembrado en nuestro mundo una tragedia de celof6n: cuanto m6s se abarata el amor, cuanto m6s se lo banaliza hasta la frivolidad, cuanto m6s se lo reduce a la satisfacci6n pulsional de usar y tirar, tanto m6s necesitamos que alguien nos ponga delante la belleza, la dignidad y la exigencia de un verdadero amor, de ese amor para el que hemos nacido y el que reclama nuestro coraz6n como la m6s noble exigencia que el mismo Dios ha escrito en 6l. Por eso necesit6bamos que la pluma sabia y profundamente creyente del Papa Benedicto XVI nos volviese a presentar algo conocido, pero tal vez olvidado por no estar suficientemente vivido: Dios es Amor.

No se trata de una definici6n que nazca de una ocurrencia iluminada o inocente. Es consecuencia de un encuentro personal con ese Dios en cuya amistad descubrimos no s6lo que 6l es amor, sino que nosotros estamos llamados a ser su dulce imagen, con toda la fuerza, la bondad y la belleza que conlleva parecernos a ese Dios Amor. Porque «no se comienza a ser cristiano por una decisi6n 6tica o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientaci6n decisiva», dice el Papa al comienzo de la enc6clica. Y no como

experiencia individual de religión etérea, sino con todas las consecuencias que creer en Dios amor, y ser su imagen y semejanza conlleva.

Porque a veces enfrentarnos absurdamente todo cuanto nos rodea, nos protege y acompaña: Dios, los hombres, la naturaleza, la historia. Son muchas las páginas que hoy podríamos escribir de cómo estamos en guerra abierta contra la creación que se nos hace hostil, contra el hermano que se nos hace enemigo, y hasta con el mismo Dios al que vemos como rival. Ese enfrentamiento externo, tiene una consecuencia interna: la división del corazón. Dios Amor nos revela su secreto y nos permite descubrir el nuestro, para vivir sin desgarro ni enfrentamiento todos los aspectos de la vida, porque lo que Dios nos pide y espera de nosotros no es algo ajeno al profundo deseo de nuestro corazón. Ir contra el querer de Dios es hacerlo contra nuestra propia querencia, y construir un mundo sin Él es edificarlo inhabitable para nosotros mismos. El Señor es el aliado de lo mejor de nosotros mismos, el “cómplice” más verdadero de nuestra verdadera felicidad.

3. Entre las micro y las macro relaciones

Dentro de este realismo, el propio de la encarnación de un Dios que no es abstracto, hemos de ver el horizonte en el que el Papa Ratzinger coloca la verdad y la caridad frente al relativismo

ideológico que destruye la primera y el sentimentalismo hedonista que confunde fatalmente la segunda. Dice en el n° 4 de la encíclica: «En el contexto social y cultural actual, en el que está difundida la tendencia a relativizar lo verdadero, vivir la caridad en la verdad lleva a comprender que la adhesión a los valores del cristianismo no es sólo un elemento útil, sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y un verdadero desarrollo humano integral. Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales. De este modo, en el mundo no habría un verdadero y propio lugar para Dios. Sin la verdad, la caridad es relegada a un ámbito de relaciones reducido y privado. Queda excluida de los proyectos y procesos para construir un desarrollo humano de alcance universal, en el diálogo entre saberes y operatividad» (*Caritas in veritate*, 4).

Esto significa que tenemos un desafío: acertar a sacar las consecuencias que para todo el orden social, cultural, político, no sólo el espiritual y religioso, se deriva de una caridad vivida en la verdad. Es del todo pertinente esa armonía interna que el Papa da en su texto al binomio en cuestión de la caridad y de la verdad. Y apunta a una interesante complementariedad en la presentación de esa unidad intrínseca. Porque la caridad no es sólo inspiradora de todo un sinfín de relaciones íntimas en las que

Dios y los hombres pueden estar contemplados, así como tampoco es la herramienta transformadora para cambiar el mundo y la historia en lo que tienen de más contradictorio. Benedicto XVI apunta a ambas inspiraciones en lo que él llama las micro y las macro relaciones: la caridad «da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas» (Caritas in veritate, 2).

4. De la “muerte de Dios” a los nuevos panteones.

Quienes diseñan una sociedad laica en la que Dios no forma ya de la vida ni de la cotidianidad, creen que el desmontaje de lo sagrado y la tachadura total del nombre de Dios es algo fácil y sobre todo seguro. El gran escritor inglés Chesterton, decía con su acostumbrada agudeza que cuando se ha perdido la fe en el verdadero Dios, no es que ya no se crea en nada, sino que se cree absolutamente en todo.

La idolatría viene proféticamente presentada por lo que T.S. Eliot describe en sus célebres *Coros de la Piedra*: los hombres han abandonado todos los dioses, todos menos tres, que son el dinero, la lujuria y el poder.

Estos tres dioses de los que habla Eliot nos los encontramos en tantos

poros de la piel social de nuestro mundo actual. La cultura hedonista fomenta y exalta la entronización de estos tres dioses del dinero, el sexo y el poder. Bastaría asomarse a las aspiraciones de tantos, tantísimos de nuestros contemporáneos, a los círculos que frecuentan, los programas televisivos que les hipnotizan, o las elecciones políticas que jalean y aplauden, para ver cómo ha arraigado esta idolatrización de la vida reduciéndola a esos tres fetiches o amuletos del dinero-sexo-poder.

a) Valores ideológicos.- Es frecuente también para describir el mapa de una sociedad secularizada, el recurrir a valores alternativos que vengan precisamente a suplantar los valores anteriores directamente vinculados a una concepción creyente o cristiana de la vida. Normalmente se venderán los nuevos valores en torno a lo que se suele llamar “progreso”, para oponerlos precisamente a todo lo anterior, que inevitablemente se considerará una antigüedad impresentable.

La lista sería muy prolija, y tan sólo me refiero a alguno de estos valores que se nos presentan como mapa de la sociedad secularizada:

- **La paz.** Hay muchas clases de paz, y por eso, dado que el cristianismo reconoce la paz en aquella que Jesús nos dio como suya (“mi paz os dejo, mi paz os doy”), tenemos también que estar atentos a qué paz se refieren quienes tanto la invocan en fa-

mosos procesos que terminan siendo trampa y demagogia. Muchas veces la paz no se concibe como la ausencia de toda violencia, la que nace del respeto que nutre el amor, sino que se entiende una paz desde la trincheira particular. Una cosa es decir "Sí a la paz", y otra bien distinta es decir "No a la guerra". Hay quienes no desean en verdad la erradicación de todas las guerras, de todas las violencias, sino tan sólo las que declaran, sostienen y ganan... sus contrarios políticos.

- **La vida.**- Aquí estamos ante otro típico slogan al uso. Se pueden organizar verdaderos simposios sobre las aves protegidas y las especies de fauna o flora en extinción. Se invertirán millones en planes de salvación de las especies más pintorescas y exóticas, de las que se dará puntual información en los medios de comunicación, pero no despertará el más mínimo interés la problemática del ser humano cuya etapa embrionaria, enferma o terminal, se decidirá eliminarla. Se trata de una vida protegida a la carta, o de una vida con la que jugar a ser dios, con enormes réditos económicos y electorales detrás.

- **La educación.**- El término latino *educere* significa introducir en la realidad acompañando a otro. La verdadera educación tiene ese talante lleno de pasión y lleno también de respeto: no impone, no suple, sino

que acompaña con verdad para que la otra persona pueda realizar su camino de manera libre y bella, integrando todos los factores que le permiten crecer y madurar. Bien distinto es concebir la educación como un arma ideológica de manipulación, es decir, confundir la educación con la domesticación. Esta patología nada inocente está presente en proyectos educativos que pretenden controlar con fines políticos, económicos y culturales una generación. Hay educaciones que no educan sino que manipulan la ciudadanía.

- b) **Insignificación del hecho cristiano.**- Dentro de esa tolerancia pacífica que exhiben los valores de la sociedad secularizada, nos encontramos también ante una realidad más directamente relacionada con el cristianismo: la voluntad de silenciarlo hasta su más completa insignificación pública. Aquí se aplica un ajuste de cuentas político y cultural, por el que al cristianismo se le retira la carta de ciudadanía y se le obliga a ser un inmigrante sin papeles e indocumentado. La condena a la irrelevancia social adopta medidas claramente hirientes y excesivas, que inculcan derechos fundamentales aunque se disfracen tales medidas con ropajes de progresía y modernidad. Podríamos citar el acoso mediático y político cada vez que la Iglesia se manifiesta posicionándose ante un hecho desde un juicio moral: que se callen, quién les ha pedido parecer, que no hagan política, que interfieran en la marcha de un estado

laico, etc., son las consabidas frases que una y otra vez se oyen.

Se pretende que la Iglesia no salga de su reducto clandestino, confinando a los cristianos a catacumbas privadas con forma de sacristía. Pero que la fe no salga de ahí. Y no sólo en el presente, patentemente censurado, sino incluso en el pasado de los dos mil años de occidente, cuyas raíces cristianas también se las quiere ningunear.

5. Id al mundo entero y anunciad una buena noticia

No estamos en un clima en donde el cristianismo permea una sociedad que en el respeto de la legítima autonomía de las cosas temporales, y en el respeto de las personas que pudieran no compartir nuestros postulados creyentes y todas sus derivaciones, se la deja existir y se la reconoce. Ante esta perplejidad de un tratamiento hostil que sufrimos los creyentes a título personal y a título institucional, pueden sobrevenirnos varias tentaciones:

- nostalgia de los tiempos pasados
- tristeza de los tiempos presentes
- desesperanza ante los tiempos futuros.

Siempre es útil conocer la historia cristiana, tan rica en avatares y experta en humanidad, una historia que también ha conocido gracias y pecados, y que de

todo ello puede aprender. Pero de estas tres tentaciones, cabe decir lo que Jesús nos dijo al enseñarnos a rezar con su propia oración, que Él nos libre del maligno y que no nos deje caer en la tentación. Porque ni mirar para atrás con nostalgia, ni mirar el presente con tristeza, ni mirar el futuro con desesperanza nos ayudará a descubrir el reto y la llamada que se nos hace hoy y aquí a los cristianos.

Por eso, pueden ayudarnos otro tipo de actitudes que son las que propongo como postura madura ante una sociedad secularizada:

a) Experiencia personal de la fe.- Solamente podrán caminar sin caer en estas tentaciones dichas, quienes descubran la dimensión personal de la fe. Porque corren tiempos recios (Sta. Teresa) se precisa también una espiritualidad personal, la que nace de un encuentro con el Dios vivo que sabe mi nombre, mi domicilio, mis alegrías y mi pesar. Un Dios al que le importa mi vida, para el que no soy anónimo, y que como dice bellamente el profeta, lleva mi existencia tatuada en la palma de su mano.

No sirve un cristianismo “tapaagueros” para algunos momentos de la vida en los que se necesita un particular consuelo como quien se agarra a un clavo aunque éste arda; no sirve un Dios “extintor”, al que sólo se acude en caso de incendio. El encuentro personal con Dios, como vemos que sucedía con Jesús y las diferentes personas

con las que Él se iba topando cada una con su historia y circunstancia: Mateo y sus recaudaciones, Pedro y sus afanes sin más horizonte que las redes de cada día, Magdalena y con sus historias y debilidades, Zaqueo con sus robos, la Samaritana con su sed y sus trampas, Nicodemo y sus inquietudes, la viuda con sus lágrimas... Con todos se encontró Jesús, y a todos y a más les dijo algo para su bien.

No basta una fe prestada. Hay que descubrir a quien de modo personal nos ama y nos llama.

b) Descubrir el sentido comunitario de la fe.- Pero el cristianismo, por más que nos lo quieran arrinconar no es una religión privada e intimista. Tiene también una dimensión comunitaria, que se expresa en tantos gestos que nos constituyen y nos reclaman como Iglesia. Allí donde cada uno puede hacer un camino, allí donde cada cual ve que crece y madura en su fe, debería permanecer con gozo y gratitud. La Iglesia tiene muchos caminos, cada uno con su matiz, su subrayado, su espiritualidad. Es preciso, pues, encontrar el camino de cada uno, aquel que sea más adecuado a nuestra situación o idiosincrasia personal.

c) La comunión real y filial con la Iglesia.- Se trata de uno de los temas que más agudamente marcan nuestro momento cultural e histórico. Hoy la Iglesia es el test, el punto de discernimiento, de si estamos haciendo el camino cristiano que Jesús nos propone,

o estamos haciendo nuestro chiringuito progre o carca, utilizando algo de la jerga cristiana. Como los mejores santos han hecho, estamos llamados a ser hijos de Dios, hijos de nuestro tiempo e hijos de la Iglesia. Son tres filiaciones que nos dan el perfil auténtico de quienes quieren vivir sin desgarros y sin parcialismos su fe cristiana en el surco de la historia que le ha tocado vivir.

Esta comunión pasa por una adhesión a la Tradición cristiana (a no confundir nunca con los tradicionalismos) y al Magisterio de la Iglesia. Es sintomático el que a veces, quienes más se alejan o atacan desde dentro esa Tradición y ese Magisterio, son implacables a la hora de imponer su particular tradición y magisterio. La objetividad de la fe eclesial nos permite adherirnos a una realidad que tiene más riqueza y que está más contrastada que cuanto una persona o grupo particular puedan pretender en sí mismos.

d) La oración y los sacramentos.- Es otra modalidad que cruza las mil páginas que los cristianos hemos ido escribiendo en nuestros dos mil años de historia. Buscar el rostro de Dios cada mañana, como dice el *salmo 16*, buscarlo también en los santos, como indicaba la *Didaché*, ofrecer la jornada al despuntar el día y saber rendirla agradecidamente al atardecer. Iluminar nuestros pasos con la Palabra de Dios y nutrir nuestro corazón con aquello que sacia todas nuestras hambres en el pan de los sacramentos, particularmente el de la Eucaristía y el

de la Penitencia o Confesión.

Una vida desnutrida, no podrá mantenerse en pie, ni caminar largo, cuando los senderos arduos que una sociedad secularizada nos impone, arrojan desgastes que no se tenían en otros tiempos de bonanza social.

e) Una presencia pública decidida.- No podemos estar en este confinamiento de catacumbas al que se nos quiere someter. No significa que haya que organizar barricadas, pero sí saber dar razón de nuestra fe y nuestra esperanza. Para lo cual, lo primero que se nos pide es tener una formación cristiana adecuada (a nuestra edad, circunstancia y responsabilidad). Hoy no podemos dar determinadas batallas desde una ignorancia religiosa y teológica incomprensibles.

Cuando hablo de “batallas” me refiero a que tenemos que salir a la palestra: si la vida está en entredicho, si la paz está manchada de terror, si la banalización hace frívola nuestra sociedad, si por doquier se erigen extraños santuarios en donde adorar a esos dioses a los que antes nos referíamos (dinero-sexo-poder), si los pobres de todas las pobrezas se los elimina porque sus pateras estorban

nuestros puertos de lujo, etc., entonces la presencia pública cristiana debe saber ofrecer un juicio sobre la realidad que sea al mismo tiempo denuncia y anuncio.

Lo que Juan Pablo II ha llamado su-gerentemente “areópagos”, es decir, los lugares en donde hoy la vida de tantas personas y pueblos se decide, debe estar presente también la voz de la Iglesia. Por eso la vivencia cristiana en una sociedad secularizada tiene también este marchamo: su presencia apostólica y militante en la plaza, en la política, en la escuela, en la sanidad, para seguir haciendo un tejido cultural que permita poner la luz del Evangelio no bajo el celémín de la clandestinidad, sino en el candelero de la historia.

La identidad cristiana tiene esta vocación profética en un mundo secularizado: ser la voz de cuantos no tienen voz, y ser la voz de Dios ante quienes por egoísmo e ideología se quedan sordos. La caridad en la verdad y la verdad en la caridad nos permiten expresar esta identidad, contribuyendo desde nuestra tradición creyente y desde la cultura que hemos ido generando en el correr de los siglos, a que este mundo sea lo más parecido a como Dios lo quiso y a como lo anhela nuestro corazón.

Ourense, 2 diciembre de 2009

+ Jesús Sanz Montes, ofm
Obispo de Huesca y de Jaca
Arzobispo electo de Oviedo

NOTAS:

- 1 *Gál* 4,4-5.
- 2 «Hoy os ha nacido, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor» (*Lc* 2,11); «Comenzó, pues, a decirles: “esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”» (*Lc* 4,21); El asombro se apoderó de todos, y glorificaban a Dios. Y llenos de temor, decían: “Hoy hemos visto cosas increíbles”» (*Lc* 5,26); «Jesús le dijo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham”» (*Lc* 19,9); «Jesús le dijo: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”» (*Lc* 23,43). Cf. B. PRETE, «Prospettive messianiche nell’espressione sêmeron del Vangelo di Luca», en AA. VV., *Il Messianismo* (Atti della XVIII Settimana Biblica), (Brescia 1966) 269-284; E. FUSCH, «shvmeron», en G. KITTEL (ed), *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol. XII (Brescia 1979) 199-208; H. SCHÜRMAN, *Commentario Teologico del Nuovo Testamento. Il Vangelo di Luca*, vol. 1 (Brescia 1983) 230s.407s.
- 3 Cf. *Tit* 2,11.
- 4 Cf. *2 Tim* 1,9-10.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA**CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA****Discurso inaugural del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la CEE
XCIV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española**

Queridos Hermanos Cardenales, Arzobispos y Obispos, Queridos colaboradores de esta Casa, Señoras y señores:

Mi más cordial saludo para todos, al comenzar la Asamblea Plenaria de otoño de nuestra Conferencia Episcopal. Ante todo, naturalmente, para los Hermanos en el episcopado, venidos de los cuatro puntos cardinales de España y reunidos en esta Asamblea, que se reúne periódicamente para trabajar en el cumplimiento de los fines de toda Conferencia Episcopal. Podemos recordar lo que es la Conferencia y para qué trabaja: “La Conferencia Episcopal, institución de carácter permanente, es la asamblea de los Obispos de una nación o territorio determinado, que ejercen unidos algunas funciones pastorales respecto de los fieles de su territorio, para promover, conforme a la norma del derecho, el mayor bien que la Iglesia proporciona a los hombres, sobre todo mediante formas y modos de apostolado convenientemente acomodados a las peculiares circunstancias de tiempo y de lugar.”

¹Es lo que venimos haciendo, con la ayuda de Dios, de modo constante, desde 1966. Gracias, pues, Hermanos, por vuestra presencia y vuestro trabajo.

Mi saludo se dirige hoy de modo especial al Señor Nuncio de Su Santidad en España, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Renzo Fratini, llegado a nuestro país hace pocas semanas y a quien tenemos el honor y la alegría de acoger en esta Casa por primera vez. Bienvenido, Señor Nuncio. Llega usted a una antigua nación cuya tradición de relaciones diplomáticas regulares con la Sede de Pedro se remonta a finales del siglo XV. España se siente muy unida al Papa en la fe y en el amor; y los fieles hacen sentir a sus Legados esa misma cercanía. Porque éstos tienen encomendado “el oficio de representarle de modo estable ante las Iglesias particulares o también ante los Estados y Autoridades públicas.”² Al Nuncio se le encomienda igualmente “mantener frecuentes relaciones con la Conferencia Episcopal, prestándole todo tipo de colaboración.”³ También nosotros estamos dispuestos a ayudarle en todo lo que usted desee y nosotros podamos, en el espíritu de lo previsto por el derecho⁴ y de lo que nos pide nuestro afecto y obediencia al Santo Padre en orden al mejor servicio de la misión de la Iglesia y al bien de toda la sociedad.

El Santo Padre ha llamado a Roma a uno de nuestros Hermanos en el epis-

copado, el señor Cardenal D. Antonio Cañizares Llovera, para asociarlo al servicio que Pedro presta a la Iglesia universal, confiándole el oficio de Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. Sabe el señor Cardenal que le acompañamos con nuestro afecto fraternal y que pedimos al Señor le conceda fortaleza y sabiduría para tan alta y sacrificada misión.

Felicitemos y aseguramos nuestra oración a los Hermanos a quienes el Santo Padre ha encomendado una nueva Sede en este último tiempo: al señor Obispo de Menorca, Mons. D. Salvador Giménez Valls; al señor Obispo de Cartagena, Mons. D. José Manuel Lorca Planes; al señor Arzobispo de Sevilla, Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina; al señor Arzobispo electo de Oviedo, Mons. D. Jesús Sanz Montes y al señor Obispo electo de San Sebastián, Mons. D. José Ignacio Munilla Aguirre.

Al señor Cardenal D. Carlos Amigo Vallejo y a Mons. D. Juan María Uriarte Goricelaya les agradecemos sus largos años de ministerio y les deseamos un fecundo tiempo de servicio a la Iglesia como eméritos.

Encomendamos al Señor el eterno descanso de Mons. D. Luis María Larrea y Legarreta, Obispo emérito de Bilbao; de Mons. D. José María Guix Ferreres, Obispo emérito de Vic, y de Mons. D. Joan Martí Alanis, Arzobispo-obispo emérito de Urgell.

I. El Año sacerdotal y los sacerdotes en la España de hoy

El pasado 19 de junio, Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, el Papa inauguró el Año sacerdotal en el marco de unas Vísperas solemnes en la basílica de San Pedro. Tres días antes, el 16 de junio, había dirigido una Carta a todos los sacerdotes glosando el sentido del Año convocado, cuya finalidad principal es “la renovación interior de todos los sacerdotes, para que el testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intensivo e incisivo”⁵.

Como ya adelantábamos al comenzar nuestra última Asamblea Plenaria, el Año sacerdotal constituye una ocasión providencial para nosotros, obispos de la Iglesia en España que buscamos juntos el mayor bien de los fieles que el Señor nos ha encomendado. Porque de la renovación de nuestra vida, la de los sacerdotes, depende en gran medida la renovación de la vida de nuestra Iglesia y, por tanto, también de toda la sociedad. Nos importa mucho captar bien el sentido teológico y espiritual de lo que se pretende y, al mismo tiempo, estudiar y poner en marcha las actuaciones pastorales que las circunstancias concretas de nuestra Iglesia exijan en lo que se refiere a la vida y al ministerio de los presbíteros.

1. En todas las diócesis de España, se está viviendo ya de modo intenso el Año sacerdotal. Las iniciativas son muy variadas. Pero lo más importante

es, sin duda, el sentido que se otorga tanto a las actividades especialmente organizadas con este motivo, como el espíritu con que se viven los cauces acostumbrados para el cultivo de la espiritualidad y la formación permanente de los sacerdotes. El mismo Benedicto XVI lo ha explicado de modo sintético y luminoso⁶.

Se trata de retomar los textos fundamentales del Concilio Vaticano II, para asimilarlos y vivirlos en su unidad doctrinal y vital propia, redescubierta a la luz de la Tradición única de la Iglesia. Por ejemplo, en el Decreto sobre la vida de los presbíteros leemos: “Por la predicación apostólica del Evangelio se convoca y reúne el Pueblo de Dios, de manera que todos (...) se ofrezcan a sí mismos como >sacrificio vivo, santo, agradable a Dios= (Rom 12, 1). Ahora bien, por medio del ministerio de los presbíteros se realiza a la perfección el sacrificio espiritual de los fieles en unión con el sacrificio de Cristo, único mediador. Éste se ofrece incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, en nombre de toda la Iglesia, por manos de los presbíteros, hasta que el Señor venga. A esto tiende y en esto se consuma el ministerio de los presbíteros”⁷.

Leído a la luz de la Escritura, interpretada por la Iglesia y vivida por los santos, como San Pablo o San Juan María Vianney, este texto del Concilio revela con claridad lo que ya dice él mismo. La vida de los sacerdotes no puede escindirse en dos o ser unilateralmente

comprendida desde alguna de sus “funciones”, supuestamente excluyente de la otra. El sacerdote no es profeta de la palabra, por un lado y ministro del culto, por otro. Menos acertado aún sería entender su vida como sólo “profética” o como sólo “cultural”. Hay, ciertamente un primado del anuncio y de la misión. Pero la predicación cristiana no es de palabras, sino de la única Palabra de Dios, encarnada en el seno de María, la Virgen. El anuncio coincide con la persona misma de Cristo, que, con todo su ser, es relación viva al Padre. Por eso, el sacerdote, cuando presta su voz a la Palabra, no ejerce meramente una función de enseñanza o de iluminación de la vida; al contrario, su ministerio le exige “perderse” él mismo en Cristo, participando de su misterio de muerte y resurrección. Sólo la oblación de toda la existencia del ministro al Padre, con Cristo, hace auténtico su anuncio evangelizador.

Desde esta clave se comprende la centralidad que el Papa quiere dar en este Año sacerdotal a la expresión del Santo Cura de Ars: “El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús.”⁸. Sí, porque el sacerdocio cristiano brota directamente de aquel corazón humano, del hijo de María, en el que se hace realidad la profecía acerca de las entrañas misericordiosas de Dios (cf. Os, 11)⁹: el corazón traspasado del Crucificado, “núcleo esencial del cristianismo”. Por eso, el Papa teólogo no duda en afirmar que “para ser ministros al servicio del Evangelio es ciertamente útil y ne-

cesario el estudio, con una esmerada y permanente formación teológica y pastoral, pero más necesaria aún es la ciencia del amor, que sólo se aprende de corazón a corazón con Cristo¹⁰. El sacerdote católico no es un mero maestro, ni un técnico experto en la Biblia; menos aún, un especialista en dinámicas sociales o psicológicas; no es un filántropo benefactor de la humanidad; no es tampoco un conocedor de fórmulas esotéricas para el acceso a la divinidad, ni alguien que organiza ritos para satisfacer las necesidades religiosas de los hombres. El sacerdote católico es el cristiano llamado por el Señor “a partir el pan de su amor, a perdonar los pecados y a guiar al rebaño en su nombre”¹¹. Es, en este sentido, *alter Christus*, es otro Cristo, configurado con Él ontológica y existencialmente¹².

2. Sin perder nunca de vista este horizonte doctrinal y espiritual, los obispos debemos afrontar la situación actual de los sacerdotes en España. Gracias a Dios han quedado atrás las manifestaciones más agudas de la llamada “crisis del sacerdocio” de los años siguientes al Concilio. Tanto los problemas doctrinales como los existenciales, derivados de interpretaciones del Concilio que se situaban en clara ruptura con la Tradición de la Iglesia, han perdido virulencia. Por el contrario, no son pocos los nuevos fenómenos que suscitan esperanza. En torno a los nuevos carismas y realidades eclesiales, aparecen grupos de jóvenes dotados de gran conciencia de pertenencia y de amor a la Iglesia, porque,

gracias a ella, se han encontrado con Jesucristo como verdadero salvador; y se muestran dispuestos a seguirle de cerca como servidores de su obra redentora en el ministerio sacerdotal. Lo mismo sucede en muchas parroquias que, guiadas por sacerdotes celosos, han encontrado el camino de una pastoral orientada verdaderamente según los impulsos del Concilio. Pero además, hay muchos jóvenes estudiantes, de enseñanzas medias y superiores, en quienes el ambiente hedonista y el modo de vida desnormado, que casi siempre les envuelve, no es capaz de ahogar del todo la nostalgia de Dios y la búsqueda de su Rostro. Por su parte, son cada vez más las familias que viven como verdaderas comunidades de fe y de amor, arraigadas en una esperanza de Vida eterna que les ofrece infinitamente más que el modo de vida individualista y materialista del mundo. Ahí están también los voluntariados, tanto eclesiales como de otros tipos, en los que los jóvenes pueden dar cauce a su deseo de servir a los demás, saliendo del cerco del egoísmo y la soledad. De todos estos ambientes, surgen vocaciones al sacerdocio que, en el contexto del envejecimiento de nuestra sociedad, podemos decir que no son pocas, aunque no sean suficientes ni homogéneamente distribuidas en las distintas diócesis.

La preparación y la celebración de la próxima Jornada Mundial de la Juventud el 2011, en Madrid, se nos ofrece como una ocasión excepcional para la promoción de la pastoral juvenil y, en particular, de la vocacional.

Naturalmente todas estas realidades y oportunidades esperanzadoras no habrían sido posibles ni tendrán continuidad, sin la vida entregada y el trabajo apostólico de los sacerdotes que han sabido hacer frente a la crisis y que se esfuerzan en responder a su excelsa vocación, a veces hasta de modo heroico. Son dignos del reconocimiento y de la gratitud de todos. Los obispos conocemos bien las dificultades de todo tipo que los sacerdotes tienen que arrostrar. Deseamos estar cerca de ellos. Apreciamos su ayuda indispensable y queremos ayudarles, para llevar juntos adelante, con la ayuda de la gracia, la obra salvadora de Cristo en favor de los hombres.

Los problemas que se nos plantean en este campo no son pocos. Los sacerdotes somos menos y de más edad que hace algunos años. No podemos dejar de atender a los datos que nos muestran una realidad preocupante: cada sacerdote secular ha de atender, como término medio, a 3.445 personas (en algunas partes de España el número se eleva hasta 9.000); mientras tanto, la media de edad del clero diocesano español es de 63,30 años (alcanzando en algún lugar los 72,04 años). Aun teniendo en cuenta que la población en general ha frenado su crecimiento y que envejece sin parar, estas cifras nos deben hacer reflexionar y nos deben estimular para adoptar decisiones adecuadas.

Al mismo tiempo, hemos de tener en cuenta que se dan grandes contrastes geográficos entre las zonas rurales,

por una parte, y las urbanas, por otra. En el primer caso, los sacerdotes se enfrentan con frecuencia a extensas áreas, prácticamente despobladas, en las que tienen que hacer grandes desplazamientos para atender a numerosas comunidades parroquiales que no reúnen a veces cada una más de diez personas de edad avanzada. Por el contrario, en las zonas urbanas, uno o dos sacerdotes se ven obligados a servir a dos o tres decenas de miles de personas de muy distintas edades y condiciones culturales y religiosas. La presencia por todas partes de personas inmigrantes, causada en buena medida por la disminución de la nupcialidad y de la natalidad, representa también una oportunidad y un desafío a la labor pastoral.

Si el momento es grave y apremiante, la esperanza es más honda y la motivación apostólica nos urge más. En el centro de los trabajos de esta Asamblea tenemos, por eso, el estudio de la situación para ir perfilando propuestas concretas en orden a la renovación a fondo del ministerio sacerdotal en la España de hoy, tanto por lo que toca a la vida de los presbíteros como a su distribución, a la organización de su trabajo y al fomento de vocaciones.

II. Caritas in veritate y la presente crisis moral y económica

1. Nuestra reflexión sobre el ejercicio del ministerio sacerdotal tiene mucho que ver con otra reflexión que haremos también estos días sobre la situación

de crisis moral y económica por la que atraviesa nuestra sociedad. Ya lo hemos dicho: la renovación de la vida y del ministerio de los sacerdotes será un factor decisivo para la renovación de la vida de la Iglesia y, por consiguiente, también para el bien de la sociedad. Porque, como nos acaba de recordar el Papa en su tercera Carta encíclica, *Caritas in veritate*, publicada el 7 de julio pasado, conmemorando los cuarenta años de la *Populorum progressio* de Pablo VI, “la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica”¹³. Y la cuestión antropológica, por su parte, es, en el fondo, una cuestión teológica: porque “Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre.”¹⁴

La crisis económica persiste y, entre nosotros, el desempleo no retrocede, sino que aumenta. Muchas empresas, en particular pequeños y medianos negocios, no pueden resistir. Los fríos datos de las estadísticas no deben ocultarnos lo que las cifras representan para las personas: familias en dificultades para hacer frente a las necesidades elementales de alimentación, vivienda y educación; cada vez más jóvenes que ven retrasado su acceso al primer trabajo; inmigrantes que han perdido el empleo y se encuentran especialmente desamparados por hallarse con menos respaldo familiar y social, etc.

En muchas diócesis, se han introducido oraciones especiales en las celebraciones litúrgicas para pedir el pronto

final de la crisis y esperamos que nuestras peticiones sean escuchadas.

Sin embargo, como el Papa dice en la encíclica mencionada, la crisis actual debería convertirse en ocasión para abordar a fondo la situación de toda la familia humana. Las economías más fuertes y con mayores recursos humanos y financieros parece que ya están avistando la salida de la crisis. Pero el problema lacerante del hambre de millones y millones de niños persiste y amenaza con acentuarse. Es necesario considerar que “la vía solidaria hacia el desarrollo de los países pobres puede ser un proyecto de solución de la crisis global actual.”¹⁵ Hay que afrontar los problemas con una visión universal. La economía mundial es cada vez más una única economía. La humanidad forma cada vez más una única sociedad. Estamos cada vez más cerca unos de otros. Es el momento de que vivamos también cada vez más como hermanos, miembros de una gran familia. En esta perspectiva hallarán solución los problemas de los pobres, pero también, a la larga y de manera más estable, las dificultades y carencias de la sociedad en general. Es la perspectiva en la que se sitúa la enseñanza de *Caritas in veritate*.

El Papa nos hace presente la importancia y actualidad de la Doctrina social de la Iglesia que, permaneciendo la misma antes y después del Concilio Vaticano II, en admirable coherencia y fidelidad al Evangelio, ha puesto y pone de relieve como quicio de la so-

lución de la cuestión social la enseñanza magistral de Pablo VI: la pobreza y el subdesarrollo tienen una causa aún más importante que los problemas materiales y que la superficialidad del pensamiento: es “la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos.”¹⁶ Pero “esta fraternidad - pregunta Benedicto XVI - podrán lograrla alguna vez los hombres por sí solos? La sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos. La razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundamentar la hermandad. Ésta nace de una vocación trascendente de Dios Padre, el primero que nos ha amado y que nos ha enseñado, mediante el Hijo, lo que es la caridad fraterna.”¹⁷ En otro lugar añade el Papa: “Sin la perspectiva de una vida eterna, el progreso humano en este mundo se queda sin aliento. Encerrado dentro de la historia, queda expuesto al riesgo de reducirse sólo al incremento del tener; así, la humanidad pierde la valentía de estar disponible para los bienes más altos, para las iniciativas grandes y desinteresadas que la caridad universal exige.”¹⁸ “Sin la gratuidad no se alcanza ni siquiera la justicia.”¹⁹

Es necesario elevar la visión hasta esa perspectiva trascendente del desarrollo. Ciertamente, los análisis de las causas económicas, sociales y políticas de la actual situación de cada país y de la comunidad internacional son imprescindibles. Pero no son suficientes

por sí mismos. El sistema financiero y económico nacional e internacional se ha visto afectado en todos sus niveles por quiebras de orden ético y, por tanto, dependientes en último término de la conducta de las personas. Pero sin motivaciones adecuadas es difícil alimentar y sostener conductas éticas. Sin embargo, “el desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común.”²⁰ Ahora bien, “lamentablemente hay corrupción e ilegalidad tanto en el comportamiento de sujetos económicos y políticos de los países ricos, nuevos y antiguos, como en los países pobres.”²¹

El falso señuelo del materialismo y del hedonismo afecta a todos los seres humanos en los más diversos contextos culturales y geográficos. La Doctrina social de la Iglesia, cuando denuncia las injusticias que afectan a los pueblos y, en particular, a la comunidad internacional, no promueve ningún fatalismo ni ningún automatismo que convirtiera las condiciones culturales o económicas en únicas responsables y que sugiriera buscar las soluciones en propuestas semejantes a las de los radicalismos religiosos fanáticos o a los mesianismos temporales utópicos²². Sin libertad no hay verdadero desarrollo. Es necesaria la conversión espiritual y moral de los sujetos.

2. No extraña, pues, que el Papa enseñe que la superación de la crisis

económica exige la integración de las medidas técnicas de orden económico o político en el marco más amplio de las que habrían de adoptarse en materia de educación, cultura, comunicación social y, sobre todo, del binomio matrimonio-familia.

Las medidas concretas que propone se encuadran siempre en el gran objetivo de salvaguardar el primer “capital social”, que es el ser humano mismo, la persona. En este orden de cosas, hay que entender la afirmación de la “prioridad del acceso al trabajo por parte de todos” como “una exigencia de la razón económica”, así como la advertencia de que “reducir el nivel de tutela de los derechos de los trabajadores... impide consolidar un desarrollo verdadero.”²³ Lo cual implica, para el Papa, huir tanto de la ideología del mercado autorregulado como del Estado planificador de todo: “El binomio exclusivo mercado-Estado corroe la sociabilidad.”²⁴

La atención preferente al “capital social” exige también poner en el centro de toda acción y preocupación de política social “la apertura a la vida” y el respeto de la “ecología humana”. La ética de la sexualidad y de su apertura a la vida en el matrimonio no es una cuestión de mera moral individual, sino precisamente uno de los pilares de la ética social con implicaciones económicas de gran calado²⁵. “La apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo. Cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supre-

sión de la vida acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre”²⁶. En cambio, “la apertura moralmente responsable a la vida, es una riqueza social y económica. Grandes naciones han podido salir de la miseria gracias también al gran número y a la capacidad de sus habitantes. Al contrario, naciones en un tiempo florecientes pasan ahora por una etapa de incertidumbre, y en algún caso de decadencia, precisamente a causa del bajo índice de natalidad, un problema crucial para las sociedades de mayor bienestar.”²⁷ Es el caso de las sociedades europeas y, en particular, de España.

En el contexto de la preocupación por el medio ambiente como exigencia del desarrollo integral y sostenible, el Papa retoma el concepto de “ecología humana”²⁸. “Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al medio ambiente natural, cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismas.”²⁹

El Papa afirma con nitidez que en el campo del respeto al ser humano en la génesis de su vida y en su derecho a

la vida, “se plantea con toda su fuerza dramática la cuestión fundamental: si el hombre es un producto de sí mismo o si depende de Dios”.³⁰ El predominio de la técnica y del homo faber - del hombre supuestamente creador de todo, incluso de sí mismo - frente a la ética y al hombre creatura, abierto al Amor creador, ha encontrado en las cuestiones referentes a la propia vida humana su punto crítico: “el humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano... Uno de los mayores obstáculos para el desarrollo.”³¹ De modo que “mientras los pobres del mundo siguen llamando a la puerta de la opulencia, el mundo rico corre el riesgo de no escuchar ya estos golpes a su puerta, debido a una conciencia incapaz de reconocer lo humano.”³²

La Iglesia, siguiendo el impulso de la caridad, reconoce en el prójimo al hermano, y lo socorre en sus necesidades del cuerpo y del alma. Cáritas multiplica sus esfuerzos en este tiempo de mayores necesidades en todas las diócesis españolas. Lo hace gracias a la generosidad de los fieles. Han aumentado tanto los ingresos como el número de voluntarios que prestan su ayuda personal. Por su parte, la Conferencia Episcopal Española, igual que el año pasado, se propone destinar a Cáritas un porcentaje del Fondo común interdiocesano.

La ayuda de los católicos españoles a la lucha contra el hambre en el mundo se ha canalizado en buena medida a

través de Manos Unidas. Esta obra fue creada hace ahora cincuenta años por las mujeres de Acción Católica como parte integrante de su apostolado. Con motivo de este aniversario la Conferencia Episcopal ha publicado un Mensaje de aliento y de gratitud³³. En el curso de esta Asamblea lo celebraremos también con la presencia de sus directivos y colaboradores. A lo largo de estos años, Manos Unidas se ha guiado por el principio de que el amor, vivido cristianamente, no conoce fronteras, sino sólo al necesitado. Pero sin olvidar que - como recuerda el Papa en *Deus caritas est* - el amor verdadero siempre es evangelizador, es decir, abre las puertas de los corazones al misterio del amor de Dios. Manos Unidas es hoy una Asociación Pública de Fieles muy estrechamente vinculada a los Obispos diocesanos y a la Conferencia Episcopal. Le auguramos un futuro lleno de frutos apostólicos en bien de la Iglesia y de los más necesitados en cualquier parte del mundo.

III. El “pacto escolar” y otros asuntos

Además de los dos ya mencionados, el orden del día de nuestra Asamblea prevé el tratamiento de otros asuntos de gran relevancia pastoral. Permítanme todavía una breve referencia a algunos de ellos de particular actualidad.

La propuesta de un “pacto escolar” desde diversas instancias ha puesto de nuevo de relieve los graves problemas

que aquejan a nuestro sistema educativo. Por nuestra parte, los obispos continuamos preocupados, junto con los profesores y muchos padres de alumnos, por la deficiente regulación jurídica de la enseñanza de la Religión y Moral Católica en la escuela. Los problemas se remontan a la aplicación normativa de la LOGSE y siguen sin ser resueltos y, por tanto, agravados. Estimamos que la regulación vigente sobre esta materia no se adecua a lo previsto en el Acuerdo sobre Educación y Asuntos Culturales entre la Santa Sede y España. La carencia de una verdadera alternativa académica coloca a los profesores y alumnos de Religión y Moral Católica en una permanente situación de verdadera heroicidad pedagógica. El deterioro de la formación religiosa y moral en la escuela no es bueno para nadie y, menos, para los jóvenes que en la práctica se ven privados de ella u obligados a recibirla en condiciones difíciles y discriminatorias.

Nos sigue preocupando también el conjunto de asignaturas llamadas "Educación para la ciudadanía", que, por su carácter obligatorio, habría de ser programada como materia de formación estrictamente cívico-jurídica y no - según es ahora el caso - como una materia de formación moral y de visión del hombre, de la vida y del mundo, fórmula típica de una enseñanza ideológica y adoctrinadora.

En los últimos meses, han emergido problemas fundamentales del sistema

educativo que han atraído fuertemente la atención de la opinión pública, como son: los altos porcentajes de fracaso escolar, la presencia creciente de la indisciplina y aun de la violencia en las aulas, la pérdida de autoridad humana y pedagógica de los propios profesores, una educación sexual impartida sin criterios morales y sin que los padres de los alumnos la conozcan, etc. Estos problemas deben ser revisados con criterios de eficacia pedagógica. Pero si esto se quiere hacer realmente a fondo, tal eficacia no debería ser entendida sólo desde una supuesta efectividad técnica. Es necesario hacerlo también según el fin último de la educación, claramente definido a la luz de la verdad del educando. Se trata de educar a la persona humana en la plenitud e integridad de su ser, que implica la trascendencia de su destino. El educando no debe ser visto como un mero homo faber, hoy sobre todo, homo technicus, al que habría que adiestrar más que nada en habilidades prácticas referidas a la construcción del mundo material. El que debe ser educado es el ser humano, en su condición de ser corporal y espiritual, que aspira a superar los límites de la culpa y de la muerte, dotado de libertad y de conciencia y llamado a la responsabilidad personal y social según los imperativos de la justicia, de la fraternidad y del amor.

El problema educativo, para ser bien resuelto, ha de ser abordado desde un planteamiento adecuado de la titularidad del derecho a la edu-

cación. Los titulares de ese derecho fundamental son, en primer lugar, los padres de familia y la sociedad con las diversas instituciones que la integran; el Estado es también titular de ese derecho de forma subsidiaria, en el sentido de que ha de velar por que la educación llegue realmente a todos, en igualdad de oportunidades y en condiciones de libertad responsable y practicable por todos: en primer lugar, por los padres y, luego, por las instituciones sociales educativas, en sentido amplio.

El artículo 27 de la Constitución ofrece una lograda síntesis armónica de los principios que garantizan la educación para todos y la libertad de enseñanza; ha sido desarrollado muy provechosamente por la doctrina del Tribunal Constitucional y ofrece el marco preciso en el que debería ser posible el deseado “pacto escolar”. Si hay voluntad de lograrlo, de respetarlo y de cuidarlo en la legislación ordinaria, en la administración y en la praxis social, el pacto escolar podría ser una realidad fecunda para el futuro de la educación en España.

Entre las informaciones que se nos ofrecerán en esta Asamblea cabe señalar la que versará sobre el ya próximo Congreso Eucarístico Nacional que tendrá lugar en Toledo en el mes de mayo de 2010, previsto como broche de oro del actual Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal (2006-2010), “Yo soy el pan de vida” (Jn 6, 35). Vivir de la Eucaristía.

También se hablará del estado de la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud del año 2011 en Madrid, tanto de lo que afecta a la semana de la Jornada propiamente dicha como de los días previos en las diócesis y de la peregrinación de la Cruz y del icono mariano de las Jornadas por toda España.

La acogida e implantación del Catecismo *Jesús es el Señor*, presentado el año pasado por la Conferencia Episcopal para la iniciación sacramental de los niños, también será objeto de nuestro estudio.

Confiamos a la intercesión de María la Virgen, Madre de la Iglesia, los días de comunicación y de trabajo que hoy iniciamos.

NOTAS:

- 1 *Código de Derecho Canónico*, c. 447
- 2 *Código de Derecho Canónico*, c. 363. 1.
- 3 *Código de Derecho Canónico*, c. 364. 31.
- 4 Cf. *Código de Derecho Canónico*, c. 365.
- 5 Benedicto XVI, *Carta a los sacerdotes con motivo del Año sacerdotal*, 16 de junio de 2009, Ecclesia 3473 (4. VII. 2009) 24-28.
- 6 Cf. Audiencia del miércoles 24 de junio de 2009, Ecclesia 3477 (1-VIII- 2009) 24-25.

- 7 Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, 2.
- 8 Expresión citada en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, n1 1589, que el Santo Padre glosa tanto en la *Carta a los sacerdotes*, del 16 de junio de 2009, como en la *Homilía* de las Vísperas del 19 de junio de 2009, Ecclesia 3473 (4. VII 2009) 29-30.
- 9 Benedicto XVI retoma en la *Homilía* del pasado 19 de junio el hilo argumental de su primera encíclica, *Deus caritas est*, 10.
- 10 Benedicto XVI, *Homilía* del 19 de agosto
- 11 *Ibid.*
- 12 Cf. Benedicto XVI, *Audiencia general* del miércoles 24 de junio de 2009.

- 13 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 75.
- 14 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 29.
- 15 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 27.
- 16 Pablo VI, *Populorum progressio*, 66; citado en *Caritas in veritate*, 19,
- 17 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 19.
- 18 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 11.
- 19 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 38.
- 20 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 11.
- 21 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 22.
- 22 Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 17 y 29
- 23 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 33.
- 24 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 39.
- 25 Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 15.
- 26 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 28.
- 27 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 44.
- 28 Cf. Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 38.
- 29 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 51.
- 30 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 74.
- 31 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 78.
- 32 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 75.
- 33 Cf. CCXIV Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, *Mensaje con motivo del L aniversario de Manos Unidas*. “Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber...” (Mt 25, 35), 1 de octubre de 2009.

Discurso de Mons. Renzo Fratini, Nuncio de Su Santidad en España y Andorra

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente, Eminentísimos Señores Cardenales, Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos, Señoras y Señores:

Para mi es un honor y una alegría dar comienzo a la misión, que el Santo Padre me ha confiado al servicio de la Iglesia en España. La participación en esta nonagésima cuarta sesión inaugural de la Asamblea Plenaria de esta Conferencia Episcopal me brinda la feliz oportunidad de renovar, ahora de viva voz, mí ya ofrecida disponibilidad cordial a cada uno de ustedes.

Asimismo agradezco muy vivamente las expresiones de enhorabuena que me vienen manifestando en estos mis primeros días. Son prueba de fraterna y sentida acogida, y, sobre todo, signo de la comunión de este Episcopado con el Sucesor de Pedro. De parte de Su Santidad, reciban un cariñoso saludo con su bendición para ustedes y los trabajos que tienen el propósito de desarrollar en estos días.

En este primer encuentro, aprovecho para confiarles algunos deseos como Representante del Santo Padre y también algunas primeras impresiones de España.

Saben muy bien cómo los últimos pontífices no han dejado de insistir en la urgencia del anuncio de Nuestro Se-

ñor Jesucristo, y esto no solo en los países llamados "*de misión*" sino en toda sociedad humana. Cristo tiene que ser conocido y amado. Su evangelio, fuente de amor y de perenne humanización, está para impregnar y dar sentido a la vida y ser cauce de comunión entre todos los hombres radicados en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Mi profundo deseo de servir quiere contribuir a esta dimensión misionera que es constitutiva de la Iglesia. El papel del Nuncio, pues, no puede sino estar al servicio de tan primordial tarea aunque realizada de un modo específico como marca el Derecho: mantener en primer lugar la unidad entre la Iglesia Universal y las Iglesias particulares y buscar, mediante un servicio de tipo pastoral, el bien común, con deseo de colaborar y de ayudar a todos ustedes, los señores obispos.

Mis primeras impresiones al llegar a España son positivas. Valoro profundamente la gran historia de este país que ha sabido expresar la fe en una cultura a lo largo de los siglos.

Esta Iglesia particular, desde su inicio apostólico hasta hoy, manifiesta la fuerza del Espíritu Santo en la multitud de nombrados mártires desde los primeros siglos hasta ahora, de santos doctores, místicos, misioneros... en fin, un caudal impresionante de amor

inmenso a Cristo y de un destacado y marcado cariño a su Madre, que contribuye al bien de toda la Iglesia haciéndola fecunda.

Las raíces cristianas están ahí, tenemos que ser optimistas y positivos, sobre todo no olvidar que es Dios quien con su providencia amorosa dirige los hilos de la historia. En Cristo, no puede faltarnos la esperanza.

En verdad que siempre habrá algunos problemas, en particular se nos presenta el desafío de la secularización al que este episcopado ha prestado en varios momentos una solícita y acertada atención, particularmente en el documento: *“Teología y secularización en España: a los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II”* del pasado 2006.

Se hace urgente pues trabajar por una formación religiosa seria, la insistencia en la profundización en la fe y educar para trasladarla a la vida de cada día, teniendo en máxima cuenta la importancia de la coherencia.

Y por último: esta Asamblea reflexionará entorno al ministerio de los presbíteros. La oportunidad viene de la mano por haber sido declarado este tiempo Año Sacerdotal. Con ello el Santo Padre pretende hacer consciente al sacerdote, como él dice en su carta para la convocatoria de este Año, publicada el mes de junio pasado, de que “el renovar cada día las palabras y los

gestos de Cristo a los fieles cristianos y al mundo entero, conlleva en sí el identificarse con sus pensamientos, deseos y sentimientos, así como con su estilo de vida”.

Como orienta el Magisterio de la Iglesia, el método pastoral, no tiene nada que ver con un funcionalismo. Lo “pastoral” es la expresión de un ser, de una identidad peculiar sacramental.

El Siervo de Dios Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica *“Pastores dabo vobis”* afirma que la identidad del presbítero “se halla en un vínculo ontológico específico que une al sacerdote con Cristo, Sumo Sacerdote y Buen Pastor”.

Ahí hay que poner los ojos. La acción pastoral es un oficio de amor, expresión de una intensa vida espiritual, vivida en intimidad con Cristo, en la que el sacerdote es siempre sacerdote y en la que, propiamente, puede decirse así, no hay horarios.

Contamos con que los sacerdotes son los que de forma directa están en primera línea, en contacto inmediato con los fieles. Necesitan por ello de la cercanía del Obispo, sentir el impulso de su ánimo en una misión tanto más delicada cuanto que el mundo no puede apreciar, muchas veces, su sacrificada entrega. El Obispo por eso debe dedicarse, “con amor especial”, sobre todo a sus sacerdotes, procurar su imprescindible formación permanente, y

atender en particular a los que pasan por problemas que no dejan de repercutir seriamente en su ministerio.

A su vez todos los sacerdotes deben apreciar en su obispo al padre, al hermano, al amigo como quiso el último Concilio. Todo esto no podrá sino revertir en el bien de la Iglesia en conjunto y también, sin duda, en la percepción de la llamada por parte de muchos jóvenes corazones que desearán ejercer

el sagrado ministerio como expresión de total amor a Cristo.

Señores Obispos, al comenzar los trabajos de esta Asamblea, les aseguro un recuerdo en mi oración, para que el Señor, por intercesión de la Santísima Virgen María y de San Juan Ávila, ejemplo eximio de vida sacerdotal, les conceda luz en sus reflexiones y acierto en las decisiones que hayan de tomar.

Nota final de la XCIV Asamblea Plenaria de la CEE

Madrid, 27 de noviembre de 2009.

Los obispos españoles han celebrado en Madrid, del lunes 23 al viernes 27 de noviembre, la 94ª reunión de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (CEE).

Ha participado por primera vez el Obispo de Jerez de la Frontera, Mons. D. José Mazuelos Pérez, tras su ordenación episcopal el pasado 6 de junio. El nuevo prelado ha quedado adscrito a la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, en la Subcomisión de Familia y Vida, así como a la de Seminarios y Universidades.

Los obispos han tenido un recuerdo especial para los tres prelados fallecidos desde la última Plenaria: Mons. D. José María Larrea y Legarreta, Obis-

po emérito de Bilbao; Mons. D. José María Guix Ferreres, Obispo emérito de Vic, y Mons. D. Joan Martí Alanís, Arzobispo-obispo emérito de Urgell.

Discurso inaugural del Cardenal Rouco y saludo del Nuncio

La Asamblea se inauguró el lunes 23 de noviembre con el discurso del Presidente, el Arzobispo de Madrid, Cardenal Rouco Varela. En el contexto de la celebración del Año Sacerdotal, el Cardenal Rouco se detuvo en la figura del sacerdote católico, que es “el cristiano llamado por el Señor a partir el pan de su amor, a perdonar los pecados y a guiar al rebaño en su nombre” y aludió a la situación del ministerio del sacerdocio en España, donde si bien es verdad que, en este campo, “el momento es grave y apremiante, la esperanza es

más honda y la motivación apostólica nos urge más”.

El Arzobispo de Madrid se refirió también a la situación actual de crisis moral y económica, a la luz de encíclica del Papa Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*. “La razón, por sí sola, - apuntó el Presidente de la CEE, citando al Papa - es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundamentar la hermandad”. Para que ello sea posible “es necesario elevar la visión hasta una perspectiva trascendente del desarrollo”, porque, “sin la perspectiva de una vida eterna, el progreso humano de este mundo se queda sin aliento”. “La apertura a la vida -subrayó el Cardenal Rouco- está en el centro del verdadero desarrollo. Cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supresión de la vida acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre”.

Por último, el Presidente de la CEE aludió a diversas cuestiones relacionadas con la educación, como la propuesta de un “pacto escolar” que se ha realizado desde diversas instancias y que “ha puesto de relieve los graves problemas que aquejan a nuestro sistema educativo”; la deficiente regulación jurídica de la enseñanza de la Religión y Moral Católica en España que “no se adecúa a lo previsto en el Acuerdo sobre Educación y Asuntos Culturales entre la

Santa Sede y España”; y la asignatura “Educación para la Ciudadanía” que “por su carácter obligatorio, habría de ser programada como materia de formación estrictamente cívico-jurídica y no -según es ahora el caso- como una materia de formación moral y de visión del hombre, de la vida y del mundo, fórmula típica de una enseñanza ideológica y adoctrinadora”.

Tras el discurso del Cardenal Rouco, tomó la palabra el nuevo Nuncio Apostólico en España, Mons. D. Renzo Fratini, que asistió a la Asamblea Plenaria por primera vez. En su saludo a la Asamblea, señaló que sus primeras impresiones al llegar a España son positivas y que valora profundamente la gran historia de este país que ha sabido expresar la fe en una cultura a lo largo de los siglos. “Las raíces cristianas están ahí -destacó Mons. Fratini-, tenemos que ser optimistas y positivos, sobre todo no olvidar que es Dios quien con su providencia amorosa dirige los hilos de la historia. En Cristo no puede faltarnos la esperanza”.

Nuevos cargos de la CEE

Durante esta Asamblea Plenaria se han celebrado dos elecciones de cargos de la CEE. En ellas, han tenido derecho a voto un total de 75 obispos; además del Administrador diocesano de Valladolid, D. Félix López Zarzuelo.

El miércoles, día 25 de noviembre, la Plenaria elegía a Mons. D. Juan José

Asenjo Pelegrina, Arzobispo de Sevilla, como miembro del Comité Ejecutivo de la CEE, con un total de 56 votos en primera votación, con una participación de 73 obispos. Mons. Asenjo sustituye al Cardenal Carlos Amigo Vallejo, quien desde el 5 de noviembre es Arzobispo emérito de Sevilla. Tras este nombramiento, forman parte del Comité Ejecutivo el Presidente, el Vicepresidente y el Secretario General de la CEE, como miembros natos, y por elección de la Asamblea Plenaria, los Arzobispos de Barcelona, Cardenal Lluís Martínez Sistach; Valencia, Mons. D. Carlos Osoro Sierra; el Castrense, Mons. D. Juan del Río Martín; y Sevilla, Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina.

La segunda elección tenía lugar el jueves, día 26, con el nombramiento del Obispo de Ávila, Mons. D. Jesús García Burillo, como Presidente de la Comisión Episcopal de Patrimonio Cultural. Fue elegido en primera votación con 43 votos. Ejercieron su derecho a voto un total de 68 obispos. Mons. Burillo sustituye a Mons. Asenjo, que al ser elegido miembro del Comité Ejecutivo había tenido que dejar la presidencia de la Comisión de Patrimonio Cultural, por la incompatibilidad que prevén los Estatutos de la CEE.

La elección de Mons. Burillo supone su inclusión como nuevo miembro de la Comisión Permanente y con él queda representada la Provincia Eclesiásti-

ca de Valladolid. También el Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela, Mons. D. Francisco Pérez González, y el el Arzobispo de Zaragoza, Mons. D. Manuel Ureña Pastor, serán miembros de la Comisión Permanente en representación de las Provincias Eclesiásticas de Pamplona y Zaragoza, respectivamente, que quedarían sin representación en ese órgano cuando Mons. D. Jesús Sanz Montes tome posesión como Arzobispo de Oviedo.

Homenaje a Manos Unidas en su 50º Aniversario

El jueves, a las 13,00 horas, los obispos recibían en la sala de la Plenaria a la Presidenta y al Secretario General de Manos Unidas, Myriam García Abrisqueta y Rafael Serrano, que vinieron acompañados de un numeroso grupo de trabajadores y colaboradores. Con este encuentro los obispos han querido rendir un homenaje a esta ONG de la Iglesia en su 50º aniversario. Por eso, el Cardenal Rouco Varela, en nombre de todos los miembros de la Asamblea, agradeció la entrega generosa de todos los que trabajan y colaboran en este proyecto que lleva medio siglo “declarándole la guerra al hambre”, como afirmaba su manifiesto fundacional, y recordó el Mensaje de la Comisión Permanente a Manos Unidas, del pasado 1 de octubre, en el que los obispos hacían memoria agradecida del pasado; subrayaban, como tarea del presente, la necesidad de salvaguardar las señas de identidad de la organización; y alenta-

ban a cuantos forman parte de ella a afrontar los nuevos retos del hambre en el mundo, como reto para el futuro.

Sobre el Proyecto de "Ley del aborto"

La Asamblea concluye cuando el Congreso de los Diputados ha comenzado el debate sobre el *Proyecto de Ley Orgánica de salud sexual y reproductiva y de la interrupción voluntaria del embarazo*. Ante un asunto de tanta trascendencia para la sociedad española, los obispos quieren hacer las siguientes consideraciones:

1. La Asamblea Plenaria hace expresamente suya la Declaración del pasado 17 de junio de la Comisión permanente titulada *Sobre el anteproyecto de ley del aborto: atentar contra la vida de los que van a nacer convertido en "derecho"*. Los obispos recomiendan encarecidamente su lectura.

2. Según decía la Declaración de la Comisión Permanente, este Proyecto de Ley "constituye un serio retroceso respecto de la actual legislación despenalizadora, ya de por sí injusta". Nadie que atienda a los imperativos de la recta razón puede aprobar ni dar su voto a este proyecto de ley. En particular, los católicos deben recordar que si lo hacen, se ponen a sí mismos públicamente en una situación objetiva de pecado y, mientras dure esta situación, no podrán ser admitidos a la Sagrada Comunión (Cf. Carta del Prefecto de la Congregación para la

Doctrina de la Fe, de junio de 2004, al Presidente de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos de América).

3. Los católicos estamos por el "sí" a la vida de los seres humanos inocentes e indefensos que tienen derecho a nacer; por el "sí" a una adecuada educación afectivo-sexual que capacite para el amor verdadero; por el "sí" a la mujer gestante, que ha de ser eficazmente apoyada en su derecho a la maternidad; por el "sí" a leyes justas que favorezcan el bien común y no confundan la injusticia con el derecho.

Los obispos invitan a proseguir sin descanso el trabajo a favor de estas nobles metas y exhortan a no desfallecer en la plegaria, especialmente durante este año dedicado a la oración por la vida.

Declaración ante la crisis moral y económica

Los obispos españoles han retomado en esta Plenaria el diálogo sobre la crisis moral y económica, a la luz de la Encíclica del Papa Benedicto XVI *Caritas in Veritate*. Como fruto de sus trabajos, han aprobado una Declaración de la Asamblea Plenaria que se publicará, en su integridad, próximamente. En ella, destacan que, en este momento de graves dificultades económicas y sociales para tantas familias y víctimas de la crisis, es preciso transmitir una palabra de solidaridad y esperanza.

La crisis, según señalan en la Declaración, tiene que ser abordada principalmente desde sus víctimas y desde un juicio moral que permita encontrar el camino adecuado para su solución. En sintonía con la encíclica *Caritas in veritate*, los obispos ponen el acento en la necesidad de aspirar a un desarrollo integral, que no puede conseguirse sin Dios. Se refieren, entre otros, a los jóvenes, a las familias y a colectivos como el de los inmigrantes, con quienes se está cebando especialmente la crisis, y observan con preocupación la situación cómo les afecta a estos últimos la Reforma de la Ley de Extranjería que acaba de ser aprobada en el Parlamento.

Los obispos afirman que la crisis debe ser una ocasión de discernimiento y de actuación esperanzada, y animan a todos, y en especial a las comunidades cristianas, a que sigan compartiendo sus bienes con los afectados por la crisis. A este respecto, la CEE ha decidido, igual que hizo el año pasado, entregar a Cáritas un porcentaje del Fondo Común Interdiocesano, que en esta ocasión asciende al 1,5%.

El Ministerio Sacerdotal hoy en España

Otro de los temas centrales de esta Plenaria ha sido la reflexión y el diálogo sobre el ejercicio del sacerdocio hoy en España. La Asamblea ha aprobado un *Mensaje de los obispos de la Conferencia Episcopal Española a los sacerdotes, con motivo del Año Sacerdotal*.

La vida y el ministerio sacerdotal se sostienen en una relación de amistad con Cristo. El año sacerdotal, convocado por Benedicto XVI, es una ocasión propicia para agradecer, profundizar y dar testimonio de esta amistad. Nuestro mundo necesita -señalan los obispos- que los sacerdotes salgamos hoy al encuentro del Señor diciendo también *somos testigos, lo que hemos visto y oído os lo anunciamos*.

Como subrayan los obispos, el testimonio de la vida entregada de muchos sacerdotes, es un motivo de alegría para la Iglesia y una fuerza evangelizadora en nuestras diócesis y cada una de sus comunidades. Ellos son, también, un regalo para el mundo aunque, a veces, no se les reconozca. Verdaderamente los sacerdotes son importantes no solo por cuanto hacen sino, sobre todo, por lo que son.

El Mensaje íntegro, al igual que en el caso del Documento sobre la crisis, se hará público próximamente.

Informaciones

Mons. D. Julián Barrio Barrio ha invitado a los obispos a las celebraciones del Año Santo Jubilar que vivirá Santiago en 2010. La apertura de la Puerta Santa tendrá lugar el 31 de diciembre de este año, a las 16,00 horas, y en agosto, del 5 al 8, Compostela acogerá a miles de jóvenes peregrinos con motivo de la Peregrinación Europea de Jóvenes que se está organizando y que

coincidirá con la presencia, en la ciudad gallega, de la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud.

También en 2010, del 27 al 30 de mayo, se celebrará en Toledo el Congreso Eucarístico Nacional. Mons. D. Braulio Rodríguez Plaza ha informado sobre los preparativos del evento cuya organización corresponde a la diócesis toledana, en colaboración con la Conferencia Episcopal Española. Mons. Rodríguez Plaza ha cursado las invitaciones a los obispos y de esta forma ha quedado convocado oficialmente el Congreso.

Como es bien conocido, en agosto de 2011, Madrid será la sede de la Jornada Mundial de la Juventud. También los obispos han recibido información sobre cómo van los preparativos. Ha intervenido, para hablar sobre los trabajos que le corresponden a la CEE, Mons. D. José Ignacio Munilla Aguirre, Obispo responsable del Departamento de Pastoral Juvenil. El Obispo auxiliar de Madrid y Coordinador de la JMJ, Mons. D. César Franco Martínez, ha explicado los aspectos que corresponden a la Archidiócesis madrileña.

Por último, Mons. D. Javier Salinas Viñals, ha informado sobre la puesta en marcha e implantación en las diócesis del Catecismo *Jesús es el Señor*.

Otros asuntos

La Plenaria ha estudiado el texto del *Misal Romano, versión castellana de la III edición típica latina Emmendata*, presentado por la Comisión Episcopal de Liturgia. Se continuará trabajando sobre él de cara a una nueva presentación en la próxima Plenaria, que se celebrará en abril de 2010.

Como es habitual, en la Asamblea que se celebra en otoño, se han aprobado los balances anuales, correspondientes en esta ocasión al año 2008, los criterios de constitución y distribución del Fondo Común Interdiocesano y los presupuestos de la CEE y de sus instituciones y organismos para el año 2010.

Por último, la Asamblea Plenaria ha prorrogado por un año los actuales Estatutos de Manos Unidas y ha aprobado la disolución de la Asociación pública de fieles "Hogar de Nazaret", que no desaparece sino que tendrá un nuevo estatuto jurídico.

Declaración ante la crisis moral y económica

Madrid, 27 de noviembre de 2009

1. «Los gozos y las esperanzas, las

tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez

gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo»¹.

Ante las dificultades económicas y sociales de tantas familias y víctimas de la crisis, nosotros, pastores de la Iglesia que peregrina en España, con esta declaración queremos transmitir una palabra de aliento y de esperanza. Animamos a las comunidades cristianas y a todos los hombres de buena voluntad a discernir el momento presente y a comprometerse con generosidad y solidaridad.

Conscientes de nuestra misión pastoral, nos proponemos más adelante ofrecer una reflexión más amplia y profunda sobre la actual crisis moral y económica.

La crisis económica que vivimos tiene que ser abordada, principalmente, desde sus causas y víctimas, y desde un juicio moral que nos permita encontrar el camino adecuado para su solución. No tenemos soluciones técnicas que ofrecer, pero sí entra dentro de nuestro ministerio iluminar con la doctrina social de la Iglesia el grave problema de la crisis, teniendo presente la verdad sobre el hombre, «porque la cuestión social se ha convertido en una cuestión antropológica»². Sólo de esta manera podemos afrontar su auténtica solución.

Causas y víctimas de la crisis

2. Somos conscientes de la gravedad de la situación en la que nos encontra-

mos, por causas que tienen su origen en la pérdida de valores morales, la falta de honradez, la codicia, que es raíz de todos los males³, y la carencia de control de las estructuras financieras, potenciada por la economía globalizada. Todo ello ha provocado la situación actual, cuyas repercusiones llegan a diversos ámbitos de la vida social y afectan gravemente a los más débiles, con especial incidencia en los países en vías de desarrollo.

- Es especialmente significativa la incidencia de la crisis en las familias, sobre todo en las familias numerosas y en los jóvenes, como bien atestiguan los últimos estudios realizados por Cáritas⁴. El contexto socioeconómico actual nos muestra una tasa de desempleo disparada, hasta el punto de que hay muchos hogares que tienen a todos sus miembros activos en desempleo, que no reciben ingresos ni del trabajo ni de las prestaciones sociales.

La escasa protección social de la familia y las políticas antinatalistas son perniciosas para la sociedad y tendrán efectos económicos perjudiciales para las generaciones futuras. El juicio de la reciente Encíclica del Papa ilumina y orienta nuestra situación en este ámbito: «La apertura moralmente responsable a la vida es una riqueza social y económica. Grandes naciones han podido salir de la miseria gracias también al gran número y a la capacidad de sus habitantes. Al contrario, naciones en un tiempo florecientes pasan ahora por

una fase de incertidumbre, y en algún caso de decadencia, precisamente a causa del bajo índice de natalidad, un problema crucial para las sociedades de mayor bienestar»⁵.

Los pequeños y medianos empresarios, así como los agricultores y ganaderos, viven en una angustiada situación económica, asistiendo con impotencia a la destrucción de empleo y cierre de sus empresas, perjudicando gravemente a sus familias, su patrimonio y al mismo progreso de la sociedad.

Otro grupo de importancia notable es la población emigrante procedente de países pobres: «Se trata de personas, para nosotros hermanos, que un día vinieron invitados, contratados, o simplemente atraídos por la fascinación de un soñado paraíso. Muchos de ellos han colaborado con su trabajo y con sus servicios, en tiempos de prosperidad, a nuestro desarrollo y bienestar, aumentaron considerablemente los recursos de nuestro país, de la caja de la hacienda pública y de la Seguridad Social, animaron el consumo, el mercado de la vivienda y la vida laboral en general. Ahora, en momento de crisis, de paro y de recesión, no podemos abandonarlos a su suerte»⁶

Es evidente que la crisis está infundiéndole miedo al futuro no sólo por la inseguridad respecto al posible mantenimiento del Estado de Bienestar, sino también por las consecuencias que genera, al aumentar la tasa de desempleo

y reducir la actividad económica. Con todo, el desarrollo ha sido y sigue siendo un factor positivo. Nuestro país ha experimentado un alto bienestar durante estos últimos años; bienestar que no siempre ha sido administrado correctamente y que nos ha llevado a vivir por encima de nuestras posibilidades.

No hay verdadero desarrollo sin Dios

3. «Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre en cuanto, habiéndolo creado a su imagen, funda también su dignidad trascendente y alimenta su anhelo constitutivo de “ser más”»⁷. La raíz de nuestros problemas no está sólo, ni principalmente, en las dificultades económicas para seguir manteniendo un crecimiento y bienestar en un mundo sometido a crisis periódicas: «el primer capital a salvar y valorar es el hombre, la persona, en su integridad»⁸. El verdadero desarrollo debe alcanzar a todo el hombre y a todos los hombres⁹. Inevitablemente debemos preguntarnos: ¿qué hombre queremos promover con el estilo social que estamos procurando? ¿Podemos considerar como desarrollo verdadero el que cierra al hombre en un horizonte intraterreno, hecho sólo de bienestar material, y que prescinde de los valores morales, del significado trascendente de su vida? ¿Puede conseguirse el verdadero desarrollo sin Dios?

Ante todo, es necesario decir en estas circunstancias que el hombre que

ha conocido a Cristo se sabe responsable del cambio social en su auténtica verdad: «El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y hombres políticos que vivan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común»¹⁰. Esto demanda un mayor compromiso en el mundo de la educación y en la vida pública, para erradicar en todo momento la corrupción, la ilegalidad y la sed de poder.

Estamos llamados a tomar decisiones y a aliviar la miseria

4. El espectáculo del hombre que sufre toca nuestro corazón de creyentes. Dios mismo nos empuja en nuestro interior a aliviar la miseria. No basta contemplar la realidad compleja, sometida a una crisis muy grave; ni basta tomar conciencia de los problemas que está ocasionando. Es imprescindible un profundo sentimiento de solidaridad con todos los que sufren. Hay problemas derivados de esta crisis que están exigiendo una respuesta inmediata.

5. Una de las preocupaciones más graves tiene que ver con la ocupación y el empleo. No son fáciles ni de aplicación inmediata soluciones que sean verdaderamente eficaces. La pobreza y el desempleo degradan la dignidad del ser humano. Por ello es necesario impulsar un nuevo dinamismo laboral que nos comprometa a todos en favor de un trabajo decente que «sea expresión de la dignidad esencial de todo hombre o mujer: un trabajo libremente elegido, que

asocie efectivamente a los trabajadores, hombres y mujeres, al desarrollo de su comunidad; un trabajo que, de este modo, haga que los trabajadores sean respetados, evitando toda discriminación; un trabajo que permita satisfacer las necesidades de las familias y escolarizar a los hijos sin que se vean obligados a trabajar; un trabajo que consienta a los trabajadores organizarse libremente y hacer oír su voz; un trabajo que deje espacio para reencontrarse adecuadamente con las propias raíces en el ámbito personal, familiar y espiritual; un trabajo que asegure una condición digna a los trabajadores que llegan a la jubilación»¹¹.

6. Pedimos un trato humano y solidario con los emigrantes, pues la recién aprobada Ley de Extranjería restringe derechos que afectan decisivamente a su dignidad como personas. Una sociedad con un objetivo de auténtico progreso humano se preocupa por el bien de todos y de cada uno¹².

Nuestro compromiso permanente como Iglesia

7. La Iglesia realiza el servicio al mundo y a su progreso como exigencia de la misión que ha recibido. A través de su doctrina social, ilumina con una luz que no cambia los problemas siempre nuevos que van surgiendo¹³ y anima a comprometernos de forma más urgente en estos ámbitos:

La aspiración a lograr un desarrollo integral requiere una renovación ética

de la vida social y económica que tenga en cuenta el derecho a la vida: «La apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo. Cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supresión de la vida, acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre. Si se pierde la sensibilidad personal y social para acoger una nueva vida, también se marchitan otras formas de acogida provechosas para la vida social»¹⁴.

En un mundo globalizado, donde los pobres sufren la peor parte, la Iglesia renueva su compromiso con ellos. Y lo hace porque este compromiso brota de su misma entraña de misericordia, de la fe y de su misión evangelizadora. En efecto, Jesús vino a anunciar la Buena Nueva a los pobres, reclamando también de ellos la conversión y la fe. Jesús nos ha revelado que Él es servido y acogido en los hambrientos y forasteros¹⁵. «Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico, por nosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza» (2 Cor 8,9). Debemos sentirnos Iglesia samaritana y solidaria con los pobres ante la angustia de tantas familias, jóvenes y desempleados.

La Iglesia ha tenido siempre entre sus compromisos la lucha contra la pobreza como una exigencia de la caridad, pues «el amor -caritas- siempre será necesario incluso en la sociedad más justa»¹⁶; y, especialmente, en mo-

mentos en los que los más débiles se encuentran expuestos a cargar con el precio de las consecuencias de la crisis.

La comunidad cristiana, y en particular Cáritas, Manos Unidas y otras instituciones de caridad de la Iglesia, están atendiendo y acompañando a los más necesitados de nuestro país y de los países en vías de desarrollo, víctimas, también, de la crisis económica global y de la recesión. Agradecemos este signo de solidaridad a quienes lo hacen posible: voluntarios, socios, donantes; y les animamos a seguir en esa lógica del don y de la gratuidad como expresión de fraternidad.

8. La crisis debe ser una ocasión de discernimiento y de actuación esperanzada para cada uno de nosotros, para los responsables públicos y para las instituciones que pueden contribuir a una salida de ella. Pero, sobre todo, la crisis debería ayudarnos a poner en Dios la referencia verificadora de nuestras actitudes y comportamientos. Sólo teniendo en cuenta la dimensión trascendente de la persona, podemos lograr un desarrollo humano integral: «Ante los grandes problemas del desarrollo de los pueblos, que nos impulsan casi al desasosiego y al abatimiento, viene en nuestro auxilio la palabra de Jesucristo, que nos hace saber: “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5). Y nos anima: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo” (Mt 28, 20). Ante el ingente trabajo que queda por hacer, la fe en la presencia de Dios nos

sostiene, junto con los que se unen en su nombre y trabajan por la justicia»¹⁷.

Llamada final

9. Queremos finalizar esta declaración haciendo una llamada a todas las comunidades cristianas y a todos los hombres y mujeres que deseen unirse en un compromiso para salir de la crisis, sabiendo que es prioritaria la conversión del corazón para obtener los cambios sociales¹⁸. A este respecto, apuntamos:

El momento actual requiere tomar conciencia del sufrimiento de nuestros hermanos más afectados por la crisis, y un compromiso más solidario de todos, especialmente de los que tienen más capacidad para poner a disposición de los demás los bienes y recursos recibidos de Dios.

Es urgente un discernimiento sobre las decisiones de gasto tanto de los poderes públicos como de las familias y de cada uno en particular.

Fomentar la responsabilidad hacia el bien común y hacia las víctimas más afectadas por esta situación.

Promover actitudes cristianas para el compartir es especialmente necesario en esta coyuntura. Por ello, urgimos a las comunidades cristianas a que compartan sus bienes con los afectados por la crisis. Algunos ya lo han hecho donando el 1% de sus ingresos como un signo de su compromiso con los pobres. Por nuestra parte, la Conferencia Episcopal Española, a través de Cáritas, se dispone a entregar un porcentaje que este año será del 1,5% del fondo común interdiocesano.

Aun cuando la responsabilidad primera de promover soluciones para salir de la crisis le corresponde a los poderes públicos, sin embargo será preciso también que como Iglesia samaritana colaboremos con otras instituciones y organizaciones sociales en la solidaridad con las víctimas de la crisis.

NOTAS:

- 1 CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 1.
- 2 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 75.
- 3 Cf. 1 Tim 6, 10
- 4 Cf. CÁRITAS ESPAÑOLA, VI Informe FOESSA, 2008.
- 5 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 44.
- 6 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Comisión Episcopal de Migraciones, Mensaje de la Jornada Mundial de Migraciones, 18-I-2009.
- 7 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 29

- 8 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 25.
- 9 Cf. PABLO VI, Carta encíclica *Populorum progressio*, 14
- 10 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 71.
- 11 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 63.
- 12 Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*, 39
- 13 Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 12.
- 14 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 28.
- 15 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Reflexiones en torno a la «eclesialidad» de la acción caritativa y social de la Iglesia, 12.
- 16 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, 28.
- 17 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 78.
- 18 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1888.

Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal

Madrid, 27 de noviembre de 2009

Queridos hermanos sacerdotes:

Reunidos en Asamblea Plenaria en el Año Sacerdotal, los obispos os recordamos en nuestra oración y damos gracias a Dios por todos vosotros: por el don de vuestra vocación, que es regalo del Señor, y por vuestra tarea, puesta en fidelidad. Una fidelidad que manifestáis a diario con el testimonio de vuestra vida y con la dedicación de cada uno al anuncio del Evangelio, a la edificación de la Iglesia en la administración de los Sacramentos y al servicio permanente de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Damos gracias al Señor, porque seguís con la mano puesta en el arado, a pesar de la dureza de la tierra y de la inclemencia del tiempo.

Esperamos que este Año Sacerdotal produzca abundantes frutos en consonancia con los objetivos propuestos por el Papa Benedicto XVI: «Promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo»; «favorecer la tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual, de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio»; «para hacer que se perciba cada vez más la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea»¹.

En nuestra Asamblea, hemos reflexionado y dialogado sobre la vida y el ministerio de los presbíteros en España, deseosos de seguir buscando juntos, con la ayuda del Espíritu Santo, las actuaciones pastorales necesarias que

respondan a las diversas situaciones que nos afectan a los obispos y presbíteros como pastores de la Iglesia.

Más que una enseñanza completa sobre nuestro ministerio, queremos ofrecer un mensaje de esperanza con la invitación a que volváis de nuevo a la abundante doctrina sobre el sacerdocio que nos ofrecen el Concilio, el Magisterio Pontificio y los documentos de la Conferencia Episcopal. Os invitamos a leerlos y meditarlos de nuevo y, sobre todo, a llevarlos a la vida.

1. «Vosotros sois mis amigos» (Jn 15, 14)

Estamos convencidos, y también vosotros, de que nuestra vida y ministerio se fundamentan en nuestra relación personal e íntima con Cristo, que nos hace partícipes de su sacerdocio. Esta vinculación Jesús la sitúa en el ámbito de la amistad: «Vosotros sois mis amigos», nos dice.

Hoy escuchamos estas mismas palabras. La iniciativa partió de Él. Fue Jesús quien nos eligió como amigos y es en clave de amistad como entiende nuestra vocación. Llamó a los apóstoles «para estar con Él y enviarlos a predicar» (Mc 3, 14). Lo primero fue «estar con Él», convivir con Él, para conocerle de cerca, no de oídas. Él les abrió el corazón. Como amigo, nada les ocultó. Ellos pudieron conocer, incluso, su debilidad, su cansancio, su sed, su sueño, su dolor por la ingratitud o por el re-

chazo abierto, el miedo en su agonía... Conocerle a Él, en esta experiencia de amistad, supera todo conocimiento, afirma san Pablo (cf. Flp 3, 8-9).

Esta amistad, nacida de Jesús y ofrecida gratuitamente, es un don valioso y espléndido. Es una experiencia deseada y generadora de «vida y vida abundante». Lo primero es conocerle y amarle personalmente. El conocimiento y el amor nos hacen testigos: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, [...] os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo» (1 Jn 1, 3-5).

El Señor nos envía a «ser sus testigos». En la *Evangelii nuntiandi*, leemos que el mundo de hoy atiende más a los testigos que a los maestros, y que, si atiende a los maestros, es porque son testigos². Con la fuerza del Espíritu Santo, los apóstoles confesarán después de la Pascua: «Somos testigos» (Hch 3, 15). También nuestro mundo necesita hoy que los sacerdotes salgamos a su encuentro diciendo «somos testigos», «lo que hemos visto y oído os lo anunciamos». La fuente de este anuncio está en la intimidad con Jesús: «El mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos

conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible»³.

El Santo Padre, en la Carta de convocatoria del Año Sacerdotal, nos invita a «perseverar en nuestra vocación de amigos de Cristo, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él». Una clave fundamental para vivir este Año Sacerdotal ha de ser «renovar el carisma recibido», lo que implica «fortalecer la amistad con el amigo». En la homilía de la Misa Crismal de 2006, nos decía el Papa: «Ya no os llamo siervos, sino amigos: en estas palabras se podría ver incluso la institución del sacerdocio. El Señor nos hace sus amigos: nos encomienda todo; nos encomienda a sí mismo, de forma que podamos hablar con su “yo”, “in persona Christi capitis”. ¡Qué confianza! Verdaderamente se ha puesto en nuestras manos... Ya no os llamo siervos, sino amigos. Éste es el significado profundo del ser sacerdote: llegar a ser amigo de Jesucristo. Por esta amistad debemos comprometernos cada día de nuevo».

El trato con el Señor tiene un nombre, dice el Papa: la oración, «el monte de la oración». «Sólo así se desarrolla la amistad...». Queridos sacerdotes: «sólo así podremos desempeñar nuestro ministerio; sólo así podremos llevar a Cristo y a su Evangelio a los hombres». La expresión del Papa es rotunda: la oración del sacerdote es acción prioritaria de su ministerio. «El sacerdote debe ser, ante todo, un hombre de oración», como lo fue Jesús.

Esta oración sacerdotal nuestra es, a la vez, una de las fuentes de santificación de nuestro pueblo. Lo expresamos mediante la Liturgia de las Horas que se nos encomendó el día de nuestra ordenación diaconal. Esto fue lo que vivió el santo Cura de Ars con las largas horas de oración que hacía ante el sagrario de su parroquia.

«Amistad significa también comunión de pensamiento y de voluntad»⁴. El poder de la amistad es unitivo. Los primeros cristianos hablaban de «tener los sentimientos de Cristo», que se asimilan con el trato, la escucha, el amor. Nos acreditamos como sacerdotes en la amistad e intimidad con Jesús. Él nos comunica sus sentimientos de Buen Pastor. Esta realidad no se vive, no se disfruta de modo inconsciente o rutinario, sino con el esfuerzo necesario, con la esperanza en Él, con su gracia y con ilusión compartida.

Esta amistad es expresión de la fidelidad de Dios para con su pueblo y reclama nuestra fidelidad, que es una nota del amor verdadero. La fidelidad brota espontánea y fresca de la amistad sincera. En la fidelidad, el primero es el otro. Nosotros somos sacerdotes por la amistad indecible de Jesús, una amistad que exige gratitud y reconocimiento de su señorío: escucharle, no ocultarlo, transparentarlo, darle siempre el protagonismo. Él ha de crecer y nosotros menguar. La fidelidad reclama, a la vez, perseverancia, porque la fidelidad es el amor que resiste el desgaste del tiempo.

Somos conscientes de que esta amistad, núcleo de nuestra vida y ministerio, «es tesoro en vasijas de barro» (2 Cor 4, 7); reconocemos nuestras fragilidades y pecados; nuestras manos son humanas y débiles. Sin embargo, confesamos con María, nuestra Señora, que en los pobres y débiles Dios sigue haciendo obras grandes.

Queridos sacerdotes: el Año Sacerdotal es una ocasión propicia para agradecer, profundizar y dar testimonio de nuestra amistad con Jesús, y repetir con el salmista: «Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad» (Sal 16). Y no olvidemos que la satisfacción y alegría por el ministerio sacerdotal es una clave fundamental de la pastoral vocacional...

2. «Se la carga sobre los hombros, muy contento» (Lc 15, 5)

Los mismos que fueron llamados para «estar con Él» fueron «enviados a predicar». La misión apostólica es constitutiva de la vocación. Nuestra misión es la del propio Jesús: «Como el Padre me envió, así os envío yo»; y ha de llevarse a cabo como lo hizo Jesús: «Yo soy el buen pastor».

La imagen del «buen pastor», recordada y admirada en las primeras comunidades en referencia a Cristo Resucitado y presente en medio de su Iglesia, sirvió también para identificar a los que en nombre de Cristo cuidaban de la comunidad cristiana: «Tened cuida-

do de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios» (Hch 20, 28).

La tarea del pastor es cuidar, guiar, alimentar, reunir y buscar. Buscar es hoy especialmente necesario. Desde el seno del Padre, el Señor vino a buscar a la humanidad perdida⁵. La parábola del buen pastor da fe de ello y, en la parábola del buen samaritano, el hombre apaleado en el camino representa a la humanidad caída, ante la que, conmovido, Cristo se inclina, la cura y levanta. Él vino a buscar a los alejados y a ofrecerles el amor de Dios. Vino a buscar la oveja perdida y, compadecido, se la echó al hombro lleno de alegría, como narra san Lucas. Buscó a los dos de Emaús, la misma tarde de Pascua. Buscó a los apóstoles en su miedo y desilusión y les regaló el soplo del Espíritu Santo. También hoy Jesús sale cada día a buscarnos y no deja de enviarnos la fuerza de su Espíritu, principal agente de la evangelización⁶.

Buscar es hoy tarea del buen sacerdote. Nuestros rediles decrecen. Las palabras «también tengo otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir» (Jn 10, 16) siguen resonando en nuestro corazón. «Salid a buscar», decía el rey, para celebrar la boda de su Hijo (cf. Lc 14, 21). Todos los hombres son ovejas del rebaño que Dios ama. Por tanto, siguiendo las huellas de Jesucristo, el pastoreo del sacerdote no es sedentario, sino a cam-

po abierto. Por eso, nos sentimos tan orgullosos de los sacerdotes que anuncian el Evangelio en otros países.

Buscar es trabajo misionero. Se nos preparó a muchos, preferentemente, para cuidar una comunidad ya constituida. Hoy, en cambio, cuando en muchos de nosotros ha aumentado la edad, además de cuidar la comunidad existente, el Señor nos pide «conducir otras ovejas al redil». Es tiempo de «nueva evangelización» y de primer anuncio en nuestro propio territorio. En esta tarea, la comunidad y el pastor, a la vez, han de ser hoy los misioneros. De aquí que el buen sacerdote sea consciente, y sepa bien, en qué medida ha de apoyar a los laicos y contar con ellos. Asimismo, ha de unir esfuerzos con los distintos carismas de la vida consagrada. De todo ello, nos habla el Papa en su Carta del Año Sacerdotal.

Pedía el Señor, por otra parte, que el Padre no nos saque del mundo. Los sacerdotes, como el propio Cristo, estamos en el mundo y somos para el mundo, sin ser del mundo. Así lo pidió Jesús al Padre en la última cena con los apóstoles. La Iglesia está plantada en el mundo y es para los hombres, pero no es del mundo. Así somos los pastores. Y aprendemos de Jesús que: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único... Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 4, 16-17). Esta misión, en muchas ocasiones, es dolorosa para nosotros

por las circunstancias en que la hemos de realizar, y esto nos une a la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Confiando en la palabra de Cristo, recordamos en los momentos de dolor que el Señor prometió la bienaventuranza a los perseguidos, a los que sufren, a los que lloran.

Sabemos que somos instrumento sacramental de la acción salvadora de Cristo, y, en consecuencia, hemos de ser con nuestra vida transparencia del amor de Dios que salva al mundo amando a los hermanos. La respuesta diaria de Dios a un mundo alejado, de espaldas a su amor, es seguir enviando a su Hijo Único para salvarlo. Esto se realiza de modo pleno en la celebración de la Eucaristía, en la que el Hijo se ofrece al Padre por la salvación del mundo. Testigos excepcionales de ello somos los sacerdotes, no sólo con la celebración litúrgica, sino haciendo de nuestra vida, «por Cristo, con Él y Él», una ofrenda permanente. Dice el Papa, citando al santo Cura de Ars: «Siempre que celebraba tenía la costumbre de ofrecer también la propia vida como sacrificio: ¡cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!»⁷.

Queremos compartir con vosotros que el corazón del sacerdote que fija la mirada en Jesús está lleno de amor, amor que tiene un nombre extraordinario: misericordia. San Lucas pone nuestra perfección en ser «misericordiosos», como el Padre lo es. Y co-

mentaba el Papa, Juan Pablo II, que «fuera de la misericordia de Dios, no existe otra fuente de esperanza para la humanidad»⁸. Si esto es así, el futuro del mundo pasa por la misericordia de Dios, de la que nosotros somos ministros, especialmente en el sacramento de la Reconciliación. Nosotros hemos de recibir frecuentemente en este sacramento el perdón y la misericordia de Dios que nos renuevan. Regatear esfuerzos en el ejercicio de la misericordia, tanto en la vida de cada día como en la disponibilidad para ofrecer a otros el sacramento de la Reconciliación, es restarle futuro al mundo. El sacerdote, como Cristo, es icono del Padre misericordioso.

Dice san Juan que Cristo murió «para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos». Él es el Pastor que dio la vida para reunir el rebaño. El sacerdote, que prolonga la misión de Cristo, tiene también la misión esencial de «reunir», es decir, ser ministro de comunión, hasta dar la vida si es preciso. La fidelidad al Buen Pastor nos sitúa en la expresión suprema de la amistad: dar la vida, ¡cuánto más el prestigio o una situación cualquiera! Dar la vida como a diario hacéis, porque «el discípulo no es más que su maestro».

¡Cuántas veces, como sacerdotes, tenemos que llevar la cruz en el ministerio! Bendita Cruz de Cristo, que siempre estará presente en nuestras vidas. Llevando la cruz participamos de un modo especial en el ministerio.

Hoy suena igualmente con fuerza la oración de Jesús: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21). Hasta cinco veces aparece esta petición en la oración sacerdotal. La pasión por la unidad es necesaria en la vida de un presbítero, si no quiere renunciar a su identidad de pastor. Pasión por la unidad y por la comunión con el obispo, también con los hermanos presbíteros, con los laicos y con las personas de vida consagrada. Pasión por la unidad y por la comunión de toda la Iglesia diocesana y de la Iglesia entera bajo la guía del Sucesor de Pedro, evitando toda desafección y alejamiento. Servir hoy a la comunión es una señal clara de nuestra fidelidad a Cristo, Buen Pastor.

Estamos llamados a vivir todo esto en el ejercicio de la caridad pastoral, la virtud que anima y guía la vida espiritual y ministerial del sacerdote. Con ella, imitamos a Cristo, el Buen Pastor, con ella le somos fieles y con ella unificamos nuestra vida, amenazada de dispersión. Gracias a la caridad pastoral nuestro ministerio, más allá de un conjunto de tareas, se convierte en fuente privilegiada de nuestra santificación personal.

3. Queridos sacerdotes: «Cristo nos necesita»

«Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a

una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina», decía el santo Cura de Ars. Benedicto XVI, recogiendo esta cita en su Carta con motivo del Año Sacerdotal, subraya: «Hablaba del sacerdocio como si no fuera posible llegar a percibir toda la grandeza del don y de la tarea confiados a una criatura humana».

Como sacerdotes, y con nuestros sacerdotes, queremos cantar, con humildad pero a la vez con voz potente, como María, nuestro propio Magnificat. El testimonio de la vida entregada de la inmensa mayoría de los sacerdotes es un motivo de alegría para la Iglesia y una fuerza evangelizadora en nuestras diócesis y cada una de sus comunidades, donde se admira y se reconoce con gratitud su trabajo pastoral y su testimonio de vida. Ellos son también un regalo para el mundo, aunque a veces no se les reconozca. Verdaderamente, vosotros, los sacerdotes, sois importantes no sólo por lo que hacéis, sino, sobre todo, por lo que sois. Por eso queremos recordar con afecto entrañable y gratitud sincera a los sacerdotes ancianos y enfermos que siguen ofreciendo con amor su vida al Señor. ¡Ánimo a todos! La gracia de Cristo nos precede y acompaña siempre. Él va delante de nosotros.

En este momento, con satisfacción, traemos a nuestra memoria y a nuestro corazón, y hacemos nuestras las palabras de Juan Pablo II en *Pastores dabo vobis*: «Vuestra tarea en la Iglesia

es verdaderamente necesaria e insustituible. Vosotros lleváis el peso del ministerio sacerdotal y mantenéis el contacto diario con los fieles. Vosotros sois los ministros de la Eucaristía, los dispensadores de la misericordia divina en el sacramento de la Penitencia, los consoladores de las almas, los guías de todos los fieles en las tempestuosas dificultades de la vida. Os saludamos con todo el corazón, os expresamos nuestra gratitud y os exhortamos a perseverar en este camino con ánimo alegre y decidido. No cedáis al desaliento. Nuestra obra no es nuestra, sino de Dios. El que nos ha llamado y nos ha enviado sigue junto a nosotros todos los días de nuestra vida, ya que nosotros actuamos por mandato de Cristo»⁹.

«Ahí tienes a tu Madre». Desde la Cruz, Jesús nos entregó a María, discípula perfecta y Madre de la unidad, indicándole al discípulo amado: «Ahí tienes a tu Madre» (Jn 19, 27). Cada discípulo está invitado a «recibirla en su casa». Invocamos a María, Madre de los sacerdotes, con esta bella oración conclusiva de Juan Pablo II en la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*:

«Madre de Jesucristo, que estuviste con Él al comienzo de su vida y de su misión, lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre, lo acompañaste en la cruz, exhausto por el sacrificio único y eterno, y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo, acoge desde el principio a los llamados al sacerdocio, protégelos en

su formación y acompaña a tus hijos en su vida y ministerio, oh, Madre de los sacerdotes. Amén».

Queridos hermanos sacerdotes, queremos concluir este mensaje con la in-

vitación que el Papa nos hace al final de su Carta para el Año Sacerdotal: Dejaos conquistar por Cristo.

Recibid el saludo afectuoso y fraterno en el Señor de vuestros obispos.

NOTAS:

- 1 Cf. BENEDICTO XVI, Carta para la Convocatoria del Año Sacerdotal (16 de junio de 2009), y Discurso a la Congregación para el Clero (16 de marzo de 2009).
- 2 Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 41
- 3 PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 76.
- 4 BENEDICTO XVI, Homilía de la Misa Crismal de 2006.
- 5 Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 7.
- 6 PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 75
- 7 BENEDICTO XVI, Carta para el Año Sacerdotal.
- 8 BENEDICTO XVI, Homilía en la consagración del Santuario de la Divina Misericordia (17 de agosto de 2002).
- 9 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, 4

Mensaje de la Comisión Episcopal de Migraciones “Los emigrantes y refugiados menores de edad. Hoy acogemos, mañana compartimos” Jornada Mundial del Emigrante. 17 de Enero de 2010

INTRODUCCIÓN:

Nuevamente la celebración de la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado y el Mensaje al respecto del Sto. Padre, sitúa ante nuestra mirada este fenómeno global que se presenta ante nuestra mirada creyente, cruzándose esta vez con la de los emigrantes y refugiados menores de edad. Tenemos

en España 803.057,40 menores de edad nacidos en el extranjero. Representan el 17% del total de extranjeros. Nos preocupa la situación de todos los menores especialmente los más desamparados.

Muchos de ellos – sobre todo los menores no acompañados- han vivido y viven el rechazo y la amenaza perma-

nente de la repatriación, incluso cuando no hay una familia que les espere. Niños y niñas que llegan en condiciones dramáticas a una comunidad autónoma española y de allí son derivados a otras. Pero, en muchas ocasiones, nadie sabe de verdad cuántos son, dónde o cómo están. Parece como si, apenas conocida su minoría de edad, emprendiéramos una carrera para quitárnoslos de en medio manteniéndolos unos años, para que al cumplir los dieciocho años se queden literalmente en las calles convertidos en “sin papeles”, permanentemente amenazados por la expulsión, sin posibilidad de trabajar o de una vida digna.

La emigración como fenómeno global en nuestra sociedad actual y los menores de edad como un aspecto central de la misma son los ejes de nuestro mensaje

ALGUNOS ACONTECIMIENTOS RECIENTES

Del año recién terminado, queremos referirnos como marcos especialmente relevantes para nuestra tarea pastoral a la Encíclica *Caritas in veritate* de SS Benedicto XVI y a la aprobación parlamentaria de la Reforma de la Ley de extranjería

A) La primera está suponiendo un enriquecimiento para nuestra comprensión y práctica de la caridad en nuestra sociedad. Y aunque el tema central no es la actual crisis económica

y financiera, no lo soslaya, evaluándola a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia. Recomendamos su lectura.

Nos recuerda que los “*emigrantes no pueden ser considerados como una mercancía o una mera fuerza laboral. Todo emigrante es una persona humana y que, en cuanto tal, posee derechos fundamentales inalienables que han de ser respetados por todos y en cualquier situación (cf. CV 62)*”

Y en la Audiencia que concedió el Santo Padre a los participantes en el reciente VI Congreso Mundial del Pontificio Consejo de Pastoral de las Migraciones, señaló: *Se va haciendo cada vez más grande, de hecho, la distancia económica entre los países pobres y los industrializados. La crisis económica mundial, con el enorme crecimiento del paro, reduce la posibilidad de empleo y aumenta el número de aquellos que no consiguen encontrar siquiera un trabajo totalmente precario. Muchos se ven entonces obligados a abandonar sus propias tierras y sus comunidades de origen; están dispuestos a aceptar trabajos en condiciones nada conformes con la dignidad humana, con una inserción difícil en las sociedades de acogida a causa de la diferencia de lengua, de cultura y de los ordenamientos sociales.*

Este marco de reflexión y doctrina supone una respuesta clara frente a una visión puramente economicista de los emigrantes como ya señalamos en nuestra nota del 25 de junio de 2009

B) Los obispos de la CEM iluminados por el magisterio papal celebrando la extensión de las garantías y derechos para nuestros hermanos inmigrantes, no podemos dejar de considerar asimismo el recorte a sus derechos en la reforma de la Ley de extranjería. Efectos que se pueden paliar por una aplicación reglamentaria adecuada a expensas de su reforma posterior. Queremos transparentar a un Dios garante de toda y de todas las vidas humanas, que no hace acepción de personas y quiere la comunión entre todos sus hijos (cf. CV 54). Por eso, expresamos al respecto estos deseos de manera confiada:

Confiamos en que los impedimentos al derecho de reagrupación familiar queden soslayados. La clara defensa de la familia que la Iglesia hace nos empuja a apoyarla, especialmente cuando hay menores sin ella. Vivir en un país extranjero sin puntos de referencia reales genera innumerables trastornos y dificultades. Y conlleva riesgos y problemas serios previsible en el futuro

Confiamos en que el régimen sancionador del plazo ampliado del internamiento de las personas inmigrantes “sin papeles”, se vea lo más reducido en su aplicación. En este sentido recordamos la necesaria presencia religiosa en los Centros de internamiento de emigrantes y refugiados, adultos y menores, para procurar su atención religiosa a la que tienen derecho.

Confiamos en que las dificultades de acceso al padrón municipal no queden

además agravadas por sanciones difícilmente soportables por quienes, en un claro deber fraterno - a imagen del Buen samaritano- faciliten la inscripción en el mismo y/o ejerzan el deber cristiano de la acogida. Y que el llamado “esfuerzo de integración”, para adultos y menores, implique no sólo al que llega sino también al que acoge.

Confiamos que la mirada de cualquiera que se cruce con la del menor emigrante y refugiado, lo perciba antes que como emigrante como un menor por encima de cualquier otra consideración. Así lo señala el Papa en su mensaje recordando la Convención de los Derechos del niño. Y que su tratamiento legal y reglamentario actúe en consecuencia. En este sentido para los niños y adolescentes es fundamental el acceso a la formación adecuada y completa que les posibilite el acceso a la sociedad sin descuidar la “riqueza del encuentro entre diferentes tradiciones culturales” como recuerda el Papa en su mensaje

C) UN LEMA .UNOS RETOS:
HOY ACOGEMOS, MAÑANA
COMPARTIMOS

Nuestra confianza se apoya en la fe en el Dios que salva y actúa en nuestra historia global y local como el Papa nos recuerda en su mensaje de este año: “*Era forastero y me acogisteis*”(Mt 25, 35); como también el mandamiento central que Él nos dejó: *amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente, pero*

unido al amor al prójimo (cf. Mt 22, 37-39). Esto nos lleva a considerar que cada intervención concreta nuestra tiene que alimentarse ante todo de fe en la acción de la gracia y de la divina Providencia. De este modo, también la acogida y la solidaridad con el extranjero, especialmente si se trata de niños, se convierte en anuncio del Evangelio de la solidaridad. La Iglesia lo proclama cuando abre sus brazos y actúa para que se respeten los derechos de los emigrantes y los refugiados, estimulando a los responsables de las naciones, de los organismos y de las instituciones internacionales para que promuevan iniciativas oportunas en su apoyo.”

Este párrafo fundamenta el lema que proponemos: Reconocimiento al hecho gozoso de que nuestra Iglesia hoy sigue abriendo sus brazos a los emigrantes. La acogida de hoy, anuncio del Evangelio de la solidaridad fraterna, samaritana, es la mejor garantía para un futuro integrador donde nuestro compartir fraterno sea la señal iluminadora que seguiremos ofreciendo. Nuestros menores emigrantes y refugiados que hoy son acogidos, mañana compartirán con nosotros, como adultos, los valores que hayamos intercambiado. Y la fe, que gozosamente le hemos propuesto en algunos casos, y compartido en otros muchos, será vivida con unos acentos tan hermosos que haremos más verdad, si cabe, la experiencia de nuestra catolicidad

Su llegada y presencia es para nosotros una gracia que se convierte en reto. Por eso, agradecemos los sacrificados y ge-

nerosos esfuerzos que tantos hermanos, grupos e instituciones están haciendo en estos últimos meses por los emigrantes y la defensa de sus derechos. Agradecemos tantas muestras de acogida a los menores emigrantes y refugiados: hospitalidad, acogida familiar, incorporación a nuestras catequesis y comunidades, apoyo escolar tanto en la educación reglada como en la no reglada, apoyo a la reagrupación familiar, pastorales específicas, ofrecimiento de nuestros espacios y servicios de ocio y tiempo libre etc..Y seguimos pidiendo al Señor de la Vida que sigan respondiendo con valentía a los retos planteados. Recordamos algunos para actuar desde vuestras posibilidades y fuerzas con la ayuda de Dios que nunca va a faltaros:

- procurar que el menor sea acompañado con su propia familia y si esto no fuera posible, procurar un ambiente y unas personas o núcleo familiar lo más cercanos a su contexto familiar

- procurar el mejor ambiente escolar y educativo tanto el de las personas que le rodean como en el de las instituciones educativas en las que siempre deberán ser integrados

- procurar el máximo respeto y fomento a su experiencia y práctica religiosa.

CONCLUSION:

Cuando las vidas y los derechos de los niños están en juego, no debe haber

testigos silenciosos. Estos niños no son ni ilegales ni invisibles. Pedimos la intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, emigrante y refugiada en Egipto para que cuando crucemos nuestra mirada con ellos, según decíamos al principio, sintamos y comprobemos que la acogida actual y el futuro compartido sean realidad auténtica que no quede

dificultada por ninguna disposición legal. Así será expresión más auténtica de una sociedad mejor que la actual a la que servimos desde la Iglesia y a la que aspiramos todos los hombres y mujeres de buena voluntad

Los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones

NOMBRAMIENTOS EPISCOPALES

El sacerdote D. Ginés Ramón García Beltrán ha sido nombrado Obispo de Guadix. Es en la actualidad Defensor del Vínculo y Canónigo de Almería. Benedicto XVI ha aceptado la renuncia presentada por Mons. D. Juan García-Santacruz Ortiz al cumplir 75 años

La Nunciatura Apostólica en España ha comunicado que hoy, jueves 3 de diciembre, la Santa Sede ha hecho público que el Papa, Benedicto XVI, ha aceptado la renuncia presentada por Mons. D. Juan García-Santacruz Ortiz al cumplir los 75 años de edad, el 11 de enero de 2008, en conformidad con el canon 401, párrafo 1, del Código de Derecho Canónico. El Santo Padre ha nombrado Obispo de Guadix a D. Ginés Ramón García Beltrán, en la actualidad Defensor del Vínculo y Canónigo de Almería.

D. Ginés Ramón García Beltrán nació el 3 de octubre de 1961 en Lorca (Murcia), siendo natural de Huércal-Overa (Almería). En 1979 ingresó en el Seminario Mayor de Almería, entonces con sede en Granada. Bachiller en Teología por la Facultad de Teología de Granada (1984) y Licenciado en Derecho Canónico por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (1986). En esta misma Universidad, en 1987, curso estudios de Derecho Canónico. Se especializó en Derecho matrimonial en la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

Fue ordenado sacerdote el 20 de septiembre de 1985. Ha desarrollado su ministerio sacerdotal en la diócesis de Almería, donde ha tenido distintos cargos: Párroco de *Santa María* de Mojácar (1987-1989); Vicerrector del Semina-

rio Menor, Formador y Director espiritual en los Seminarios Mayor y Menor (1989-1992); Profesor de Religión en diversos Institutos de Enseñanza Media (1989-1994); Capellán de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús (1990-1992 y 2004-2005); Delegado Episcopal del *Colegio San Ildefonso* (1991-1994); Párroco de *Santa María*, de Rioja (1993-1994); Rector del Instituto Teológico *San Indalecio* (1993-1997); Capellán de las Religiosas de la *Divina Infantita* y Consiliario del Movimiento de Profesores Cristianos (1993-1994); Párroco de *Santa María de los Ángeles* en Almería y Arcipreste del 2º Arciprestazgo de Almería (1994-1996); Promotor de Justicia en el proceso de los mártires de Almería (1995-1998); Delegado Episcopal del Sínodo Diocesano (1996-1999); Jefe de Estudios en el *Centro de Estudios Eclesiásticos* del Seminario Conciliar, afiliado a la Facultad de Granada (1996-2003), profesor de Teología (1997-2003) y actualmente es Profesor Ordinario de Derecho Canónico, desde 2005; Profesor de Derecho Canónico y síntesis Teológica en el *Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Almería* (2007-2008). Ha sido Vicario General y Moderador de Curia (1996-2005) y Administrador parroquial de La Cañada de San Urbano y Costacabana (2005-2006).

Actualmente es Canónigo doctoral de la Catedral de Almería y párroco de San Sebastián en la capital de Almería. Es, asimismo, Defensor del Vínculo en el Tribunal Eclesiástico de Almería desde 2005.

Nota de los obispos de la subcomisión para la Familia y la defensa de la Vida con motivo de la Jornada de Familia (27 de diciembre de 2009)

Cada vez con más insistencia, se está poniendo de relieve en nuestra sociedad cómo la educación de los niños y de los jóvenes constituye un problema social grave. Los recientes actos de violencia juvenil, dados a conocer por los medios, incrementan una preocupación que se hace cada vez más intensa en la sociedad.

Constatamos con inquietud que algunos padres han hecho dejación de una

misión que les compete a ellos de modo principal: ser los primeros educadores de sus hijos. Compartimos la preocupación de muchos padres que comprueban la injusta injerencia del sistema educativo al pretender imponer una determinada educación moral, suplantando así una responsabilidad que les compete sólo a ellos.

Además, muchos maestros ven cómo su autoridad se pone en tela de juicio y

su labor educativa, en muchas ocasiones, no encuentra respaldo institucional ni apoyo por parte de los padres de sus alumnos.

Por ello el Santo Padre ha hablado “de una «gran emergencia educativa», confirmada por los fracasos en los que con demasiada frecuencia desembocan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar sentido a la propia vida”¹.

1. Formar la libertad en la familia

El amor es “la vocación fundamental e innata de todo ser humano”². Ésta es la verdad que orienta y da sentido a una educación humana integral que se vería extraordinariamente empobrecida si se “limitara a proporcionar nociones e informaciones dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, especialmente de la que puede servir de guía en la vida”³.

Esta vocación al amor tiene como fin la libre entrega a otra persona para construir con ella una comunión de personas. La educación, por lo tanto, está orientada a formar a la persona para que sea capaz de vivir la expresión plena de la libertad: entregar la propia vida con el don sincero de sí misma, a imagen de la donación plena que Jesucristo hace permanentemente a la Iglesia⁴.

El lugar propio y más fundamental donde la persona recibe esta educación

es la familia. En el clima de confianza propio del hogar, los hijos reciben la experiencia fundamental de ser amados, y son instruidos de modo natural para aprender el significado de la verdad y del bien en sus distintas manifestaciones que les abren a una vida social.

Sin embargo, esta primera educación moral es insuficiente. El paso a una libertad madura requiere que los hijos sean capaces de elegir, en las múltiples circunstancias de su vida ordinaria, aquellos bienes concretos que posibilitan ir construyendo su vida en el amor. Se requiere, por lo tanto, una adecuada educación en las virtudes⁵ para que los hijos adquieran los hábitos que formen su carácter e inclinen permanentemente su libertad a la verdad.

Para ello, es necesario, en primer lugar, el testimonio moral de los propios padres, “que educan no tanto por lo que dicen cuanto por lo que viven”⁶. Son ellos, con la coherencia de la propia vida, los primeros testigos de la verdad y del bien⁷. Unido a esto, se hace especialmente necesario, en una sociedad carente de auténticos ejemplos, la presentación de testigos morales que fomenten en los hijos el deseo de una vida virtuosa. La vida de los santos se muestra así como un medio educativo de gran eficacia.

La educación en las virtudes que se realiza en la familia requiere el equilibrio entre libertad y disciplina: “Sin unas reglas de conducta y de vida, apli-

cadadas día tras día incluso a las pequeñas cosas, no se forma el carácter ni queda uno preparado para afrontar las dificultades”⁸. De esta manera se va creciendo en la colaboración con otras personas en el sentido del bien común.

Por último, esta educación para adquirir una vida virtuosa reclama un acompañamiento intenso por parte de sus padres, dedicando el tiempo necesario para ayudar a sus hijos a discernir la verdad, especialmente en aquellos ámbitos que tienen una mayor presencia. Éste es el caso de los medios de comunicación, cuyo crecimiento y disponibilidad han brindado oportunidades excepcionales para enriquecer la vida de los individuos, y de las familias, pero al mismo tiempo que son una riqueza, son también un desafío para la educación de los hijos por la ingente cantidad de mensajes, a menudo contradictorios y de una extraordinaria relevancia moral⁹.

En este seguimiento permanente, la cohesión y unidad de los padres, fruto de la fidelidad conyugal, constituye el medio imprescindible para la tarea educativa de la familia. La ruptura del vínculo conyugal supone un doloroso obstáculo en la educación de los niños y de los jóvenes.

2. Educar la fe en la familia

Con palabras del Santo Padre, “en el origen de la crisis de la educación existe una crisis de confianza en la vida”¹⁰. De

esta manera, dar razones de la esperanza constituye un elemento básico en la labor educativa que los padres tienen que realizar. Y en concreto, presentar la fuente de toda esperanza, el Amor eterno de Dios que acompaña a la persona durante toda su vida y que no se rinde ante ninguna infidelidad.

La misión de los padres en este punto es insustituible, ya que ellos son los primeros transmisores de la fe y los custodios del crecimiento de la vida recibida en el bautismo. De esta manera participan de la autoridad y del amor de Dios Padre y de Jesucristo Pastor, recibiendo del Espíritu Santo los dones que necesitan para el crecimiento humano y cristiano de sus hijos¹¹.

Los padres llevan a cabo esta misión iluminando los acontecimientos de la vida familiar con la fe, la oración y la celebración de los acontecimientos, y con una colaboración activa en la formación religiosa que sus hijos reciben en la parroquia o en los colegios. “En la catequesis y todo el proceso de educación en la fe es esencial la cooperación de los padres para que exista una verdadera transmisión de la iniciación cristiana de la fe”¹².

3. Colaboración con el colegio

Los padres son los primeros maestros que educan a sus hijos. Se trata de un deber y de un derecho “esencial, primario, insustituible e inalienable”¹³. Esta responsabilidad, por

lo tanto, no puede ser delegada a otras instituciones que, lejos de suplantar la misión educativa de los padres, se deben poner a su servicio. Los padres no pueden dejar la tarea educativa en manos del Estado o de los distintos centros educativos. En este sentido, hay que insistir en la participación activa de los padres en el proyecto educativo del colegio y en las diferentes asociaciones de padres de alumnos¹⁴. Por otro lado, el respeto al protagonismo que los padres deben tener en la educación de los hijos reclama que el Estado les facilite la elección de los centros educativos y que no vulnere el derecho primario que tienen los padres para determinar el tipo de formación moral que deseen para sus hijos. “El Estado no puede imponer legítimamente ninguna formación de la conciencia moral de los alumnos al margen de la libre elección de sus padres”¹⁵.

Conclusión

En estas fechas navideñas, ponemos la mirada y el corazón en María y José, a quienes el Padre encomendó la misión de ser los primeros maestros de la educación humana del Verbo encarnado. En su hogar santo, “el niño iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él”¹⁶.

Queremos alentar a los padres, que, a ejemplo del hogar de Nazaret, están construyendo sus familias como Iglesias domésticas. En medio de las dificultades, los sacrificios y los obstáculos, cuentan con la gracia que recibieron en el sacramento del Matrimonio para educar a sus hijos en la fe y en el amor. ¡No tengáis miedo! El don del Espíritu Santo sostiene y anima los desvelos de los padres que “calan profundamente en el corazón de sus hijos, dejando huellas que los posteriores acontecimientos de la vida no lograrán borrar”¹⁷.

Los Obispos la Comisión Episcopal de Apostolado Secular

NOTAS:

- 1 Benedicto XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero de 2008).
- 2 Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 11
- 3 Benedicto XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero de 2008).
- 4 Cf. Conferencia Episcopal Española, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, 34.
- 5 “Desde los tiempos de Platón, la instrucción no consiste en una mera acumulación de conocimientos o de habilidades, sino de una paideia: una formación humana en las riquezas de una tradición intelectual encaminada a una vida virtuosa”, Benedicto XVI, *Discurso en el encuentro académico en el salón Valdislav del Castillo de Praga* (27-09-2009).
- 6 Conferencia Episcopal Española, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, 178

- 7 Cf. Benedicto XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero de 2008)
- 8 *Ibíd.*
- 9 Conferencia Episcopal Española, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, 179.
- 10 Benedicto XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero de 2008).
- 11 Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 38
- 12 Conferencia Episcopal Española, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, 183
- 13 *Ibíd.*, 176.
- 14 Cf. Conferencia Episcopal Española, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, 180-184.
- 15 *Id.*, *La Ley Orgánica de Educación (LOE)*, los reales decretos que la desarrollan y los derechos fundamentales de padres y escuelas. Declaración de la Comisión Permanente (28 de febrero de 2007).
- 16 Lc 2, 40
- 17 Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 60



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 22 de noviembre de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

En este último domingo del año litúrgico celebramos la solemnidad de Jesucristo, Rey del universo, una fiesta de institución relativamente reciente, pero que tiene profundas raíces bíblicas y teológicas. El título de “rey”, referido a Jesús, es muy importante en los Evangelios y permite dar una lectura completa de su figura y de su misión de salvación. Se puede observar una progresión al respecto: se parte de la expresión “rey de Israel” y se llega a la de rey universal, Señor del cosmos y de la historia; por lo tanto, mucho más allá de las expectativas del pueblo judío. En el centro de este itinerario de revelación de la realeza de Jesucristo está, una vez más, el misterio de su muerte y resurrección. Cuando crucificaron a Jesús, los sacerdotes, los escribas y los ancianos se burlaban de él diciendo: “Es el rey de Israel: que baje ahora de la cruz y creeremos en él” (Mt 27, 42). En realidad, precisamente porque era el Hijo de Dios, Jesús se entregó libremente a su pasión, y la cruz es el signo paradójico de su realeza, que consiste en la voluntad de amor de Dios Padre por encima de la desobediencia del pecado. Precisamente ofreciéndose a sí

mismo en el sacrificio de expiación, Jesús se convierte en el Rey del universo, como declarará él mismo al aparecerse a los Apóstoles después de la resurrección: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.” (Mt 28, 18).

Pero, ¿en qué consiste el “poder” de Jesucristo Rey? No es el poder de los reyes y de los grandes de este mundo; es el poder divino de dar la vida eterna, de librar del mal, de vencer el dominio de la muerte. Es el poder del Amor, que sabe sacar el bien del mal, ablandar un corazón endurecido, llevar la paz al conflicto más violento, encender la esperanza en la oscuridad más densa. Este Reino de la gracia nunca se impone y siempre respeta nuestra libertad. Cristo vino “para dar testimonio de la verdad” (Jn 18, 37) -como declaró ante Pilato-: quien acoge su testimonio se pone bajo su “bandera”, según la imagen que gustaba a san Ignacio de Loyola. Por lo tanto, es necesario -esto sí- que cada conciencia elija: ¿a quién quiero seguir? ¿A Dios o al maligno? ¿La verdad o la mentira? Elegir a Cristo no garantiza el éxito según los criterios del mundo, pero asegura la paz y la alegría que sólo él puede dar. Lo demuestra, en todas las épocas, la experiencia de muchos hombres y mujeres que, en nombre de Cristo, en nombre

de la verdad y de la justicia, han sabido oponerse a los halagos de los poderes terrenos con sus diversas máscaras, hasta sellar su fidelidad con el martirio.

Queridos hermanos y hermanas, cuando el ángel Gabriel llevó el anuncio a María, le predijo que su Hijo heredaría el trono de David y reinaría para siempre (cf. *Lc* 1, 32-33). Y la Virgen santísima creyó antes de darlo al mundo. Sin duda, se preguntó qué nuevo tipo de realeza sería la de Jesús, y lo comprendió escuchando sus palabras y sobre todo participando íntimamente en el misterio de su muerte en la cruz y de su resurrección. Pidamos a María que nos ayude también a nosotros a seguir a Jesús, nuestro Rey, como hizo ella, y a dar testimonio de él con toda nuestra existencia.

Primer domingo de Adviento. 29 de noviembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo, iniciamos, por gracia de Dios, un nuevo Año litúrgico, que se abre naturalmente con el Adviento, tiempo de preparación para el nacimiento del Señor. El concilio Vaticano II, en la constitución sobre la liturgia, afirma que la Iglesia “en el ciclo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, el día de Pentecostés y la expectativa de la feliz esperanza y venida del Señor”. De esta manera, “al

conmemorar los misterios de la Redención, abre la riqueza del poder santificador y de los méritos de su Señor, de modo que se los hace presentes en cierto modo, durante todo tiempo, a los fieles para que los alcancen y se llenen de la gracia de la salvación” (*Sacrosanctum Concilium*, 102). El Concilio insiste en que el centro de la liturgia es Cristo, como el sol en torno al cual, al estilo de los planetas, giran la santísima Virgen María -la más cercana- y luego los mártires y los demás santos que “cantan la perfecta alabanza a Dios en el cielo e interceden por nosotros” (*ib.*, 104).

Ésta es la realidad del Año litúrgico vista, por decirlo así, “desde la perspectiva de Dios”. Y, desde la perspectiva del hombre, de la historia y de la sociedad, ¿qué importancia puede tener? La respuesta nos la sugiere precisamente el camino del Adviento, que hoy emprendemos. El mundo contemporáneo necesita, sobre todo, esperanza: la necesitan los pueblos en vías de desarrollo, pero también los económicamente desarrollados. Cada vez caemos más en la cuenta de que nos encontramos en una misma barca y debemos salvarnos todos juntos. Sobre todo, al ver derrumbarse tantas falsas seguridades, nos damos cuenta de que necesitamos una esperanza fiable, y ésta sólo se encuentra en Cristo, quien, como dice la *Carta a los Hebreos*, “es el mismo ayer, hoy y siempre” (*Hb* 13, 8). El Señor Jesús vino en el pasado, viene en el presente y vendrá en el futuro. Abraza todas las dimensiones del tiempo, porque ha muerto y

resucitado, es “el Viviente” y, compartiendo nuestra precariedad humana, permanece para siempre y nos ofrece la estabilidad misma de Dios. Es “carne” como nosotros y es “roca” como Dios. Quien anhela la libertad, la justicia y la paz puede cobrar ánimo y levantar la cabeza, porque se acerca la liberación en Cristo (cf. *Lc 21, 28*), como leemos en el Evangelio de hoy. Así pues, podemos afirmar que Jesucristo no sólo atañe a los cristianos, o sólo a los creyentes, sino a todos los hombres, porque él, que es el centro de la fe, es también el fundamento de la esperanza. Y todo ser humano necesita constantemente la esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, la Virgen María encarna plenamente la humanidad que vive en la esperanza basada en la fe en el Dios vivo. Ella es la Virgen del Adviento: está bien arraigada en el presente, en el “hoy” de la salvación; en su corazón recoge todas las promesas pasadas y se proyecta al cumplimiento futuro. Sigamos su ejemplo, para entrar de verdad en este tiempo de gracia y acoger, con alegría y responsabilidad, la venida de Dios a nuestra historia personal y social.

II Domingo de Adviento, Plaza de San Pedro. 6 de diciembre de 2009

Queridos. Hermanos y hermanas:

En este segundo domingo de Adviento, la liturgia propone el pasaje evan-

gélico en el que san Lucas, por decirlo así, prepara la escena en la que Jesús está a punto de aparecer para comenzar su misión pública (cf. *Lc 3, 1-6*). El evangelista destaca la figura de Juan el Bautista, que fue el precursor del Mesías, y traza con gran precisión las coordenadas espacio-temporales de su predicación. San Lucas escribe: “En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea; Filippo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisaniás tetrarca de Abilene; en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto” (*Lc 3, 1-2*). Dos cosas atraen nuestra atención. La primera es la abundancia de referencias a todas las autoridades políticas y religiosas de Palestina en los años 27 y 28 d.C. Evidentemente, el evangelista quiere mostrar a quien lee o escucha que el Evangelio no es una leyenda, sino la narración de una historia real; que Jesús de Nazaret es un personaje histórico que se inserta en ese contexto determinado. El segundo elemento digno de destacarse es que, después de esta amplia introducción histórica, el sujeto es “la Palabra de Dios”, presentada como una fuerza que desciende de lo alto y se posa sobre Juan el Bautista.

Mañana celebraremos la memoria litúrgica de san Ambrosio, el gran obispo de Milán. Tomo de él un comentario a este texto evangélico: “El Hijo de Dios -escribe-, antes de reunir a la

Iglesia, actúa ante todo en su humilde siervo. Por esto, san Lucas dice bien que la palabra de Dios descendió sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto, porque la Iglesia no tiene su origen en los hombres sino en la Palabra” (*Expos. del Evangelio de Lucas 2, 67*). Así pues, éste es el significado: la Palabra de Dios es el sujeto que mueve la historia, inspira a los profetas, prepara el camino del Mesías y convoca a la Iglesia. Jesús mismo es la Palabra divina que se hizo carne en el seno virginal de María: en él Dios se ha revelado plenamente, nos ha dicho y dado todo, abriéndonos los tesoros de su verdad y de su misericordia. San Ambrosio prosigue en su comentario:”Descendió, por tanto, la Palabra, para que la tierra, que antes era un desierto, diera sus frutos para nosotros” (*ib.*).

Queridos amigos, la flor más hermosa que ha brotado de la Palabra de Dios es la Virgen María. Ella es la primicia de la Iglesia, jardín de Dios en la tierra. Pero, mientras que María es la Inmaculada -así la celebraremos pasado mañana-, la Iglesia necesita purificarse continuamente, porque el pecado amenaza a todos sus miembros. En la Iglesia se libra siempre un combate entre el desierto y el jardín, entre el pecado que aridece la tierra y la gracia que la irriga para que produzca frutos abundantes de santidad. Pidamos, por lo tanto, a la Madre del Señor que nos ayude en este tiempo de Adviento a “enderezar” nuestros caminos, dejándonos guiar por la Palabra de Dios.

Plaza de San Pedro. III Domingo de Adviento, 13 de diciembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos ya en el tercer domingo de Adviento. Hoy, en la liturgia, resuena la invitación del apóstol san Pablo: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. (...) El Señor está cerca” (*Flp 4, 4-5*). La madre Iglesia, mientras nos acompaña hacia la santa Navidad, nos ayuda a redescubrir el sentido y el gusto de la alegría cristiana, tan distinta de la del mundo. En este domingo, según una bella tradición, los niños de Roma vienen a que el Papa bendiga las estatuillas del Niño Jesús, que pondrán en sus belenes. Y, de hecho, veo aquí en la plaza de San Pedro a numerosos niños y muchachos, junto a sus padres, profesores y catequistas. Queridos hermanos, os saludo a todos con gran afecto y os doy las gracias por haber venido. Me alegra saber que en vuestras familias se conserva la costumbre de montar el belén. Pero no basta repetir un gesto tradicional, aunque sea importante. Hay que tratar de vivir en la realidad de cada día lo que el belén representa, es decir, el amor de Cristo, su humildad, su pobreza. Es lo que hizo san Francisco en Greccio: representó en vivo la escena de la Natividad, para poderla contemplar y adorar, pero, sobre todo, para saber poner mejor en práctica el mensaje del Hijo de Dios, que por amor a nosotros se despojó de todo y se hizo niño pequeño.

La bendición de los “Bambinelli” -como se dice en Roma- nos recuerda que el belén es una escuela de vida, donde podemos aprender el secreto de la verdadera alegría, que no consiste en tener muchas cosas, sino en sentirse amados por el Señor, en hacerse don para los demás y en quererse unos a otros. Contemplemos el belén: la Virgen y san José no parecen una familia muy afortunada; han tenido su primer hijo en medio de grandes dificultades; sin embargo, están llenos de profunda alegría, porque se aman, se ayudan y, sobre todo, están seguros de que en su historia está la obra Dios, que se ha hecho presente en el niño Jesús. ¿Y los pastores? ¿Qué motivo tienen para alegrarse? Ciertamente el recién nacido no cambiará su condición de pobreza y de marginación. Pero la fe les ayuda a reconocer en el “niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”, el

“signo” del cumplimiento de las promesas de Dios para todos los hombres “a quienes él ama” (Lc 2, 12.14), ¡también para ellos!

En eso, queridos amigos, consiste la verdadera alegría: es sentir que un gran misterio, el misterio del amor de Dios, visita y colma nuestra existencia personal y comunitaria. Para alegrarnos, no sólo necesitamos cosas, sino también amor y verdad: necesitamos al Dios cercano que calienta nuestro corazón y responde a nuestros anhelos más profundos. Este Dios se ha manifestado en Jesús, nacido de la Virgen María. Por eso, el Niño, que ponemos en el portal o en la cueva, es el centro de todo, es el corazón del mundo. Oremos para que toda persona, como la Virgen María, acoja como centro de su vida al Dios que se ha hecho Niño, fuente de la verdadera alegría.

AUDIENCIAS

Miércoles, 25 de noviembre de 2009
Hugo y Ricardo de San Víctor

Queridos hermanos y hermanas:

En estas audiencias de los miércoles, estoy presentando algunas figuras ejemplares de creyentes que se han esforzado por mostrar la concordia entre la razón y la fe y por testimoniar con su vida el anuncio del Evangelio. Hoy quiero ha-

blaros de Hugo y Ricardo de San Víctor. Ambos se cuentan entre los filósofos y teólogos conocidos con el nombre de *Victorinos*, porque vivieron y enseñaron en la abadía de San Víctor, en París, fundada a principios del siglo XII por Guillermo de Champeaux. Este último fue un maestro famoso, que consiguió dar a su abadía una sólida identidad cultural. De hecho, en San Víctor se inauguró una escuela para la formación

de los monjes, abierta también a estudiantes externos, donde se realizó una feliz síntesis entre las dos formas de hacer teología, de las que ya hablé en catequesis anteriores: es decir, la teología monástica, orientada más a la contemplación de los misterios de la fe en la Escritura, y la teología escolástica, que utilizaba la razón para tratar de escrutar esos misterios con métodos innovadores, de crear un sistema teológico.

De la vida de Hugo de San Víctor tenemos pocas noticias. Son inciertos la fecha y el lugar de su nacimiento: quizá en Sajonia o en Flandes. Se sabe que, llegado a París -la capital europea de la cultura de la época-, pasó el resto de sus años en la abadía de San Víctor, donde primero fue discípulo y después maestro. Ya antes de su muerte, acontecida en 1141, alcanzó gran notoriedad y estima, hasta el punto de ser llamado un "segundo san Agustín". En efecto, como san Agustín, meditó mucho sobre la relación entre fe y razón, entre ciencias profanas y teología. Según Hugo de San Víctor, todas las ciencias, además de ser útiles para la comprensión de las Escrituras, tienen un valor en sí mismas y deben cultivarse para aumentar el saber del hombre, como también para corresponder a su anhelo de conocer la verdad. Esta sana curiosidad intelectual lo indujo a recomendar a los estudiantes que no apagarán nunca el deseo de aprender, y en su tratado de metodología del saber y de pedagogía, titulado significativamente *Didascalicon (sobre la enseñanza)*, recomendaba:

"Aprende gustoso de todos lo que no sabes. El más sabio de todos será quien haya querido aprender algo de todos. Quien recibe algo de todos, acaba por ser el más rico de todos" (*Eruditiones Didascalicae*, 3, 14: PL 176, 774).

La ciencia de la que se ocupan los filósofos y los teólogos llamados *Victorinos* es especialmente la teología, que requiere, ante todo, el estudio amoroso de la Sagrada Escritura. Para conocer a Dios no se puede menos de partir de lo que Dios mismo ha querido revelar de sí a través de las Escrituras. En este sentido, Hugo de San Víctor es un representante típico de la teología monástica, totalmente fundada en la exégesis bíblica. Para interpretar la Escritura propone la tradicional articulación patrístico-medieval, es decir, ante todo, el sentido histórico-literal; después, el alegórico y anagógico; y, por último, el moral. Se trata de cuatro dimensiones del sentido de la Escritura, que redescubrimos también hoy, por las cuales se ve que, en el texto y en la narración ofrecida, se esconde una indicación más profunda: el hilo de la fe, que nos conduce hacia lo alto y nos guía en esta tierra, enseñándonos cómo vivir. Con todo, aun respetando estas cuatro dimensiones del sentido de la Escritura, de modo original respecto a sus contemporáneos, insiste -y esto es una novedad- en la importancia del sentido histórico-literal.

En otras palabras, antes de descubrir el valor simbólico, las dimensiones más

profundas del texto bíblico, es necesario conocer y profundizar el significado de la historia narrada en la Escritura: de lo contrario -advierte con una comparación eficaz- se corre el riesgo de ser como los estudiosos de gramática que ignoran el alfabeto. A quien conoce el sentido de la historia descrita en la Biblia, las vicisitudes humanas se presentan marcadas por la divina Providencia, según un designio bien ordenado. Así, para Hugo de San Víctor, la historia no es el resultado de un destino ciego o de una casualidad absurda, como podría parecer. Al contrario, en la historia humana, actúa el Espíritu Santo, que suscita un maravilloso diálogo de los hombres con Dios, su amigo. Esta visión teológica de la historia pone de relieve la intervención sorprendente y salvífica de Dios, que realmente entra y actúa en la historia, casi se convierte en parte de nuestra historia, pero siempre salvaguardando y respetando la libertad y la responsabilidad del hombre.

Para nuestro autor, el estudio de la Sagrada Escritura y de su significado histórico-literario hace posible la teología verdadera, es decir, la explicación sistemática de las verdades, conocer su estructura, la explicación de los dogmas de la fe, que presenta en sólida síntesis en el tratado *De Sacramentis christianae fidei* (*Los sacramentos de la fe cristiana*), donde se encuentra, entre otras cosas, una definición de “sacramento” que, perfeccionada después por otros teólogos, contiene rasgos aún hoy muy interesantes. “El sacramento -escribe- es un

elemento corpóreo o material propuesto de forma externa y sensible, que *representa* con su parecido una gracia invisible y espiritual, la *significa*, porque con este fin ha sido instituido, y la *contiene*, porque es capaz de santificar” (9, 2: *PL* 176, 317). Por una parte, la visibilidad en el símbolo, la “corporeidad” del don de Dios, en el que, sin embargo, por otra parte, se esconde la gracia divina que proviene de una historia: Jesucristo mismo creó los símbolos fundamentales. Tres son, por tanto, los elementos que concurren a definir un sacramento, según Hugo de San Víctor: la institución por parte de Cristo, la comunicación de la gracia, y la analogía entre el elemento visible, material, y el elemento invisible, que son los dones divinos. Se trata de una visión muy cercana a la sensibilidad contemporánea, porque los sacramentos se presentan con un lenguaje lleno de símbolos e imágenes capaces de hablar inmediatamente al corazón de los hombres. Es importante también hoy que los animadores litúrgicos, y de modo especial, los sacerdotes, valoren con sabiduría pastoral los signos propios de los ritos sacramentales -la visibilidad y tangibilidad de la Gracia- cuidando con esmero su catequesis, para que todos los fieles vivan cada celebración de los sacramentos con devoción, intensidad y alegría espiritual.

Un discípulo digno de Hugo de San Víctor es Ricardo, procedente de Escocia. Fue prior de la abadía de San Víctor de 1162 a 1173, año de su muerte. También Ricardo, naturalmente, asigna un

papel fundamental al estudio de la Biblia pero, a diferencia de su maestro, privilegia el sentido alegórico, el significado simbólico de la Escritura con el que, por ejemplo, interpreta la figura veterotestamentaria de Benjamín, hijo de Jacob, como símbolo de la contemplación y cumbre de la vida espiritual. Ricardo trata este tema en dos textos, *Benjamín menor* y *Benjamín mayor*, en los que propone a los fieles un camino espiritual que invita ante todo a practicar las diversas virtudes, aprendiendo a disciplinar y a ordenar con la razón los sentimientos y los movimientos interiores afectivos y emotivos. Sólo cuando el hombre ha alcanzado equilibrio y madurez humana en este campo, está preparado para acceder a la contemplación, que Ricardo define como “una mirada profunda y pura del alma dirigida a las maravillas de la sabiduría, asociada a un sentido estático de asombro y de admiración” (*Benjamin Maior* 1, 4: PL 196, 67).

La contemplación es, por tanto, el punto de llegada, el resultado de un arduo camino, que implica el diálogo entre la fe y la razón, es decir -una vez más- un discurso teológico. La teología parte de las verdades que son objeto de la fe, pero trata de profundizar su conocimiento con el uso de la razón, apropiándose del don de la fe. Esta aplicación del razonamiento a la comprensión de la fe se practica de modo convincente en la obra maestra de Ricardo, uno de los grandes libros de la historia, el *De Trinitate (La Trinidad)*. En los seis libros que lo com-

ponen, reflexiona con agudeza sobre el Misterio de Dios uno y trino. Según nuestro autor, dado que Dios es amor, la única sustancia divina conlleva comunicación, oblación y amor entre dos Personas, el Padre y el Hijo, que se encuentran entre sí con un intercambio eterno de amor. Pero la perfección de la felicidad y de la bondad no admite exclusivismos y cerrazones; al contrario, requiere la presencia eterna de una tercera Persona, el Espíritu Santo. El amor trinitario es participativo, concorde, y conlleva sobreabundancia de delicia, goce de alegría incesante. Es decir, Ricardo supone que Dios es amor, analiza la esencia del amor, qué es lo que implica la realidad llamada amor, llegando así a la Trinidad de las Personas, que es realmente la expresión lógica del hecho de que Dios es amor.

Ricardo, sin embargo, es consciente de que el amor, aunque nos revela la esencia de Dios, aunque nos hace “comprender” el Misterio de la Trinidad, es sólo una analogía para hablar de un Misterio que supera la mente humana, y -al ser poeta y místico- recurre también a otras imágenes. Por ejemplo, compara la divinidad a un río, a una ola amorosa que brota del Padre, fluye y vuelve a fluir en el Hijo, para ser después felizmente derramada en el Espíritu Santo.

Queridos amigos, autores como Hugo y Ricardo de San Víctor elevan nuestra alma a la contemplación de las realidades divinas. Al mismo tiempo, la inmensa alegría que nos proporcionan el pensa-

miento, la admiración y la alabanza de la Santísima Trinidad, funda y sostiene el esfuerzo concreto por inspirarnos en ese modelo perfecto de comunión en el amor para construir nuestras relaciones humanas de cada día. La Trinidad es verdaderamente comunión perfecta. ¿Cómo cambiaría el mundo si en las familias, en las parroquias y en todas las demás comunidades las relaciones se vieran siguiendo siempre el ejemplo de las tres Personas divinas, cada una de las cuales no sólo vive *con* la otra, sino también *para* la otra y *en* la otra! Lo recordé hace algunos meses en el Ángelus: “Sólo el amor nos hace felices, porque vivimos en relación, y vivimos para amar y ser amados” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de junio de 2009, p. 11). El amor es lo que realiza este incesante milagro: como en la vida de la Santísima Trinidad, la pluralidad se recompone en unidad, donde todo es complacencia y alegría. Con san Agustín, al que los Victorinos apreciaban tanto, podemos exclamar también nosotros: “*Vides Trinitatem, si caritatem vides*”, “Contemplas la Trinidad, si ves la caridad” (*De Trinitate* viii, 8, 12).

Miércoles, 2 de diciembre de 2009

Guillermo de San Thierry

Queridos hermanos y hermanas:

En una catequesis anterior, presenté la figura de san Bernardo de Claraval, el “doctor de la dulzura”, gran protago-

nista del siglo XII. Su biógrafo -amigo y admirador- fue Guillermo de Saint-Thierry, sobre el que quiero reflexionar esta mañana.

Guillermo nació en Lieja entre los años 1075 y 1080. De familia noble, dotado de una inteligencia viva y de un innato amor al estudio, se formó en escuelas famosas de la época, como las de su ciudad natal y de Reims, en Francia. También entró en contacto personal con Abelardo, el maestro que aplicaba la filosofía a la teología de manera tan original que creaba desconcierto y oposición. El propio Guillermo manifestó sus dudas, solicitando a su amigo Bernardo que tomara posición respecto a Abelardo. Respondiendo a esa misteriosa e irresistible llamada de Dios que es la vocación a la vida consagrada, Guillermo entró en el monasterio benedictino de Saint-Nicaise de Reims en 1113, y algunos años después llegó a ser abad del monasterio de Saint-Thierry, en la diócesis de Reims.

En aquel tiempo, estaba muy difundida la exigencia de purificar y renovar la vida monástica, para que fuera auténticamente evangélica. Guillermo actuó en este sentido dentro de su propio monasterio, y en la Orden benedictina en general. Sin embargo, encontró no pocas resistencias ante sus intentos de reforma; así, a pesar de que se lo desaconsejó su amigo Bernardo, en 1135 dejó la abadía benedictina, renunció al hábito negro y se puso el blanco, para unirse a los cistercienses de Signy. Des-

de ese momento hasta su muerte, acaecida en 1148, se dedicó a la contemplación orante de los misterios de Dios, desde siempre objeto de sus deseos más profundos, y a la composición de escritos de literatura espiritual, importantes en la historia de la teología monástica.

Una de sus primeras obras se titula *De natura et dignitate amoris* (*La naturaleza y la dignidad del amor*). En ella, se expresa una de las ideas fundamentales de Guillermo, que vale también para nosotros. La energía principal que mueve al alma humana -dice- es el amor. La naturaleza humana, en su esencia más profunda, consiste en amar. En definitiva, a cada ser humano se le encomienda una sola tarea: aprender a querer, a amar de modo sincero, auténtico y gratuito. Pero sólo en la escuela de Dios se realiza esta tarea y el hombre puede alcanzar el fin para el que ha sido creado. Escribe Guillermo: “El arte de las artes es el arte del amor... El amor es suscitado por el Creador de la naturaleza. El amor es una fuerza del alma, que la conduce como por un peso natural al lugar y al fin que le es propio” (*La naturaleza y la dignidad del amor*, 1: PL 184, 379). Aprender a amar requiere un camino largo y arduo, que Guillermo articula en cuatro etapas, según las edades del hombre: la infancia, la juventud, la madurez y la vejez. En este itinerario, la persona debe imponerse una ascesis eficaz, un fuerte dominio de sí mismo para eliminar todo afecto desordenado, toda concesión al egoísmo, y unificar

su vida en Dios, fuente, meta y fuerza del amor, hasta alcanzar la cumbre de la vida espiritual, que Guillermo define como “sabiduría”. Al final de este itinerario ascético se experimenta una gran serenidad y dulzura. Todas las facultades del hombre -inteligencia, voluntad y afectos- descansan en Dios, conocido y amado en Cristo.

También en otras obras, Guillermo habla de esta vocación radical al amor a Dios, que constituye el secreto de una vida realizada y feliz, que él describe como un deseo incesante y creciente, inspirado por Dios mismo en el corazón del hombre. En una meditación, dice que el objeto de este amor es el Amor con “A” mayúscula, es decir, Dios. Es él quien se derrama en el corazón de quien ama y lo capacita para recibirle. Se da hasta que el corazón queda saciado de tal modo que nunca disminuye el deseo de esta saciedad. Este impulso de amor es la plenitud del hombre” (*De contemplando Deo* 6, passim: SC 61 bis, pp. 79-83). Llama la atención el hecho de que Guillermo, al hablar del amor a Dios, atribuya notable importancia a la dimensión afectiva. En el fondo, queridos amigos, nuestro corazón está hecho de carne, y cuando amamos a Dios, que es el Amor mismo, ¿cómo no expresar en esta relación con el Señor también nuestros sentimientos más humanos, como la ternura, la sensibilidad y la delicadeza? ¡El Señor mismo, al hacerse hombre, quiso amarnos con un corazón de carne!

Según Guillermo, además, el amor tiene otra propiedad importante: ilumina la inteligencia y permite conocer mejor y de manera más profunda a Dios y, en Dios, a las personas y los acontecimientos. El conocimiento que procede de los sentidos y de la inteligencia reduce, pero no elimina, la distancia entre el sujeto y el objeto, entre el yo y el tú. El amor, en cambio, suscita atracción y comunión, hasta el punto de que se produce una transformación y una asimilación entre el sujeto que ama y el objeto amado. Esta reciprocidad de afecto y de simpatía permite un conocimiento mucho más profundo que el que se obtiene sólo con la razón. Así se explica una célebre expresión de Guillermo: “*Amor ipse intellectus est*”, “El amor es en sí mismo principio de conocimiento”. Queridos amigos, podemos preguntarnos: ¿no es precisamente esto lo que sucede en nuestra vida? ¿No es verdad que realmente sólo conocemos a quien y lo que amamos? Sin cierta simpatía no se conoce a nadie ni nada. Y esto vale ante todo en el conocimiento de Dios y de sus misterios, que superan la capacidad de comprensión de nuestra inteligencia: ¡A Dios se lo conoce si se lo ama!

Una síntesis del pensamiento de Guillermo de Saint-Thierry se encuentra en una larga carta dirigida a los cartujos de Mont-Dieu, a los que había visitado y quería alentar y consolar. El docto benedictino Jean Mabillon, ya en 1960 dio a esta carta un título significativo: *Epistola aurea (Carta de*

oro). En efecto, las enseñanzas sobre la vida espiritual contenidas en ella son preciosas para todos los que desean crecer en la comunión con Dios, en la santidad. En este tratado, Guillermo propone un itinerario en tres etapas. Es necesario -dice él- pasar del hombre “animal” al “racional” para llegar al “espiritual”. ¿Qué quiere decir nuestro autor con estas tres expresiones? Al principio, una persona acepta con un acto de obediencia y de confianza la visión de la vida inspirada por la fe. Después con un proceso de interiorización, en el que la razón y la voluntad desempeñan un papel muy importante, la fe en Cristo es acogida con profunda convicción y se experimenta una armoniosa correspondencia entre lo que se cree y se espera y las aspiraciones más secretas del alma, nuestra razón y nuestros afectos. Así se llega a la perfección de la vida espiritual, cuando las realidades de la fe son fuente de íntima alegría y de comunión real con Dios, que sacia. Se vive sólo en el amor y para el amor. Guillermo funda este itinerario en una sólida visión del hombre, inspirada en los antiguos Padres griegos -sobre todo en Orígenes-, los cuales, con un lenguaje audaz, habían enseñado que la vocación del hombre es llegar a ser como Dios, que lo creó a su imagen y semejanza. La imagen de Dios presente en el hombre lo impulsa hacia la semejanza, es decir hacia una identidad cada vez más plena entre su propia voluntad y la divina. A esta perfección, que Guillermo llama “unidad de espíritu”, no se llega con el esfuerzo personal,

aunque sea sincero y generoso, porque hace falta otra cosa. Esta perfección se alcanza por la acción del Espíritu Santo, que habita en el alma, y purifica, absorbe y transforma en caridad todo impulso y todo deseo de amor presente en el hombre. “Hay otra semejanza con Dios”, leemos en la *Epistola aurea*, “que ya no se llama semejanza, sino unidad de espíritu, cuando el hombre llega a ser uno con Dios, un espíritu, no sólo por la unidad de un idéntico querer, sino por no ser capaz de querer otra cosa. De esa manera, el hombre merece llegar a ser no Dios, sino lo que Dios es: el hombre se convierte por gracia en lo que Dios es por naturaleza” (*Epistola aurea* 262-263: SC 223, pp. 353-355).

Queridos hermanos y hermanas, este autor, que podríamos definir como el “cantor del amor, de la caridad”, nos enseña a realizar en nuestra vida la opción de fondo, que da sentido y valor a todas las demás opciones: amar a Dios y, por amor a él, amar a nuestro prójimo; sólo así podremos encontrar la verdadera alegría, anticipación de la felicidad eterna. Sigamos, por tanto, el ejemplo de los santos para aprender a amar de manera auténtica y total, para entrar en este itinerario de nuestro ser. Con una joven santa, doctora de la Iglesia, Teresa del Niño Jesús, digamos también nosotros al Señor que queremos vivir de amor.

Concluyo propiamente con una oración de esta santa: “Yo te amo, y

tú lo sabes, Jesús mío. Tu Espíritu de amor me abraza con su fuego. Amándote yo a ti atraigo al Padre; mi débil corazón se entrega a él sin reserva. ¡Oh augusta Trinidad, eres la prisionera, la santa prisionera de mi amor. (...) Vivir de amor es darse sin medida, sin reclamar salario aquí en la tierra... Cuando se ama, no se hacen cálculos. Yo lo he dado todo al Corazón divino, que rebosa ternura. Nada me queda ya... Corro ligera. Ya mi única riqueza es vivir de amor”.

Miércoles, 9 de diciembre de 2009

Ruperto di Deutz

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy vamos a conocer a otro monje benedictino del siglo xii. Su nombre es Ruperto de Deutz, una ciudad cerca de Colonia, sede de un famoso monasterio. Ruperto mismo habla de su vida en una de sus obras más importantes, titulada *La gloria y el honor del Hijo del hombre*, que es un comentario parcial al Evangelio de san Mateo. Todavía niño, fue acogido como “oblato” en el monasterio benedictino de San Lorenzo en Lieja, según la costumbre de la época de confiar a uno de los hijos a la educación de los monjes, para hacer un don a Dios. A Ruperto siempre le gustó la vida monástica. Aprendió muy pronto el latín, para estudiar la Biblia y para disfrutar de las celebraciones litúrgicas. Se distinguió por una inte-

gérrima rectitud moral y por un fuerte apego a la Sede de san Pedro.

Sus tiempos estaban marcados por controversias entre el Papado y el Imperio, a causa de la denominada “lucha de las investiduras”, con la que -como he apuntado en otras catequesis- el Papado quería impedir que el nombramiento de los obispos y el ejercicio de su jurisdicción dependieran de las autoridades civiles, que se guiaban sobre todo por motivaciones políticas y económicas, ciertamente no pastorales. El obispo de Lieja, Otberto, se resistía a aceptar las directrices del Papa y mandó al exilio a Berengario, abad del monasterio de San Lorenzo, precisamente por su fidelidad al Pontífice. En ese monasterio vivía Ruperto, que no dudó en seguir a su abad al exilio y, sólo cuando el obispo Otberto volvió a entrar en comunión con el Papa, regresó a Lieja y aceptó hacerse sacerdote. Hasta ese momento había evitado recibir la ordenación de un obispo que disentía del Papa. Ruperto nos enseña que cuando surgen controversias en la Iglesia, la referencia al ministerio petrino garantiza fidelidad a la sana doctrina y da serenidad y libertad interior. Después de la disputa con Otberto, tuvo que abandonar su monasterio otras dos veces. En 1116 sus adversarios incluso lo querían procesar. Si bien fue absuelto de toda acusación, Ruperto prefirió marcharse por un tiempo a Siegburg, pero, puesto que las polémicas todavía no habían cesado cuando regresó al monasterio de Lieja, decidió esta-

blecerse definitivamente en Alemania. Nombrado abad de Deutz en 1120, permaneció allí hasta 1129, año de su muerte. Sólo se alejó para una peregrinación a Roma, en 1124.

Escritor fecundo, Ruperto ha dejado numerosas obras, de gran interés todavía hoy, también porque participó activamente en varios e importantes debates teológicos del tiempo. Por ejemplo, intervino con determinación en la controversia eucarística, que en 1077 había llevado a la condena de Berengario de Tours. Este había dado una interpretación restrictiva de la presencia de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, definiéndola sólo simbólica. En el lenguaje de la Iglesia todavía no había entrado el término “transubstanciación”, pero Ruperto, usando a veces expresiones audaces, sostuvo con determinación el realismo eucarístico y, sobre todo en una obra titulada *De divinis officiis* (Los oficios divinos), afirmó con decisión la continuidad entre el Cuerpo del Verbo encarnado de Cristo y el presente en las especies eucarísticas del pan y del vino.

Queridos hermanos y hermanas, me parece que llegados a este punto debemos pensar también en nuestro tiempo; también hoy existe el peligro de redimensionar el realismo eucarístico, es decir, considerar la Eucaristía casi sólo como un rito de comunión, de socialización, olvidando con demasiada facilidad que en la Eucaristía está presente realmente Cristo resuci-

tado -con su cuerpo resucitado-, que se pone en nuestras manos para *sacarnos* de nosotros mismos, *incorporarnos* en su cuerpo inmortal y *guiarnos* así hacia la vida nueva. Este gran misterio que el Señor está presente en toda su realidad en las especies eucarísticas es un misterio que es preciso adorar y amar siempre de nuevo. Quiero citar las palabras del *Catecismo de la Iglesia católica* que contienen el fruto de la meditación de la fe y de la reflexión teológica de dos mil años: “Jesucristo está presente en la Eucaristía de un modo único e incomparable. Está presente de un modo verdadero, real y substancial: con su Cuerpo y su Sangre, con su alma y su divinidad. Por consiguiente, de modo sacramental, es decir, bajo las especies eucarísticas del pan y del vino, está presente Cristo entero, Dios y hombre” (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1374). También Ruperto contribuyó, con sus reflexiones, a esta precisa formulación.

Otra controversia, en la que el abad de Deutz se vio envuelto, concierne al problema de la conciliación de la bondad y de la omnipotencia de Dios con la existencia del mal. Si Dios es omnipotente y bueno, ¿cómo se explica la realidad del mal? Ruperto reaccionó a la posición asumida por los maestros de la escuela teológica de Laon, que con una serie de razonamientos filosóficos, distinguían en la voluntad de Dios el “aprobar” y el “permitir”, concluyendo que Dios permite el mal sin aprobarlo y, por consiguiente, sin quererlo. Ru-

perto, en cambio, renuncia al uso de la filosofía, que considera inadecuada ante un problema tan grande, y simplemente es fiel a la narración bíblica. Parte de la bondad de Dios, de la verdad según la cual Dios es sumamente bueno y no puede menos de querer el bien. De este modo, identifica el origen del mal en el hombre y en el uso equivocado de la libertad humana. Cuando Ruperto afronta este tema, escribe páginas llenas de fervor religioso para alabar la misericordia infinita del Padre, la paciencia y la benevolencia de Dios para con el hombre pecador.

Como otros teólogos de la Edad Media, también Ruperto se preguntaba: ¿Por qué el Verbo de Dios, el Hijo de Dios, se hizo hombre? Algunos, muchos, respondían explicando la encarnación del Verbo con la urgencia de reparar el pecado del hombre. Ruperto, en cambio, con una visión cristocéntrica de la historia de la salvación, amplía la perspectiva, y en una de sus obras titulada *La glorificación de la Trinidad* sostiene la tesis de que la Encarnación, acontecimiento central de toda la historia, estaba prevista desde la eternidad, incluso independientemente del pecado del hombre, para que toda la creación pudiera alabar a Dios Padre y amarlo como una única familia reunida en torno a Cristo, el Hijo de Dios. En la mujer embarazada del Apocalipsis, ve toda la historia de la humanidad, que está orientada hacia Cristo, al igual que la concepción está orientada al parto, una perspectiva que desarrollarán otros

pensadores y que también valorizará la teología contemporánea, la cual afirma que toda la historia del mundo y de la humanidad es la concepción orientada al parto de Cristo. Cristo siempre está en el centro de las explicaciones exegéticas que Ruperto da en sus comentarios a los libros de la Biblia, a los que se dedicó con gran diligencia y pasión. Así, encuentra una unidad admirable en todos los acontecimientos de la historia de la salvación, desde la creación hasta la consumación final de los tiempos: “Toda la Escritura -afirma- es un solo libro, que tiende hacia el mismo fin (el Verbo divino); que viene de un solo Dios y que ha sido escrito por un solo Espíritu” (*De glorificatione Trinitatis et processione Sancti Spiritus* I, V: PL 169, 18).

En la interpretación de la Biblia, Ruperto no se limita a repetir las enseñanzas de los Padres, sino que muestra una originalidad suya. Por ejemplo, es el primer escritor que identificó la esposa del *Cantar de los cantares* con María santísima. Así su comentario a este libro de la Escritura resulta ser una especie de *summa* mariológica, en la que se presentan los privilegios y las excelentes virtudes de María. En uno de los pasajes más inspirados de su comentario, Ruperto escribe: “O predilectísima entre las predilectas, Virgen de las vírgenes, ¿qué alaba en ti a tu Hijo amado, qué exalta todo el coro de los ángeles? Se alaban la sencillez, la pureza, la inocencia, la doctrina, el pudor, la humildad, la integridad de la men-

te y de la carne, es decir, la virginidad incorrupta” (*In Canticum Canticorum* 4, 1-6: ccl 26, pp. 69-70). La interpretación mariana de Ruperto del *Cantar de los Cantares* es un ejemplo feliz de la sintonía entre liturgia y teología. De hecho, varios pasajes de este libro bíblico ya se usaban en las celebraciones litúrgicas de las fiestas marianas.

Ruperto, además, procura insertar su doctrina mariológica en la eclesiológica. En otras palabras, ve en María santísima la parte más santa de toda la Iglesia. De ahí que mi venerado predecesor, el Papa Pablo VI, en el discurso de clausura de la tercera sesión del concilio Vaticano II, al proclamar solemnemente a María Madre de la Iglesia, citó precisamente una frase tomada de las obras de Ruperto, que define a María *portio maxima, portio optima*: la parte más excelsa, la mejor parte de la Iglesia (cf. *In Apocalypsem* 1.7: PL 169, 1043).

Queridos amigos, con este rápido esbozo nos damos cuenta de que Ruperto fue un teólogo fervoroso, dotado de gran profundidad. Como todos los representantes de la teología monástica, supo combinar el estudio racional de los misterios de la fe con la oración y con la contemplación, considerada la cumbre de todo conocimiento de Dios. Él mismo habla alguna vez de sus experiencias místicas, como cuando revela la inefable alegría de haber percibido la presencia del Señor: “En ese breve momento -afirma- experimenté la verdad

de lo que dice él mismo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*” (*De gloria et honore Filii hominis. Super Matthaeum 12: PL 168, 1601*). También nosotros, cada uno a su manera, podemos encontrar al Señor Jesús, que incesantemente acompaña nuestro camino, se hace presente en el Pan eucarístico y en su Palabra para nuestra salvación.

Miércoles, 16 de diciembre de 2009
Juan de Salisbury

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy vamos a conocer la figura de Juan de Salisbury, que pertenecía a una de las escuelas filosóficas y teológicas más importantes del medioevo, la de la catedral de Chartres, en Francia. Como los teólogos de los que he hablado en las semanas pasadas, también él nos ayuda a comprender cómo la fe, en armonía con las justas aspiraciones de la razón, impulsa el pensamiento hacia la verdad revelada, en la que se encuentra el verdadero bien del hombre.

Juan nació en Inglaterra, en Salisbury, entre los años 1100 y 1120. Leyendo sus obras, y sobre todo, su rico epistolario, podemos conocer los acontecimientos más importantes de su vida. Durante doce años, de 1136 a 1148, se dedicó a los estudios, frecuentando las escuelas más cualificadas de la época, en las que escuchó las lecciones

de maestros famosos. Se dirigió a París y después a Chartres, el ambiente que marcó más su formación y del que asimiló la gran apertura cultural, el interés por los problemas especulativos y el aprecio por la literatura. Como sucedía a menudo en aquel tiempo, los estudiantes más brillantes eran requeridos por prelados y soberanos para ser sus estrechos colaboradores. Esto sucedió también a Juan de Salisbury, que fue presentado por un gran amigo suyo, san Bernardo de Claraval, a Teobaldo, arzobispo de Canterbury -sede primada de Inglaterra-, el cual lo acogió de buen grado en su clero.

Durante once años, de 1150 a 1161, Juan fue secretario y capellán del anciano arzobispo. Con celo infatigable, mientras seguía dedicándose al estudio, llevó a cabo una intensa actividad diplomática, trasladándose en diez ocasiones a Italia, con el objetivo específico de cuidar las relaciones del Reino y de la Iglesia de Inglaterra con el Romano Pontífice. Por lo demás, en esos años el Papa era Adriano IV, un inglés que mantuvo con Juan de Salisbury una íntima amistad. En los años sucesivos a la muerte de Adriano IV, acaecida en 1159, en Inglaterra, se creó una situación de grave tensión entre la Iglesia y el Reino. El rey Enrique II pretendía afirmar su autoridad sobre la vida interna de la Iglesia, limitando su libertad. Esta toma de posición suscitó las reacciones de Juan de Salisbury, y sobre todo, la valiente resistencia del sucesor de Teobaldo en la cátedra episcopal de

Canterbury, santo Tomás Becket, que por este motivo fue desterrado a Francia. Juan de Salisbury lo acompañó y permaneció a su servicio, trabajando siempre por la reconciliación. En 1170, cuando tanto Juan como santo Tomás Becket habían regresado ya a Inglaterra, este último fue atacado y asesinado dentro de su catedral. Murió mártir y el pueblo lo veneró de inmediato como tal. Juan siguió sirviendo fielmente también al sucesor de santo Tomás, hasta que fue elegido obispo de Chartres, donde permaneció desde 1176 hasta 1180, año de su muerte.

De las obras de Juan de Salisbury quiero señalar dos, que se consideran sus obras maestras, designadas elegantemente con los títulos griegos de *Metaloghicón* (*En defensa de la lógica*) y el *Polycráticus* (*El hombre de Gobierno*). En la primera obra, él -con la fina ironía que caracteriza a muchos hombres cultos- rechaza la postura de aquéllos que tenían una concepción restrictiva de la cultura, considerada como elocuencia vacía, palabras inútiles. Juan, en cambio, elogia la cultura, la auténtica filosofía, es decir, el encuentro entre pensamiento fuerte y comunicación, palabra eficaz. Escribe: “De hecho, del mismo modo que no sólo es temeraria, sino también ciega la elocuencia que no está iluminada por la razón, así la sabiduría que no utiliza la palabra no sólo es débil, sino también en cierto sentido manca, pues aunque quizás una sabiduría sin palabra puede beneficiar de cara a la propia conciencia, beneficia

raramente y poco a la sociedad” (*Metaloghicón* 1, 1: PL 199, 327). Una enseñanza muy actual. Hoy, la que Juan definía “elocuencia”, es decir, la posibilidad de comunicar con instrumentos cada vez más elaborados y difundidos, se ha multiplicado enormemente. Con todo, tanto más urgente sigue siendo la necesidad de comunicar mensajes dotados de “sabiduría”, es decir, inspirados en la verdad, en la bondad, en la belleza. Ésta es una gran responsabilidad, que interpela de modo especial a las personas que trabajan en el ámbito multiforme y complejo de la cultura, de la comunicación, de los medios de comunicación social. Y éste es un espacio en el que se puede anunciar el Evangelio con vigor misionero.

En el *Metaloghicón* Juan afronta los problemas de la lógica, en su tiempo objeto de gran interés, y se plantea una pregunta fundamental: ¿Qué puede conocer la razón humana? ¿Hasta qué punto puede corresponder a la aspiración que hay en todo hombre, es decir, a la búsqueda de la verdad? Juan de Salisbury adopta una posición moderada, basada en las enseñanzas de algunos tratados de Aristóteles y de Cicerón. Según él, ordinariamente la razón humana alcanza conocimientos que no son indiscutibles, sino probables y opinables. El conocimiento humano -ésta es su conclusión- es imperfecto, porque está sujeto a la finitud, al límite del hombre. Sin embargo, el conocimiento crece y se perfecciona gracias a la experiencia y a la elaboración de

razonamientos correctos y coherentes, capaces de establecer relaciones entre los conceptos y la realidad, gracias a la discusión, a la confrontación y al saber que se enriquece de generación en generación. Sólo en Dios hay una ciencia perfecta, que se comunica al hombre, al menos parcialmente, por medio de la Revelación acogida en la fe, por lo que la ciencia de la fe, la teología, despliega las potencialidades de la razón y hace avanzar con humildad en el conocimiento de los misterios de Dios.

El creyente y el teólogo, que profundizan en el tesoro de la fe, se abren también a un saber práctico, que guía las acciones cotidianas a las leyes morales y al ejercicio de las virtudes. Escribe Juan de Salisbury: “La clemencia de Dios nos ha concedido su ley, que establece qué cosas nos es útil conocer e indica cuánto nos es lícito saber de Dios y cuánto es justo investigar... De hecho, en esta ley se explicita y se hace manifiesta la voluntad de Dios, a fin de que cada uno de nosotros sepa lo que para él es necesario hacer” (*Metaloghición* 4, 41: PL 199, 944-945). Según Juan de Salisbury, existe también una verdad objetiva e inmutable, cuyo origen es Dios, accesible a la razón humana y que atañe a la actuación práctica y social. Se trata de un derecho natural, en el que las leyes humanas y las autoridades políticas y religiosas deben inspirarse, para que puedan promover el bien común. Esta ley natural se caracteriza por una propiedad que Juan llama “equidad”, es decir, la atribución

a cada persona de sus derechos. De ella, descienden preceptos que son legítimos para todos los pueblos, y que en ningún caso pueden ser abrogados. Ésta es la tesis central del *Polycraticus*, el tratado de filosofía y de teología política, en el que Juan de Salisbury reflexiona sobre las condiciones que hacen justa y permitida la acción de los gobernantes.

Mientras otros argumentos afrontados en esta obra están vinculados a las circunstancias históricas en las que fue compuesta, el tema de la relación entre ley natural y ordenamiento jurídico-positivo, mediado por la equidad, hoy sigue siendo de gran importancia. En nuestro tiempo, sobre todo en algunos países, asistimos a una separación preocupante entre la razón, que tiene la tarea de descubrir los valores éticos unidos a la dignidad de la persona humana, y la libertad, que tiene la responsabilidad de acogerlos y promoverlos. Quizás Juan de Salisbury nos recordaría hoy que sólo son conformes a la equidad las leyes que tutelan la sacralidad de la vida humana y rechazan la licitud del aborto, de la eutanasia y de las experimentaciones genéticas irresponsables; las leyes que respetan la dignidad del matrimonio entre un hombre y una mujer, que se inspiran en una correcta laicidad del Estado -laicidad que conlleva siempre la salvaguarda de la libertad religiosa- y que persiguen la subsidiariedad y la solidaridad a nivel nacional e internacional. De lo contrario, acabaría por instaurarse lo que Juan de Salisbury define

“tiranía del príncipe” o, como diríamos nosotros, “la dictadura del relativismo”: un relativismo que, como recordé hace algunos años, “no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos” (*Homilía en la misa “pro eligendo Romano Pontifice”*: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de abril de 2005, p. 3).

En mi encíclica más reciente, *Caritas in veritate*, dirigiéndome a los hombres de buena voluntad que trabajan para que la acción social y política nunca se aleje de la verdad objetiva sobre el hombre y sobre su dignidad, escribí: “La verdad, y el amor que ella desvela, no se pueden producir, sólo se pue-

den acoger. Su fuente última no es, ni puede ser, el hombre, sino Dios, o sea Aquél que es Verdad y Amor. Este principio es muy importante para la sociedad y para el desarrollo, en cuanto que ni la verdad ni el amor pueden ser sólo productos humanos; la vocación misma al desarrollo de las personas y de los pueblos no se funda en una simple deliberación humana, sino que está inscrita en un plan que nos precede y que para todos nosotros es un deber que ha de ser acogido libremente” (n. 52). Este plan que nos precede -esta verdad del ser- debemos buscarlo y acogerlo, para que nazca la justicia, pero sólo podemos encontrarlo y acogerlo con un corazón, una voluntad, una razón purificados en la luz de Dios.

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los profesores y estudiantes de las Universidades Católicas y los Ateneos Pontificios romanos

Sala Pablo VI. Jueves, 19 de noviembre de 2009

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres rectores, autoridades académicas y profesores; queridos estudiantes; hermanos y hermanas:

Con alegría, os recibo y os doy las gracias por haber acudido *ad Petri Sedem*,

para que os confirme en vuestra importante y comprometida tarea de la enseñanza, el estudio y la investigación al servicio de la Iglesia y de toda la sociedad. Agradezco de corazón al cardenal Zenon Grocholewski las palabras que me ha dirigido al introducir este encuentro, en el que recordamos dos aniversarios especiales: el 30° aniversario de la constitución apostólica *Sapientia christiana*, promulgada el 15 de abril de 1979 por el siervo de Dios, Juan Pablo II, y el 60° del reconocimiento por parte de la Santa Sede del Estatuto de la Federación internacional de universidades católicas (FIUC).

Me complace recordar junto con vosotros estos significativos aniversarios, que me brindan la ocasión para poner una vez más de relieve el papel insustituible de las facultades eclesiásticas y las universidades católicas en la Iglesia y en la sociedad. El concilio Vaticano II ya lo había subrayado en la declaración *Gravissimum educationis*, que exhortaba a las facultades eclesiásticas a investigar más a fondo los diferentes campos de las ciencias sagradas, para llegar a un conocimiento cada vez más profundo de la Revelación, descubrir más plenamente el patrimonio de la sabiduría cristiana, favorecer el diálogo ecuménico e interreligioso, y responder a los problemas suscitados en ámbito cultural (cf. n.11). Ese mismo documento conciliar recomendaba promover las universidades católicas, distribuyéndolas en las distintas regiones del mundo y, sobre todo, cuidando su nivel de calidad para formar personas que destaquen por el saber, preparadas para ser testigos de su fe en el mundo y para desempeñar cargos de responsabilidad en la sociedad (cf. n.10). La invitación del Concilio encontró un amplio eco en la Iglesia. De hecho, existen más de mil trescientas universidades católicas y cerca de cuatrocientas facultades eclesiásticas, esparcidas por todos los continentes, muchas de las cuales han surgido en las últimas décadas, atestiguando la creciente atención de las Iglesias particulares a la formación de los eclesiásticos y los laicos en la cultura y la investigación.

La constitución apostólica *Sapientia christiana*, desde sus primeras expresiones, destaca la urgencia, todavía actual, de superar la brecha existente entre fe y cultura, invitando a un compromiso mayor de evangelización, con la firme convicción de que la Revelación cristiana es una fuerza transformadora, destinada a impregnar los modos de pensar, los criterios de juicio y las normas de acción. Es capaz de iluminar, purificar y renovar las costumbres de los hombres y sus culturas (cf. *Proemio*, I) y debe constituir el punto central de la enseñanza y la investigación, como también el horizonte que ilumina la naturaleza y las finalidades de toda facultad eclesiástica. Desde esta perspectiva, se subraya el deber de los estudiosos de las disciplinas sagradas de alcanzar, con la investigación teológica, un conocimiento más profundo de la verdad revelada, a la vez que se alienta a aumentar los contactos con los demás campos del saber, para un diálogo fructífero, que dé sobre todo una valiosa contribución a la misión que la Iglesia está llamada a llevar a cabo en el mundo. Treinta años después, las líneas de fondo de la constitución apostólica *Sapientia christiana* conservan toda su actualidad. Más aún, en la sociedad actual, en la que el conocimiento es cada vez más especializado y sectorial, pero está profundamente marcado por el relativismo, resulta aún más necesario abrirse a la “sabiduría” que viene del Evangelio. El hombre es incapaz de comprenderse plenamente a sí mismo y al mundo sin Jesucristo: sólo él ilumina

su verdadera dignidad, su vocación, su destino último, y abre el corazón a una esperanza sólida y duradera.

Queridos amigos, vuestro compromiso de servir a la verdad que Dios nos ha revelado participa de la misión evangelizadora que Cristo ha encomendado a la Iglesia: por lo tanto, es un servicio eclesial. *Sapientia christiana* cita, al respecto, la conclusión del Evangelio según san Mateo: “Id, pues, y haced discípulos míos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a practicar todo cuanto os he mandado” (*Mt* 28, 19-20). Es importante para todos, profesores y estudiantes, no perder nunca de vista la finalidad que se busca: ser instrumento para el anuncio evangélico. Los años de los estudios eclesiásticos superiores se pueden comparar con la experiencia que los Apóstoles vivieron con Jesús: estando con él comprendieron la verdad, para anunciarla después por doquier. Al mismo tiempo, es importante recordar que el estudio de las ciencias sagradas nunca se debe separar de la oración, de la unión con Dios, de la contemplación -como he recordado en las recientes catequesis sobre la teología monástica medieval-; de lo contrario se corre el riesgo de que las reflexiones sobre los misterios divinos se conviertan en un vano ejercicio intelectual. Toda ciencia sagrada, en el fondo, remite a la “ciencia de los santos”, a su intuición de los misterios del Dios vivo, a la sabiduría, que es don del Espíritu Santo, y que es

alma de la “*fides quaerens intellectum*” (cf. Audiencia general, 21 de octubre de 2009).

La Federación internacional de universidades católicas (FIUC) nació en 1924 por iniciativa de algunos rectores, y la Santa Sede la reconoció 25 años después. Queridos rectores de las universidades católicas, el 60° aniversario de la erección canónica de vuestra Federación es una magnífica ocasión para hacer balance de la actividad desarrollada y para trazar las directrices de los compromisos futuros.

Celebrar un aniversario consiste en dar gracias a Dios, que ha guiado nuestros pasos, pero también en tomar de la propia historia nuevo impulso para renovar la voluntad de servir a la Iglesia. En este sentido, vuestro lema también es un programa para el futuro de la Federación: “*Sciat ut serviat*”, saber para servir. En una cultura que manifiesta una “falta de sabiduría, de reflexión, de pensamiento capaz de elaborar una síntesis orientadora” (*Caritas in veritate*, 31), las universidades católicas, fieles a su identidad que valora la inspiración cristiana como un elemento relevante, están llamadas a promover una “nueva síntesis humanística” (*ib.*, 21), un saber que sea “sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los primeros principios y de su fin último” (*ib.*, 30), un saber iluminado por la fe.

Queridos amigos, vuestro servicio es muy valioso para la misión de la Igle-

sia. Os deseo sinceramente lo mejor a todos para el año académico que acaba de comenzar y para el pleno éxito del Congreso de la FIUC, y os encomiendo a cada uno y las instituciones que representáis a la protección materna de María santísima, Sede de la Sabiduría, y de buen grado os imparto a todos la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la XXIV
Conferencia Internacional
organizada por el Consejo Pontificio
para la Pastoral de la Salud***

Sala Clementina. Viernes, 20 de noviembre de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros con ocasión de la XXIV Conferencia internacional organizada por el Consejo pontificio para la pastoral de la salud sobre un tema de gran importancia social y eclesial: “¡Effatá! La persona sorda en la vida de la Iglesia”. Saludo al presidente del dicasterio, el arzobispo Zygmunt Zimowski, y le agradezco sus cordiales palabras. Extiendo mi saludo al secretario y al nuevo subsecretario, a los sacerdotes, a los religiosos y a los laicos, a los expertos y a todos los presentes. Deseo expresar mi estima y mi apoyo a vuestro generoso compromiso en este importante sector de la pastoral.

Las problemáticas relativas a las personas sordas, sobre las que habéis reflexionado atentamente en estos días, son numerosas y delicadas. Se trata de una realidad articulada, que abarca desde el horizonte sociológico al pedagógico, desde el médico y psicológico al ético-espiritual y pastoral. Las relaciones de los especialistas, el intercambio de experiencias entre quienes trabajan en el sector y los testimonios de los propios sordos, han permitido realizar un análisis profundo de la situación y formular propuestas e indicaciones para una atención cada vez más adecuada hacia estos hermanos y hermanas nuestros.

La palabra “*Effatá*”, colocada al comienzo del título de la Conferencia, nos recuerda el conocido episodio del Evangelio de san Marcos (cf. *Mc* 7, 31-37), que constituye un paradigma de cómo actúa el Señor respecto a las personas sordas. Presentan a un sordomudo a Jesús, y él, apartándole de la gente, después de realizar algunos gestos simbólicos, levanta los ojos al cielo y le dice: “¡*Effatá*”, que quiere decir “Ábrete”. Al instante, -escribe el evangelista- se abrieron sus oídos y se soltó la atadura de su lengua y hablaba correctamente. Los gestos de Jesús están llenos de atención amorosa y expresan una compasión profunda por el hombre que tiene delante: le manifiesta su interés concreto, lo aparta del alboroto de la multitud, le hace sentir su cercanía y comprensión mediante gestos densos de significado. Le pone los dedos en los

oídos y, con la saliva, le toca la lengua. Después lo invita a dirigir junto con él la mirada interior, la del corazón, hacia el Padre celestial. Por último, lo cura y lo devuelve a su familia, a su gente. Y la multitud, asombrada, no puede menos de exclamar: “Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos” (*Mc 7, 37*).

Con su manera de actuar, que revela el amor de Dios Padre, Jesús no sólo cura la sordera física, indica también que existe otra forma de sordera de la cual la humanidad debe curarse, más aún, debe ser salvada: es la sordera del espíritu, que levanta barreras cada vez más altas ante la voz de Dios y del prójimo, especialmente ante el grito de socorro de los últimos y de los que sufren, y aprisiona al hombre en un egoísmo profundo y destructor. Como recordé en la homilía de mi visita pastoral a la diócesis de Viterbo, el 6 de septiembre pasado, “en este “signo” podemos ver el ardiente deseo de Jesús de vencer en el hombre la soledad y la incomunicabilidad creadas por el egoísmo, a fin de dar rostro a una “nueva humanidad”, la humanidad de la escucha y de la palabra, del diálogo, de la comunicación, de la comunión con Dios. Una humanidad “buena”, como es buena toda la creación de Dios; una humanidad sin discriminaciones, sin exclusiones... de forma que el mundo sea realmente y para todos “espacio de verdadera fraternidad”...” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 11 de septiembre de 2009, p. 6).

Lamentablemente, la experiencia no siempre atestigua gestos de acogida diligente, de solidaridad convencida y de comunión amorosa con las personas sordas. Las numerosas asociaciones nacidas para tutelar y promover sus derechos ponen de manifiesto que sigue existiendo una cultura marcada por prejuicios y discriminaciones. Son actitudes deplorables e injustificables, porque son contrarias al respeto de la dignidad de las personas sordas y de su plena integración social. Pero las iniciativas promovidas por instituciones y asociaciones, tanto en ámbito eclesial como civil, inspiradas en una solidaridad auténtica y generosa, son mucho más vastas y han mejorado las condiciones de vida de muchas personas sordas. Al respecto, es significativo recordar que las primeras escuelas para la educación y la formación religiosa de estos hermanos y hermanas nuestros surgieron en Europa ya en el siglo XVIII. Desde entonces, se han multiplicado en la Iglesia las obras caritativas, bajo el impulso de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, con el objetivo de ofrecer a los sordos no sólo una formación, sino también una asistencia integral para su plena realización.

Sin embargo, no se puede olvidar la grave situación en la que todavía viven actualmente en los países en vías de desarrollo, tanto por falta de políticas y legislaciones adecuadas, como por la dificultad para acceder a la asistencia sanitaria primaria. De hecho, a menudo la sordera es consecuencia de

enfermedades fácilmente curables. Por lo tanto, hago un llamamiento a las autoridades políticas y civiles, y a los organismos internacionales, a fin de que proporcionen el apoyo necesario para promover, también en esos países, el debido respeto de la dignidad y de los derechos de las personas sordas, favoreciendo su plena integración social con ayudas adecuadas. La Iglesia, siguiendo las enseñanzas y el ejemplo de su divino Fundador, continúa acompañando con amor y solidaridad las distintas iniciativas pastorales y sociales en beneficio de esas personas, reservando una atención especial hacia los que sufren, consciente de que precisamente en el sufrimiento se esconde una fuerza especial que acerca interiormente el hombre a Cristo, una gracia especial.

Queridos hermanos y hermanas sordos, no solamente sois destinatarios del anuncio del mensaje evangélico, sino también con pleno derecho anunciantes, en virtud de vuestro Bautismo. Por lo tanto, vivid cada día como testigos del Señor en los ambientes de vuestra existencia, dando a conocer a Cristo y su Evangelio. En este Año sacerdotal, orad también por las vocaciones, para que el Señor llame a numerosos y buenos ministros para el crecimiento de las comunidades eclesiales.

Queridos amigos, os doy las gracias por este encuentro y os encomiendo a todos a la protección materna de María Madre del amor, Estrella de la esperanza, *Virgen del silencio*. Con estos

deseos, os imparto de corazón la bendición apostólica, que extendo a vuestras familias y a todas las asociaciones que trabajan activamente al servicio de los sordos.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con los artistas

Capilla Sixtina. Sábado, 21 de noviembre de 2009.

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres artistas; señoras y señores:

Con gran alegría, os acojo en este lugar solemne y rico de arte y de recuerdos. A todos y cada uno dirijo mi cordial saludo, y os agradezco que hayáis aceptado mi invitación. Con este encuentro deseo expresar y renovar la amistad de la Iglesia con el mundo del arte, una amistad consolidada en el tiempo, puesto que el cristianismo, desde sus orígenes, ha comprendido bien el valor de las artes y ha utilizado sabiamente sus multiformes lenguajes para comunicar su mensaje inmutable de salvación. Es preciso promover y sostener continuamente esta amistad, para que sea auténtica y fecunda, adecuada a los tiempos y tenga en cuenta las situaciones y los cambios sociales y culturales. Éste es el motivo de nuestra cita. Agradezco de corazón a monseñor Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo pontificio para la cultura y de

la Comisión pontificia para los bienes culturales de la Iglesia, que lo haya promovido y preparado, junto con sus colaboradores, y le agradezco también las palabras que me acaba de dirigir. Saludo a los señores cardenales, a los obispos, a los sacerdotes y a las ilustres personalidades presentes. Doy las gracias también a la Capilla musical pontificia Sixtina que acompaña este significativo momento. Los protagonistas de este encuentro sois vosotros, queridos e ilustres artistas, pertenecientes a países, culturas y religiones distintas, quizá también alejados de las experiencias religiosas, pero deseosos de mantener viva una comunicación con la Iglesia católica y de no reducir los horizontes de la existencia a la mera materialidad, a una visión limitada y banal. Vosotros representáis al variado mundo de las artes y, precisamente por esto, a través de vosotros quiero hacer llegar a todos los artistas mi invitación a la amistad, al diálogo y a la colaboración.

Algunas circunstancias significativas enriquecen este momento. Recordamos el décimo aniversario de la *Carta a los artistas* de mi venerado predecesor, el siervo de Dios, Juan Pablo II. Por primera vez, en la víspera del gran jubileo del año 2000, este Romano Pontífice, también él artista, escribió directamente a los artistas con la solemnidad de un documento papal y el tono amistoso de una conversación entre “los que -como reza el encabezamiento- con apasionada entrega buscan nuevas “epifanías” de la belleza”. El mismo Papa, hace

veinticinco años, había proclamado patrono de los artistas al beato Angélico, presentándolo como un modelo de perfecta sintonía entre fe y arte. Pienso también en el 7 de mayo de 1964, hace cuarenta y cinco años, cuando, en este mismo lugar, se realizaba un acontecimiento histórico, que el Papa, Pablo VI, deseó intensamente para reafirmar la amistad entre la Iglesia y las artes. Las palabras que pronunció en aquella circunstancia siguen resonando hoy bajo la bóveda de esta Capilla Sixtina, tocando el corazón y el intelecto. “Os necesitamos -dijo-. Nuestro ministerio necesita vuestra colaboración. Porque, como sabéis, nuestro ministerio es predicar y hacer accesible y comprensible, más aún, conmovedor, el mundo del espíritu, de lo invisible, de lo inefable, de Dios. Y en esta operación... vosotros sois maestros. Es vuestro oficio, vuestra misión; y vuestro arte consiste en descubrir los tesoros del cielo del espíritu y revestirlos de palabra, de colores, de formas, de accesibilidad” (*Insegnamenti* II, [1964], 313). La estima de Pablo VI por los artistas era tan grande que lo impulsó a formular expresiones realmente atrevidas: “Si nos faltara vuestra ayuda -proseguía-, el ministerio sería balbuciente e inseguro y necesitaría hacer un esfuerzo, diríamos, para ser él mismo artístico, es más, para ser profético. Para alcanzar la fuerza de expresión lírica de la belleza intuitiva, necesitaría hacer coincidir el sacerdocio con el arte” (*ib.*, 314). En esa circunstancia, Pablo VI asumió el compromiso de “restablecer la amistad

entre la Iglesia y los artistas”, y les pidió que aceptaran y compartieran ese compromiso, analizando con seriedad y objetividad los motivos que habían turbado esa relación, y asumiendo cada uno, con valentía y pasión, la responsabilidad de un renovado itinerario de conocimiento y de diálogo, profundo, con vistas a un auténtico “renacimiento” del arte, en el contexto de un nuevo humanismo.

Ese histórico encuentro, como decía, tuvo lugar aquí, en este santuario de fe y de creatividad humana. Por lo tanto, no es una casualidad que nos encontremos precisamente en este lugar, precioso por su arquitectura y por sus dimensiones simbólicas, pero más aún, por los frescos que lo hacen inconfundible, comenzando por las obras maestras de Perugino y Botticelli, Ghirlandajo y Cosimo Rosselli, Luca Signorelli y otros, hasta llegar a las *Historias del Génesis* y al *Juicio universal*, obras excelsas de Miguel Ángel Buonarroti, que dejó aquí una de las creaciones más extraordinarias de toda la historia del arte. También aquí ha resonado a menudo el lenguaje universal de la música, gracias al genio de grandes músicos, que pusieron su arte al servicio de la liturgia, ayudando al alma a elevarse a Dios. Al mismo tiempo, la Capilla Sixtina es un cofre singular de recuerdos, ya que constituye el escenario, solemne y austero, de acontecimientos que marcan la historia de la Iglesia y de la humanidad. Aquí, como sabéis, el Colegio de los cardenales elige al Papa;

aquí viví también yo, con trepidación y confianza absoluta en el Señor, el inolvidable momento de mi elección como Sucesor del Apóstol Pedro.

Queridos amigos, dejemos que estos frescos nos hablen hoy, atrayéndonos hacia la meta última de la historia humana. El *Juicio universal*, que podéis ver majestuoso a mis espaldas, recuerda que la historia de la humanidad es movimiento y ascensión, es tensión inexhausta hacia la plenitud, hacia la felicidad última, hacia un horizonte que siempre supera el presente mientras lo cruza. Pero con su dramatismo, este fresco también nos pone a la vista el peligro de la caída definitiva del hombre, una amenaza que se cierne sobre la humanidad cuando se deja seducir por las fuerzas del mal. El fresco lanza un fuerte grito profético contra el mal, contra toda forma de injusticia. Sin embargo, para los creyentes Cristo resucitado es el camino, la verdad y la vida; para quien lo sigue fielmente es la puerta que introduce en el “cara a cara”, en la visión de Dios de la que brota ya sin limitaciones la felicidad plena y definitiva. Miguel Ángel ofrece así a nuestra vista el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin de la historia, y nos invita a recorrer con alegría, valentía y esperanza el itinerario de la vida. Así pues, la dramática belleza de la pintura de Miguel Ángel, con sus colores y sus formas, se hace anuncio de esperanza, invitación apremiante a elevar la mirada hacia el horizonte último. El vínculo profundo entre belleza y es-

peranza constituía también el núcleo fundamental del sugestivo *Mensaje* que Pablo VI dirigió a los artistas al clausurar el concilio ecuménico Vaticano II, el 8 de diciembre de 1965: “A todos vosotros -proclamó solemnemente- la Iglesia del Concilio dice por nuestra voz: si sois los amigos del arte verdadero, vosotros sois nuestros amigos” (*Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones*, BAC 1968, p. 841). Y añadió: “Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es lo que pone la alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste a la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración. Y todo ello por vuestras manos... Recordad que sois los guardianes de la belleza en el mundo” (*ib.*).

Lamentablemente, el momento actual no sólo está marcado por fenómenos negativos a nivel social y económico, sino también por una esperanza cada vez más débil, por cierta desconfianza en las relaciones humanas, de manera que aumentan los signos de resignación, de agresividad y de desesperación. Además, el mundo en que vivimos corre el riesgo de cambiar su rostro a causa de la acción no siempre sensata del hombre, que, en lugar de cultivar su belleza, explota sin conciencia los recursos del planeta en beneficio de pocos y a menudo daña sus maravillas naturales. ¿Qué puede volver a dar entusiasmo y confianza, qué puede

alentar al espíritu humano a encontrar de nuevo el camino, a levantar la mirada hacia el horizonte, a soñar con una vida digna de su vocación, sino la belleza? Vosotros, queridos artistas, sabéis bien que la experiencia de la belleza, de la belleza auténtica, no efímera ni superficial, no es algo accesorio o secundario en la búsqueda del sentido y de la felicidad, porque esa experiencia no aleja de la realidad, sino, al contrario, lleva a una confrontación abierta con la vida diaria, para liberarla de la oscuridad y trasfigurarla, a fin de hacerla luminosa y bella.

Una función esencial de la verdadera belleza, que ya puso de relieve Platón, consiste en dar al hombre una saludable “sacudida”, que lo hace salir de sí mismo, lo arranca de la resignación, del acomodamiento del día a día e incluso lo hace sufrir, como un dardo que lo hiere, pero precisamente de este modo lo “despierta” y le vuelve a abrir los ojos del corazón y de la mente, dándole alas e impulsándolo hacia lo alto. La expresión de Dostoievski que voy a citar es sin duda atrevida y paradójica, pero invita a reflexionar: “La humanidad puede vivir -dice- sin la ciencia, puede vivir sin pan, pero nunca podría vivir sin la belleza, porque ya no habría motivo para estar en el mundo. Todo el secreto está aquí, toda la historia está aquí”. En la misma línea dice el pintor Georges Braque: “El arte está hecho para turbar, mientras que la ciencia tranquiliza”. La belleza impresiona, pero precisamente así recuerda al hombre su destino úl-

timo, lo pone de nuevo en marcha, lo llena de nueva esperanza, le da la valentía para vivir a fondo el don único de la existencia. La búsqueda de la belleza de la que hablo, evidentemente no consiste en una fuga hacia lo irracional o en el mero estetismo.

Con demasiada frecuencia, sin embargo, la belleza que se promociona es ilusoria y falaz, superficial y deslumbrante hasta el aturdimiento y, en lugar de hacer que los hombres salgan de sí mismos y se abran a horizontes de verdadera libertad atrayéndolos hacia lo alto, los encierra en sí mismos y los hace todavía más esclavos, privados de esperanza y de alegría. Se trata de una belleza seductora pero hipócrita, que vuelve a despertar el afán, la voluntad de poder, de poseer, de dominar al otro, y que se transforma, muy pronto, en lo contrario, asumiendo los rostros de la obscenidad, de la trasgresión o de la provocación fin en sí misma. La belleza auténtica, en cambio, abre el corazón humano a la nostalgia, al deseo profundo de conocer, de amar, de ir hacia el Otro, hacia el más allá. Si aceptamos que la belleza nos toque íntimamente, nos hiera, nos abra los ojos, redescubrimos la alegría de la visión, de la capacidad de captar el sentido profundo de nuestra existencia, el Misterio del que formamos parte y que nos puede dar la plenitud, la felicidad, la pasión del compromiso diario. Juan Pablo II, en la *Carta a los artistas*, cita al respecto este verso de un poeta polaco, Cyprian Norwid: “La belleza sirve para entu-

siasmar en el trabajo; el trabajo, para resurgir” (n. 3). Y más adelante añade: “En cuanto búsqueda de la belleza, fruto de una imaginación que va más allá de lo cotidiano, es por su naturaleza una especie de llamada al Misterio. Incluso, cuando escudriña las profundidades más oscuras del alma o los aspectos más desconcertantes del mal, el artista se hace, de algún modo, voz de la expectativa universal de redención” (n. 10). Y en la conclusión afirma: “La belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente” (n. 16).

Estas últimas expresiones nos impulsan a dar un paso adelante en nuestra reflexión. La belleza, desde la que se manifiesta en el cosmos y en la naturaleza hasta la que se expresa mediante las creaciones artísticas, precisamente por su característica de abrir y ensanchar los horizontes de la conciencia humana, de remitirla más allá de sí misma, de hacer que se asome a la inmensidad del Infinito, puede convertirse en un camino hacia lo trascendente, hacia el Misterio último, hacia Dios. El arte, en todas sus expresiones, cuando se confronta con los grandes interrogantes de la existencia, con los temas fundamentales de los que deriva el sentido de la vida, puede asumir un valor religioso y transformarse en un camino de profunda reflexión interior y de espiritualidad. Una prueba de esta afinidad, de esta sintonía entre el camino de fe y el itinerario artístico, es el número incalculable de obras de arte que tienen como protagonistas a los personajes, las

historias, los símbolos de esa inmensa reserva de “figuras” -en sentido lato- que es la Biblia, la Sagrada Escritura. Las grandes narraciones bíblicas, los temas, las imágenes, las parábolas han inspirado innumerables obras maestras en todos los sectores de las artes, y han hablado al corazón de todas las generaciones de creyentes mediante las obras de la artesanía y del arte local, no menos elocuentes y cautivadoras.

A este propósito, se habla de una *via pulchritudinis*, un camino de la belleza que constituye al mismo tiempo un recorrido artístico, estético, y un itinerario de fe, de búsqueda teológica. El teólogo Hans Urs von Balthasar abre su gran obra titulada “Gloria. Una estética teológica” con estas sugestivas expresiones: “Nuestra palabra inicial se llama belleza. La belleza es la última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien, y su indisociable unión” (*Gloria. Una estética teológica*, Ediciones Encuentro, Madrid 1985, p. 22). Observa también: “Es la belleza desinteresada sin la cual no sabía entenderse a sí mismo el mundo antiguo, pero que se ha despedido sigilosamente y de puntillas del mundo moderno de los intereses, abandonándolo a su avidez y a su tristeza. Es la belleza que tampoco es ya apreciada ni protegida por la religión” (*ib.*). Y concluye: “De aquél cuyo semblante se crispa ante la sola mención de su nombre -pues para él la belleza sólo es chuchería exótica

del pasado burgués- podemos asegurar que, abierta o tácitamente, ya no es capaz de rezar y, pronto, ni siquiera será capaz de amar” (*ib.*). Por lo tanto, el camino de la belleza nos lleva a reconocer el Todo en el fragmento, el Infinito en lo finito, a Dios en la historia de la humanidad.

Simone Weil escribía al respecto: “En todo lo que suscita en nosotros el sentimiento puro y auténtico de la belleza, está realmente la presencia de Dios. Existe casi una especie de encarnación de Dios en el mundo, cuyo signo es la belleza. Lo bello es la prueba experimental de que la encarnación es posible. Por esto todo arte de primer orden es, por su esencia, religioso”. La afirmación de Hermann Hesse es todavía más icástica: “Arte significa: dentro de cada cosa, mostrar a Dios”. Haciéndose eco de las palabras del Papa, Pablo VI, el siervo de Dios, Juan Pablo II, reafirmó el deseo de la Iglesia de renovar el diálogo y la colaboración con los artistas: “Para transmitir el mensaje que Cristo le ha encomendado, *la Iglesia necesita del arte*” (*Carta a los artistas*, 12); pero preguntaba a continuación: “¿El arte tiene necesidad de la Iglesia?”, invitando de este modo a los artistas a volver a encontrar en la experiencia religiosa, en la revelación cristiana y en el “gran código” que es la Biblia una fuente renovada y motivada de inspiración.

Queridos artistas, ya para concluir, también yo quiero dirigiros, como mi

predecesor, un llamamiento cordial, amistoso y apasionado. Vosotros sois los guardianes de la belleza; gracias a vuestro talento, tenéis la posibilidad de hablar al corazón de la humanidad, de tocar la sensibilidad individual y colectiva, de suscitar sueños y esperanzas, de ensanchar los horizontes del conocimiento y del compromiso humano. Por eso, sed agradecidos por los dones recibidos y plenamente conscientes de la gran responsabilidad de comunicar la belleza, de hacer comunicar en la belleza y mediante la belleza. Sed también vosotros, mediante vuestro arte, anunciadores y testigos de esperanza para la humanidad. Y no tengáis miedo de confrontaros con la fuente primera y última de la belleza, de dialogar con los creyentes, con quienes como vosotros se sienten peregrinos en el mundo y en la historia hacia la Belleza infinita. La fe no quita nada a vuestro genio, a vuestro arte, más aún, los exalta y los alimenta, los alienta a cruzar el umbral y a contemplar con mirada fascinada y conmovida la meta última y definitiva, el sol sin ocaso que ilumina y embellece el presente.

San Agustín, cantor enamorado de la belleza, reflexionando sobre el destino último del hombre y casi comentando *ante litteram* la escena del Juicio que hoy tenéis delante de vuestros ojos, escribió: “Gozaremos, por tanto, hermanos, de una visión que los ojos nunca contemplaron, que los oídos nunca oyeron, que la fantasía nunca imaginó: una visión que supera todas las belle-

zas terrenas, la del oro, la de la plata, la de los bosques y los campos, la del mar y el cielo, la del sol y la luna, la de las estrellas y los ángeles; la razón es la siguiente: que esta es la fuente de todas las demás bellezas” (*In Ep. Jo. Tr.* 4, 5: *PL* 35, 2008). Queridos artistas, os deseo a todos que llevéis en vuestros ojos, en vuestras manos, en vuestro corazón esta visión, para que os dé alegría e inspire siempre vuestras obras bellas. A la vez que os bendigo de corazón, os saludo, como ya hizo Pablo VI, con una sola palabra: ¡Hasta la vista!

Saludo cordialmente a los artistas que participan en este encuentro. Queridos amigos, os animo a fomentar el sentido y las manifestaciones de la hermosura en la creación. Que Dios os bendiga. Muchas gracias.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a las delegaciones de Argentina y Chile en el XXV Aniversario del Tratado de Paz y Amistad entre los dos países

Sala Clementina. Sábado, 28 de noviembre de 2009.

Señoras Presidentas de Argentina y Chile, Señores Cardenales, Queridos Hermanos en el Episcopado, Señores Embajadores, Amigos todos:

1. Con sumo gusto les recibo y les doy la bienvenida en esta Sede de Pe-

dro, con motivo de la celebración del 25 aniversario del Tratado de Paz y Amistad, que clausuró el diferendo territorial que mantuvieron durante largo tiempo sus respectivos Países en la zona Austral. En efecto, es una oportuna y feliz conmemoración de aquellas intensas negociaciones que, con la mediación pontificia, concluyeron con una solución digna, razonable y ecuánime, evitando así un conflicto armado que estaba a punto de enfrentar a dos pueblos hermanos.

2. El Tratado de Paz y Amistad, y la mediación que lo hizo posible, está indisolublemente unido a la amada figura del Papa, Juan Pablo II, el cual, movido por sentimientos de afecto hacia esas queridas Naciones y en sintonía con su incansable labor como mensajero y artífice de paz, no dudó en aceptar la delicada y crucial tarea de ser mediador en dicho contencioso. Con la ayuda inestimable del Cardenal Antonio Samorè, él mismo siguió personalmente todos los avatares de esas largas y complejas negociaciones, hasta la definición de la propuesta que llevó a la firma del Tratado, en presencia de las delegaciones de ambos Países y del entonces Secretario de Estado de Su Santidad y Prefecto del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia, Cardenal Agostino Casaroli.

La intervención pontificia fue una respuesta también a un expreso pedido de los Episcopados de Chile y Argentina, los cuales, en comunión con la

Santa Sede, ofrecieron su decisiva colaboración para la consecución de dicho acuerdo. Es de agradecer, además, los esfuerzos de todas las personas que, en los Gobiernos y delegaciones diplomáticas de ambos Países, dieron su positiva contribución para llevar adelante ese camino de resolución pacífica, cumpliendo así los profundos anhelos de paz de la población argentina y chilena.

3. A veinticinco años de distancia, podemos constatar con satisfacción cómo aquel histórico evento ha contribuido benéficamente a reforzar en ambos Países los sentimientos de fraternidad, así como una más decidida cooperación e integración, concretada en numerosos proyectos económicos, intercambios culturales e importantes obras de infraestructura, superando de este modo prejuicios, sospechas y reticencias del pasado. En realidad, Chile y Argentina no son sólo dos Naciones vecinas sino mucho más: son dos Pueblos hermanos con una vocación común de fraternidad, de respeto y amistad, que es fruto en gran parte de la tradición católica que está en la base de su historia y de su rico patrimonio cultural y espiritual.

Este acontecimiento que hoy conmemoramos forma ya parte de la gran historia de dos nobles Naciones, pero también de toda América Latina. El Tratado de Paz y Amistad es un ejemplo luminoso de la fuerza del espíritu humano y de la voluntad de paz frente

a la barbarie y la sinrazón de la violencia y la guerra como medio para resolver las diferencias. Una vez más, hay que tener presente las palabras que mi Predecesor, el Papa Pío XII, pronunció en momentos especialmente difíciles de la historia: «Nada se pierde con la paz. Todo puede perderse con la guerra» (*Radiomensaje*, 24 agosto 1939). Por tanto, es necesario perseverar en todo momento con voluntad firme y hasta las últimas consecuencias en tratar de resolver las controversias con verdadera voluntad de diálogo y de acuerdo, a través de pacientes negociaciones y necesarios compromisos, y teniendo siempre en cuenta las justas exigencias y legítimos intereses de todos.

4. Para que la causa de la paz se abra camino en la mente y el corazón de todos los hombres y, de modo especial, de aquéllos que están llamados a servir a sus ciudadanos desde las más altas magistraturas de las naciones, es preciso que esté apoyada en firmes convicciones morales, en la serenidad de los ánimos, a veces tensos y polarizados, y en la búsqueda constante del bien común nacional, regional y mundial. La consecución de la paz, en efecto, requiere la promoción de una auténtica cultura de la vida, que respete la dignidad del ser humano en plenitud, unida al fortalecimiento de la familia como célula básica de la sociedad. Requiere también la lucha contra la pobreza y la corrupción, el acceso a una educación de calidad para todos, un crecimiento económico solidario, la consolidación

de la democracia y la erradicación de la violencia y la explotación, especialmente contra las mujeres y los niños.

5. La Iglesia católica, que continúa en la tierra la misión de Cristo, que con su muerte en la cruz trajo la paz al mundo (cf. *Ef* 2, 14-17), no deja de proclamar a todos su mensaje de salvación y de reconciliación y, uniendo sus esfuerzos a todos los hombres de buena voluntad, se entrega con ahínco para cumplir las aspiraciones de paz y concordia de toda la humanidad.

Excelentísimas Señoras Presidentas, queridos amigos, agradeciéndoles nuevamente su significativa visita, dirijo mi mirada al Cristo de los Andes, en la cumbre de la Cordillera, y le pido que, como un don constante de su gracia, selle para siempre la paz y la amistad entre argentinos y chilenos, al mismo tiempo que como prenda de mi afecto les imparto una especial Bendición Apostólica.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a su Beatitud Anastasio, Arzobispo de Tirana, Durrës y toda Albania

Viernes, 4 de diciembre de 2009.

Beatitud:

“Gracia a vosotros y paz de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo” (2 *Ts* 1, 2). Me alegra dar una fraterna

bienvenida a Su Beatitud y a los demás distinguidos representantes de la Iglesia ortodoxa autocéfala de Albania, que lo acompañan hoy. Recuerdo con gratitud, a pesar de las tristes circunstancias, nuestro encuentro en el funeral del Papa, Juan Pablo II. Recuerdo también, con satisfacción, que este predecesor mío se encontró con usted en Tirana durante la visita apostólica a Albania.

Como sabemos, el Ilírico acogió el Evangelio desde los tiempos de los Apóstoles (cf. *Hch* 17, 1; *Rm* 15, 19). Desde entonces hasta nuestros días, el mensaje salvífico de Cristo ha dado fruto en su patria. Como testimonian los primerísimos escritos de vuestra cultura, una antigua fórmula bautismal latina y un himno bizantino sobre la resurrección del Señor que han llegado hasta nosotros, la fe de nuestros antepasados cristianos ha dejado huellas espléndidas e indelebles en las primeras líneas de la historia, de la literatura y de las artes de vuestro pueblo.

Sin embargo, el testimonio más extraordinario se encuentra sin duda en la vida misma. Durante la segunda parte del siglo pasado, los cristianos en Albania, tanto ortodoxos como católicos, mantuvieron viva la fe a pesar de vivir bajo un régimen ateo sumamente represivo y hostil; y, como sabemos bien, muchos cristianos pagaron cruelmente esa fe con su vida. La caída de ese régimen dio felizmente paso a la reconstrucción de las comunidades

católicas y ortodoxas en Albania. La actividad misionera de Su Beatitud es bien conocida, especialmente en la reconstrucción de los lugares de culto, en la formación del clero y en la obra de catequesis que ahora se realiza: un movimiento de renovación que Su Beatitud ha descrito muy bien como *Ngjallja* (Resurrección).

Desde que obtuvo la libertad, la Iglesia ortodoxa de Albania pudo participar provechosamente en el diálogo teológico internacional católico-ortodoxo. Vuestro compromiso al respecto refleja felizmente las relaciones fraternas entre católicos y ortodoxos en vuestro país y es una inspiración para todo el pueblo albanés, pues demuestra que los cristianos pueden vivir en armonía.

En este sentido, debemos subrayar los elementos de fe que comparten nuestras Iglesias: la profesión común del Credo niceno-constantinopolitano; el Bautismo común para la remisión de los pecados y para incorporarnos a Cristo y a la Iglesia; la herencia de los primeros concilios ecuménicos; la comunión real, aunque imperfecta, que ya compartimos; y el deseo común, acompañado por los esfuerzos de colaboración, de edificar sobre lo que ya existe. A este propósito, quiero recordar dos iniciativas importantes en Albania: la fundación de la Sociedad bíblica interconfesional y la creación del Comité para las relaciones interreligiosas. Se trata de esfuerzos oportunos para promover la comprensión mutua y la

cooperación concreta, no sólo entre católicos y ortodoxos, sino también entre cristianos, musulmanes y bektashi.

Me congratulo con usted, Beatitud, y con todos los albaneses por esta renovación espiritual. Al mismo tiempo, con gratitud a Dios todopoderoso, reflexiono sobre su servicio a su país y sobre su contribución personal a la promoción de las relaciones fraternas con la Iglesia católica. Puede estar seguro de que nosotros, por nuestra parte, haremos todo lo posible para dar un testimonio común de fraternidad y paz, y para buscar junto con vosotros un compromiso renovado con vistas a la unidad de nuestras Iglesias, en obediencia al mandamiento nuevo del Señor.

Beatitud, en este espíritu de comunión, me complace darle la bienvenida a la ciudad de los Apóstoles san Pedro y san Pablo.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al final del concierto ofrecido en su
honor en la Capilla Sixtina***

Viernes, 4 de diciembre de 2009.

Queridos amigos:

Es difícil hablar después de escuchar una música tan majestuosa y profundamente conmovedora. Pero, aunque sean pobres, creo que es oportuno de-

cir unas palabras de saludo, de agradecimiento y de reflexión. Quiero saludar de corazón a todos los aquí reunidos en la Capilla Sixtina. Ante todo, estoy agradecido al presidente federal y a su amable esposa porque nos honran con su presencia esta noche.

Querido presidente federal, su visita es un verdadero placer para mí, porque expresa la cercanía y el afecto del pueblo alemán al Sucesor de Pedro, que es compatriota suyo. Un sentido *Vergelt's Gott* ("Dios se lo pague") también por sus amables palabras, que llegan al corazón, y porque usted ha hecho posible esta velada para nosotros. Asimismo doy las gracias de corazón al *Domkapellmeister*, Reinhard Kammler, a los *Augsburger Domsingknaben* y a la *Residenz-Kammerorchester München* la ejecución magistral de este magnífico oratorio. Gracias por este maravilloso don.

Como hemos escuchado, esta velada solemne obedece a un doble aniversario. Por un lado, este año celebramos el 60° de la fundación de la República federal de Alemania, con la firma de la Ley fundamental el 23 de mayo de 1949; por otro, recordamos el 20° de la caída del Muro de Berlín, esa frontera de muerte que durante tantos años dividió a nuestra patria y separó por la fuerza a hombres, familias, vecinos y amigos. En aquel momento, muchos percibieron los acontecimientos del 9 de noviembre de 1989 como los albores inesperados de la libertad,

después de una larga y sufrida noche de violencia y opresión por parte de un sistema totalitario que, al final, llevaba a un nihilismo, a un vacío de las almas. En la dictadura comunista, ninguna acción se consideraba mal en sí misma ni siempre inmoral. Lo que era útil para los objetivos del partido era bueno, aunque pudiera ser inhumano.

Hoy, hay quien se pregunta si el orden social occidental es mucho mejor y más humanitario. De hecho, la historia de la República federal de Alemania es una prueba de ello. Y esto se lo debemos, en buena parte, a la Ley fundamental. Dicha Constitución ha contribuido de modo esencial al desarrollo pacífico de Alemania en las seis décadas transcurridas. Porque exhorta a los hombres, con responsabilidad ante Dios Creador, a dar prioridad a la dignidad humana en toda legislación estatal, a respetar el matrimonio y la familia como fundamento de toda sociedad, como también a tratar con consideración y profundo respeto todo lo que es sagrado para los demás. Que, como contempla la Ley fundamental, los ciudadanos de Alemania, al cumplir con el deber de renovación espiritual y política, después del nacionalsocialismo y después de la segunda guerra mundial, sigan colaborando en la construcción de una sociedad libre y fraterna.

Queridos amigos, mirando la historia de nuestra patria en los últimos

sesenta años, tenemos motivos para dar gracias a Dios con toda el alma. Y somos conscientes de que ese desarrollo no es mérito nuestro. Ha sido posible gracias a hombres que han actuado con una profunda convicción cristiana, con responsabilidad ante Dios, iniciando así procesos de reconciliación que han permitido una nueva relación recíproca y comunitaria de los países europeos. La historia de Europa en el siglo XX demuestra que la responsabilidad ante Dios tiene una importancia decisiva para la correcta actuación política (cf. *Caritas in veritate*). Dios reúne a los hombres en una verdadera comunión, y hace entender a la persona que en la comunión con el otro está presente también Uno más grande, que es la causa originaria de nuestra vida y de nuestro estar juntos. Esto se nos manifiesta, de manera especial, en el misterio de la Navidad, donde este Dios se acerca en su amor, donde él mismo como hombre, como niño, pide nuestro amor.

Un pasaje del Oratorio de Navidad ilustra de modo impresionante esta comunión que se funda en el amor y aspira al amor eterno: María está junto al pesebre y escucha las palabras de los pastores, que son los testigos y anunciadores del mensaje de los ángeles sobre ese niño. Ese momento, en el que ella guarda todas esas cosas y las medita en su corazón (cf. *Lc 2, 19*), Bach lo transforma, con la estupenda aria para contralto, en una invitación a cada hombre:

*¡Guarda, corazón mío,
este milagro de beatitud
en lo más hondo de tus creencias!
¡Que este milagro,
que esta obra divina
sea la fuerza que levante tu fe
cuando desfallezca!*

Todo hombre, en la comunión con Jesucristo, puede ser, para el otro, un mediador ante Dios. Nadie cree por sí solo, todos vivimos la propia fe también gracias a mediaciones humanas. Sin embargo, ninguna de ellas sería suficiente por sí sola para tender el puente hacia Dios, porque ningún hombre puede sacar de lo que él mismo es la garantía absoluta de la existencia y de la cercanía de Dios. Pero en la comunión con Aquél que en sí mismo constituye esa cercanía, los hombres podemos ser -y lo somos- mediadores los unos para los otros. Como tales seremos capaces de suscitar un modo nuevo de pensar y de generar nuevas energías al servicio de un humanismo integral.

Quiero expresar mi agradecimiento también a los promotores de esta hermosa velada, a los músicos y a todos aquellos que con su generosa contribución han hecho posible la realización de este concierto. Que la espléndida música que hemos escuchado en este singular ambiente de la Capilla Sixtina fortalezca nuestra fe y nuestra alegría en el Señor, para que seamos sus testigos en el mundo. Imparto a todos, de corazón, mi bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la plaza de España de Roma,
con ocasión de la celebración de
la solemnidad de la Inmaculada
Concepción***

Solemnidad de la Inmaculada Concepción. Martes, 8 de diciembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En el corazón de las ciudades cristianas, María constituye una presencia dulce y tranquilizadora. Con su estilo discreto da paz y esperanza a todos en los momentos alegres y tristes de la existencia. En las iglesias, en las capillas, en las paredes de los edificios: un cuadro, un mosaico, una estatua recuerda la presencia de la Madre que vela constantemente por sus hijos. También aquí, en la plaza de España, María está en lo alto, como velando por Roma.

¿Qué dice María a la ciudad? ¿Qué recuerda a todos con su presencia? Recuerda que “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5, 20), como escribe el apóstol san Pablo. Ella es la Madre Inmaculada que repite también a los hombres de nuestro tiempo: no tengáis miedo, Jesús ha vencido el mal; lo ha vencido de raíz, librándonos de su dominio.

¡Cuánto necesitamos esta hermosa noticia! Cada día los periódicos, la televisión y la radio nos cuentan el mal, lo repiten, lo amplifican, acostumbrándonos a las cosas más horribles, hacién-

donos insensibles y, de alguna manera, intoxicándonos, porque lo negativo no se elimina del todo y se acumula día a día. El corazón se endurece y los pensamientos se hacen sombríos. Por esto, la ciudad necesita a María, que con su presencia nos habla de Dios, nos recuerda la victoria de la gracia sobre el pecado, y nos lleva a esperar incluso en las situaciones humanamente más difíciles.

En la ciudad, viven -o sobreviven- personas invisibles, que de vez en cuando saltan a la primera página de los periódicos o a la televisión, y se las explota hasta el extremo, mientras la noticia y la imagen atraen la atención. Se trata de un mecanismo perverso, al que lamentablemente cuesta resistir. La ciudad primero esconde y luego expone al público. Sin piedad, o con una falsa piedad. En cambio, todo hombre alberga el deseo de ser acogido como persona y considerado una realidad sagrada, porque toda historia humana es una historia sagrada, y requiere el máximo respeto.

La ciudad, queridos hermanos y hermanas, somos todos nosotros. Cada uno contribuye a su vida y a su clima moral, para el bien o para el mal. Por el corazón de cada uno de nosotros, pasa la frontera entre el bien y el mal, y nadie debe sentirse con derecho de juzgar a los demás; más bien, cada uno debe sentir el deber de mejorarse a sí mismo. Los medios de comunicación tienden a hacernos sentir siempre “espectadores”,

como si el mal concerniera solamente a los demás, y ciertas cosas nunca pudieran sucedernos a nosotros. En cambio, somos todos “actores” y, tanto en el mal como en el bien, nuestro comportamiento influye en los demás.

Con frecuencia, nos quejamos de la contaminación del aire, que en algunos lugares de la ciudad es irrespirable. Es verdad: se requiere el compromiso de todos para hacer que la ciudad esté más limpia. Sin embargo, hay otra contaminación, menos fácil de percibir con los sentidos, pero igualmente peligrosa. Es la contaminación del espíritu; es la que hace nuestros rostros menos sonrientes, más sombríos, la que nos lleva a no saludarnos unos a otros, a no mirarnos a la cara... La ciudad está hecha de rostros, pero lamentablemente las dinámicas colectivas pueden hacernos perder la percepción de su profundidad. Vemos sólo la superficie de todo. Las personas se convierten en cuerpos, y estos cuerpos pierden su alma, se convierten en cosas, en objetos sin rostro, intercambiables y consumibles.

María Inmaculada nos ayuda a redescubrir y defender la profundidad de las personas, porque en ella la transparencia del alma en el cuerpo es perfecta. Es la pureza en persona, en el sentido de que, en ella, espíritu, alma y cuerpo son plenamente coherentes entre sí y con la voluntad de Dios. La Virgen nos enseña a abrirnos a la acción de Dios, para mirar a los demás como él los mira: partiendo del corazón. A mi-

rarlos con misericordia, con amor, con ternura infinita, especialmente a los más solos, despreciados y explotados. “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”.

Quiero rendir homenaje públicamente a todos los que en silencio, no con palabras sino con hechos, se esfuerzan por practicar esta ley evangélica del amor, que hace avanzar el mundo. Son numerosos, también aquí en Roma, y raramente son noticia. Hombres y mujeres de todas las edades, que han entendido que de nada sirve condenar, quejarse o recriminar, sino que vale más responder al mal con el bien. Esto cambia las cosas; o mejor, cambia a las personas y, por consiguiente, mejora la sociedad.

Queridos amigos romanos, y todos los que vivís en esta ciudad, mientras estamos atareados en nuestras actividades cotidianas, prestemos atención a la voz de María. Escuchemos su llamada silenciosa pero apremiante. Ella nos dice a cada uno: que donde abundó el pecado, sobreabunde la gracia, precisamente a partir de tu corazón y de tu vida. La ciudad será más hermosa, más cristiana y más humana.

Gracias, Madre santa, por este mensaje de esperanza. Gracias por tu silenciosa pero elocuente presencia en el corazón de nuestra ciudad. ¡Virgen Inmaculada, *Salus Populi Romani*, ruega por nosotros!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al señor Eduardo Delgado
Bermúdez, embajador de Cuba ante
la Santa Sede***

Jueves, 10 de diciembre de 2009.

Señor Embajador:

1. Con sumo gusto le recibo en este solemne acto en el que presenta las Cartas que lo acreditan como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de Cuba ante la Santa Sede, iniciando así la importante misión que su Gobierno le ha confiado. Le agradezco sus atentas palabras y el saludo que me ha transmitido de parte del Excelentísimo Señor Raúl Castro Ruz, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, al que correspondo con mis mejores deseos para su alta responsabilidad.

2. Entre ilusiones y dificultades, Cuba ha logrado un decidido protagonismo, principalmente en el contexto económico y político del Caribe y América Latina. Por otra parte, algunos signos de distensión en sus relaciones con el vecino Estados Unidos dejarían presagiar nuevas oportunidades para un acercamiento mutuamente beneficioso, en el pleno respeto de la soberanía y el derecho de los Estados y de sus ciudadanos. Cuba, que sigue ofreciendo a numerosos países su colaboración en áreas vitales como la alfabetización y la salud, favorece así la cooperación y solidaridad internacionales, sin que

éstas estén supeditadas a más intereses que la ayuda misma a las poblaciones necesitadas. Es de esperar que todo ello pueda contribuir a hacer realidad el llamado que mi venerado Predecesor, el Papa Juan Pablo II, lanzó en su histórico viaje a la Isla: «Que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba» (*Discurso en la ceremonia de llegada a La Habana*, 21 de enero de 1998).

3. Como otros muchos países, su Patria sufre también las consecuencias de la grave crisis mundial que, añadida a los devastadores efectos de los desastres naturales y al embargo económico, golpea de manera especial a las personas y familias más pobres. En esta compleja situación general, se aprecia cada vez más la urgente necesidad de una economía que, edificada sobre sólidas bases éticas, ponga a la persona y sus derechos, su bien material y espiritual, en el centro de sus intereses. En efecto, el primer capital que se ha de salvaguardar y salvar es el hombre, la persona en su integridad (cf. *Caritas in veritate*, 25).

Es importante que los Gobiernos se esfuercen por remediar los graves efectos de la crisis financiera, sin desatender por ello las necesidades básicas de los ciudadanos. La Iglesia Católica en Cuba, que en estos momentos, y como siempre, se siente cercana a la población, quiere contribuir con su modesta y efectiva ayuda. Deseo destacar asi-

mismo cómo la mayor cooperación alcanzada con las Autoridades de su País ha permitido la realización de importantes proyectos de asistencia y reconstrucción, especialmente con ocasión de las catástrofes naturales.

4. Espero que se sigan multiplicando los signos concretos de apertura al ejercicio de la libertad religiosa, tal como se ha venido haciendo en los últimos años, como por ejemplo la oportunidad de celebrar la Santa Misa en algunas cárceles, la realización de procesiones religiosas, la reparación y devolución de algunos templos y la construcción de algunas casas religiosas, o la posibilidad de contar con seguridad social para los sacerdotes y religiosos. Así la comunidad católica ejercerá con más soltura su específica tarea pastoral.

Con vistas a avanzar en este camino, sobre todo en beneficio de los ciudadanos cubanos, sería también deseable que se pudiera continuar dialogando para fijar conjuntamente, siguiendo formas similares a las que se establecen con otras Naciones y respetando las características propias de su País, el marco jurídico que defina convenientemente las relaciones existentes y nunca interrumpidas entre la Santa Sede y Cuba, y que garantice el desarrollo adecuado de la vida y la acción pastoral de la Iglesia en esa Nación.

5. La Iglesia Católica se está preparando en su Patria con toda intensidad para la celebración, en el año 2012, del

Cuarto Centenario del hallazgo y presencia de la bendita imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, Madre y Patrona de Cuba. Esta querida advocación mariana es un símbolo luminoso de la religiosidad del pueblo cubano y de las raíces cristianas de su cultura. En efecto, la Iglesia, que no se puede confundir con la comunidad política (cf. *Gaudium et spes*, 76), es depositaria de un extraordinario patrimonio espiritual y moral que ha contribuido a forjar de manera decisiva el “alma” cubana, dándole carácter y personalidad propia.

A este respecto, todos los hombres y mujeres y, en especial, los jóvenes, necesitan hoy, como en cualquier otra época, redescubrir aquellos valores morales, humanos y espirituales, como por ejemplo el respeto a la vida desde su concepción hasta su ocaso natural, que hacen la existencia del hombre más digna. En este sentido, el principal servicio que la Iglesia presta a los cubanos es el anuncio de Jesucristo y su mensaje de amor, perdón y reconciliación en la verdad. Un pueblo que recorre este camino de concordia es un pueblo con esperanza de un futuro mejor. La Iglesia, además, consciente de que su misión quedaría amputada sin el testimonio de la caridad que brota del Corazón de Cristo, ha puesto en marcha en su Patria numerosas iniciativas de asistencia social que, aunque de reducidas dimensiones, llegan a muchos enfermos, ancianos y desvalidos. Una muestra elo-

cuente de este amor es también la vida y labor de tantas personas que se han dejado iluminar y transformar por el mensaje de Cristo, como el Beato José Olallo Valdés, a cuya beatificación, la primera que se ha realizado en suelo cubano, asistió el Excelentísimo Señor Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros.

Confío además en que este clima, que ha posibilitado a la Iglesia dar su modesta contribución caritativa, favorezca también su participación en los medios de comunicación social y en la realización de tareas educativas complementarias, de acuerdo a su específica misión pastoral y espiritual.

6. No quiero concluir mis palabras sin dirigir un último recuerdo al siempre noble, luchador, sufrido y trabajador pueblo cubano, expresándole de corazón mi cercanía y afecto, al mismo tiempo que no dejo de encomendarlo en mi plegaria al Señor, autor de todo don.

Señor Embajador, le ruego que tenga la bondad de reiterar mi saludo deferente a las más Altas Autoridades de la República de Cuba, a la vez que formulo a Vuestra Excelencia mis mejores deseos para que cumpla felizmente y con fruto la alta Misión que hoy comienza ante la Santa Sede, e invoco sobre usted, su familia y colaboradores abundantes dones del Altísimo, por intercesión de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita al “Hospice
Fondazione Roma”***

Domingo, 13 de diciembre de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

He aceptado con gusto la invitación a visitar el *Hospice Fondazione Roma* y estoy muy contento de encontrarme entre vosotros. Dirijo mi cordial saludo al cardenal vicario Agostino Vallini, a los excelentísimos obispos auxiliares y a los sacerdotes presentes. Agradezco vivamente al profesor Emmanuele Emanuele, presidente de la *Fondazione Roma*, y a don Leopoldo de los duques Torlonia, presidente del Círculo de San Pedro, las significativas palabras que amablemente me han dirigido. Saludo también a la dirección del *Hospice Fondazione Roma*, a su presidente, el ingeniero Alessandro Falez, al personal sanitario, de enfermería y administrativo, a las religiosas y a cuantos llevan a cabo su obra de diversos modos en esta benemérita institución.

Expreso asimismo mi aprecio, en particular, a los voluntarios del Círculo de San Pedro, de quienes conozco el celo y la generosidad con que ayudan y consuelan a los enfermos y a sus familiares. El *Hospice Fondazione Roma* nació en 1998 con la denominación *Hospice Sacro Cuore*, por iniciativa del entonces presidente general del Círculo de San Pedro, don Marcello de los marqueses Sacchetti, a quien saludo

con viva y grata deferencia. Esta institución tiene como finalidad atender a los pacientes terminales para aliviar tanto como sea posible sus sufrimientos y acompañarlos amorosamente en la evolución de la enfermedad.

En once años, los ingresados en el *Hospice* han pasado de tres a más de treinta, seguidos a diario por médicos, enfermeros y voluntarios. A ellos hay que añadir los noventa asistidos a domicilio. Todo ello contribuye a hacer del *Hospice Fondazione Roma*, que en el tiempo se ha enriquecido con la *Unidad Alzheimer* y con un proyecto de asistencia experimental dirigido a personas afectadas de esclerosis lateral amiotrófica, una realidad particularmente significativa en el ámbito de la sanidad romana.

Queridos amigos, sabemos que algunas graves patologías producen inevitablemente en los enfermos momentos de crisis, de desorientación y una seria confrontación con la propia situación personal. Los progresos en las ciencias médicas ofrecen a menudo las herramientas necesarias para afrontar este desafío, al menos en lo que se refiere a los aspectos físicos. Sin embargo, no siempre es posible encontrar un tratamiento para cada enfermedad y, en consecuencia, en los hospitales y en las estructuras sanitarias de todo el mundo nos encontramos frecuentemente con el sufrimiento de muchos hermanos y hermanas incurables, y a menudo en fase terminal.

Hoy, la mentalidad eficientista predominante tiende con frecuencia a marginar a estas personas, considerándolas un peso y un problema para la sociedad. Quien tiene el sentido de la dignidad humana sabe, en cambio, que hay que respetarlas y apoyarlas cuando afrontan las dificultades y el sufrimiento vinculado a sus condiciones de salud. Con este fin, hoy se recurre cada vez más al empleo de terapias paliativas que son capaces de aliviar los dolores que derivan de la enfermedad y de ayudar a las personas afectadas a vivirla con dignidad.

Con todo, además de los cuidados clínicos indispensables, es necesario ofrecer a los enfermos gestos concretos de amor, de cercanía y de solidaridad cristiana para salir al encuentro de su necesidad de comprensión, de consuelo y de aliento constante. Es lo que se realiza felizmente aquí, en el *Hospice Fondazione Roma*, que sitúa en el centro de su compromiso la atención y la acogida solícita de los enfermos y de sus familiares, en consonancia con lo que enseña la Iglesia, la cual, a través de los siglos, se ha mostrado siempre como madre amorosa de quienes sufren en el cuerpo y en el espíritu. Además de expresar mi complacencia por la loable obra realizada, deseo animar a todos los que, haciéndose iconos concretos del buen samaritano, “que se compadece y cuida del prójimo” (cf. *Lc* 10, 34), ofrecen diariamente a los pacientes y a sus seres queridos una asistencia adecuada y atenta a las exigencias de cada uno.

Queridos enfermos, queridos familiares, acabo de encontrarme con vosotros individualmente y he visto, en vuestros ojos, la fe y la fortaleza que os sostienen en las dificultades. He venido para ofrecer a cada uno un testimonio concreto de cercanía y de afecto. Os aseguro mi oración y os invito a encontrar en Jesús apoyo y consuelo para no perder jamás la confianza y la esperanza. Vuestra enfermedad es una prueba muy dolorosa y singular, pero ante el misterio de Dios, que asumió nuestra carne mortal, adquiere su sentido y se convierte en don y ocasión de santificación. Cuando el sufrimiento y el desconsuelo se agudizan, pensad que Cristo os está asociando a su cruz porque quiere decir a través de vosotros una palabra de amor a cuantos han extraviado el camino de la vida y, encerrados en su egoísmo vacío, viven en el pecado y alejados de Dios. De hecho, vuestras condiciones de salud testimonian que la vida verdadera no está aquí, sino junto a Dios, en quien cada uno de nosotros encontrará su alegría si humildemente ha seguido los pasos del hombre más verdadero: Jesús de Nazaret, Maestro y Señor.

El tiempo de Adviento, en el que estamos inmersos, nos habla de la visita de Dios y nos invita a prepararle el camino. A la luz de la fe, podemos leer en la enfermedad y en el sufrimiento una experiencia particular del Adviento, una visita de Dios que de manera misteriosa viene para liberar de la soledad y de la falta de sentido, y para transfor-

mar el dolor en tiempo de encuentro con él, de esperanza y de salvación. ¡El Señor viene, está aquí, a nuestro lado! Que esta certeza cristiana nos ayude a comprender también la “tribulación” como la forma con la que él puede salir a nuestro encuentro y convertirse para cada uno en el “Dios cercano” que libera y salva. La Navidad, para la que nos estamos preparando, nos ofrece la posibilidad de contemplar al Santo Niño, la luz verdadera que llega a este mundo para manifestar “la gracia salvadora de Dios a todos los hombres” (Tt 2, 11). A él, con los sentimientos de María, nos encomendamos todos, y le encomendamos nuestra vida y nuestras esperanzas.

Queridos hermanos y hermanas, con estos pensamientos invoco sobre cada uno de vosotros la protección maternal de la Madre de Jesús, a quien el pueblo cristiano invoca en la tribulación como *Salus infirmorum* y os imparto de corazón una bendición apostólica especial, prenda de alegría espiritual e íntima y de auténtica paz en el Señor.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
tras recibir la Ciudadanía de Honor
de Introd***

Miércoles, 16 de diciembre de 2009.

Señor presidente de la Región; señor alcalde; señores alcaldes; reverendo párroco; señores consejeros municipales; señoras y señores:

Es para mí motivo de gran alegría recibir la ciudadanía de honor del municipio de Introd, donde he podido pasar inolvidables períodos de descanso, rodeado del espléndido panorama alpino, que favorece el encuentro con el Creador y temple el espíritu. A la vez que dirijo a cada uno de vosotros mi cordial saludo, deseo agradecer en particular al presidente de la Región autónoma del Valle de Aosta, señor Augusto Rollandin, y al alcalde de Introd, señor Osvaldo Naudin, las amables palabras que me han dirigido en nombre de los presentes y de todos aquellos a quienes representan.

Considero la decisión del concejo municipal de Introd, que ha querido incluirme entre los ciudadanos de honor de su comunidad, como un signo de afecto de todos los *Introleans* y de los habitantes de todo el Valle de Aosta, que siempre me han dispensado una acogida calurosa y cordial, y, al mismo tiempo, discreta y respetuosa de mi descanso. Ahora puedo decir, con mayor razón, que me siento en casa en Introd, deliciosa localidad alpina a la que me unen felices y gratos recuerdos y un sentimiento de especial cercanía espiritual.

En este momento, me vienen a la mente muchos recuerdos, sobre todo el chalet, que estaba en medio de los bosques: un lugar de descanso espiritual, con un panorama espléndido, y un signo de afecto de la población, del alcalde y de todos vosotros. Podría con-

tar muchas cosas. En estos días hemos hablado de lo que se hace en invierno con el chalet: me alegra saber que está bien custodiado y protegido.

Me complace saber, por las palabras del alcalde, que mi presencia en el Valle de Aosta, y antes aún la de mi amado predecesor, Juan Pablo II, ha favorecido el crecimiento en la fe de esas poblaciones tan queridas para mí y ricas en tradiciones cristianas, que muestran tantos signos de vitalidad religiosa. Sé también que en el tronco antiguo de ese patrimonio espiritual la Iglesia que está en el Valle de Aosta, bajo la solícita dirección de su pastor, el querido monseñor Giuseppe Anfossi, no se cansa de injertar la “noticia” siempre nueva de Jesús, Verbo de Dios, que se hizo hombre para ofrecer a los hombres la alegría de vivir, ya en esta tierra,

la entusiastamente experiencia de ser hijos amados de Dios. Esta tarea resulta especialmente urgente en una sociedad que alimenta, sobre todo en las nuevas generaciones, espejismos y falsas esperanzas, pero a la que el Señor llama también hoy a transformarse en “familia” de los hijos de Dios, que viven con “un solo corazón y una sola alma” (*Hch* 4, 32) para testimoniar el amor a la vida y a los pobres.

Queridos amigos, a la vez que os renuevo mis sentimientos de afecto y gratitud, invoco la bendición de Dios sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre todo el Valle de Aosta. Que el Señor siga protegiendo a vuestras comunidades y a vuestra región, y que las ayude a construir un futuro que, poniendo a Dios en primer lugar, sea cada vez más justo, solidario y lleno de esperanzas.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la celebración de las Visperas de Adviento

Sábado, 28 de noviembre de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

Con esta celebración vespertina, entramos en el tiempo litúrgico del Adviento. En la lectura bíblica que acabamos de escuchar, tomada de la *primera*

carta a los Tesalonicenses, el apóstol san Pablo nos invita a preparar la “venida de nuestro Señor Jesucristo” (*1 Ts* 5, 23) conservándonos sin mancha, con la gracia de Dios. San Pablo usa precisamente la palabra “venida”, *parousia*, en latín *adventus*, de donde viene el término Adviento.

Reflexionemos brevemente sobre el significado de esta palabra, que se puede traducir por “presencia”, “llegada”,

“venida”. En el lenguaje del mundo antiguo era un término técnico utilizado para indicar la llegada de un funcionario, la visita del rey o del emperador a una provincia. Pero podía indicar también la venida de la divinidad, que sale de su escondimiento para manifestarse con fuerza, o que se celebra presente en el culto. Los cristianos adoptaron la palabra “Adviento” para expresar su relación con Jesucristo: Jesús es el Rey, que ha entrado en esta pobre “provincia” denominada tierra para visitar a todos; invita a participar en la fiesta de su Adviento a todos los que creen en él, a todos los que creen en su presencia en la asamblea litúrgica. Con la palabra *adventus*, se quería decir substancialmente: Dios está aquí, no se ha retirado del mundo, no nos ha dejado solos. Aunque no podamos verlo o tocarlo, como sucede con las realidades sensibles, él está aquí y viene a visitarnos de múltiples maneras.

Por lo tanto, el significado de la expresión “Adviento” comprende también el de *visitatio*, que simplemente quiere decir “visita”; en este caso, se trata de una visita de Dios: él entra en mi vida y quiere dirigirse a mí. En la vida cotidiana todos experimentamos que tenemos poco tiempo para el Señor y también poco tiempo para nosotros. Acabamos dejándonos absorber por el “hacer”. ¿No es verdad que con frecuencia es precisamente la actividad lo que nos domina, la sociedad con sus múltiples intereses lo que monopoliza nuestra atención? ¿No es verdad que se

dedica mucho tiempo al ocio y a todo tipo de diversiones? A veces las cosas nos “arrollan”.

El Adviento, este tiempo litúrgico fuerte que estamos comenzando, nos invita a detenernos, en silencio, para captar una presencia. Es una invitación a comprender que los acontecimientos de cada día son gestos que Dios nos dirige, signos de su atención por cada uno de nosotros. ¡Cuán a menudo nos hace percibir Dios un poco de su amor! Escribir -por decirlo así- un “diario interior” de este amor sería una tarea hermosa y saludable para nuestra vida. El Adviento nos invita y nos estimula a contemplar al Señor presente. La certeza de su presencia, ¿no debería ayudarnos a ver el mundo de otra manera? ¿No debería ayudarnos a considerar toda nuestra existencia como “visita”, como un modo en que él puede venir a nosotros y estar cerca de nosotros, en cualquier situación?

Otro elemento fundamental del Adviento es la espera, una espera que es al mismo tiempo esperanza. El Adviento nos impulsa a entender el sentido del tiempo y de la historia como “*kairós*”, como ocasión propicia para nuestra salvación. Jesús explicó esta realidad misteriosa en muchas parábolas: en la narración de los siervos invitados a esperar el regreso de su dueño; en la parábola de las vírgenes que esperan al esposo; o en las de la siembra y la siega. En la vida, el hombre está constantemente a la espera: cuando es niño

quiere crecer; cuando es adulto busca la realización y el éxito; cuando es de edad avanzada aspira al merecido descanso. Pero llega el momento en que descubre que ha esperado demasiado poco si, fuera de la profesión o de la posición social, no le queda nada más que esperar. La esperanza marca el camino de la humanidad, pero para los cristianos está animada por una certeza: el Señor está presente a lo largo de nuestra vida, nos acompaña y un día enjugará también nuestras lágrimas. Un día, no lejano, todo encontrará su cumplimiento en el reino de Dios, reino de justicia y de paz.

Existen maneras muy distintas de esperar. Si el tiempo no está lleno de un presente cargado de sentido, la espera puede resultar insoportable; si se espera algo, pero, en este momento, no hay nada, es decir, si el presente está vacío, cada instante que pasa parece exageradamente largo, y la espera se transforma en un peso demasiado grande, porque el futuro es del todo incierto. En cambio, cuando el tiempo está cargado de sentido, y, en cada instante, percibimos algo específico y positivo, entonces la alegría de la espera hace más valioso el presente. Queridos hermanos y hermanas, vivamos intensamente el presente, donde ya nos alcanzan los dones del Señor, vivámoslo proyectados hacia el futuro, un futuro lleno de esperanza. De este modo, el Adviento cristiano es una ocasión para despertar de nuevo en nosotros el sentido verdadero de la espera, volviendo al corazón de nuestra

fe, que es el misterio de Cristo, el Mesías esperado durante muchos siglos y que nació en la pobreza de Belén. Al venir entre nosotros, nos trajo y sigue ofreciéndonos el don de su amor y de su salvación. Presente entre nosotros, nos habla de muchas maneras: en la Sagrada Escritura, en el año litúrgico, en los santos, en los acontecimientos de la vida cotidiana, en toda la creación, que cambia de aspecto si detrás de ella se encuentra él o si está ofuscada por la niebla de un origen y un futuro inciertos.

Nosotros podemos dirigirle la palabra, presentarle los sufrimientos que nos entristecen, la impaciencia y las preguntas que brotan de nuestro corazón. Estamos seguros de que nos escucha siempre. Y si Jesús está presente, ya no existe un tiempo sin sentido y vacío. Si él está presente, podemos seguir esperando incluso cuando los demás ya no pueden asegurarnos ningún apoyo, incluso cuando el presente está lleno de dificultades.

Queridos amigos, el Adviento es el tiempo de la presencia y de la espera de lo eterno. Precisamente por esta razón es, de modo especial, el tiempo de la alegría, de una alegría interiorizada, que ningún sufrimiento puede eliminar. La alegría por el hecho de que Dios se ha hecho niño. Esta alegría, invisiblemente presente en nosotros, nos alienta a caminar confiados. La Virgen María, por medio de la cual nos ha sido dado el Niño Jesús, es modelo y sostén

de este íntimo gozo. Que ella, discípula fiel de su Hijo, nos obtenga la gracia de vivir este tiempo litúrgico vigilantes y activos en la espera. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Santa Misa con los miembros
de la Comisión Teológica
Internacional***

Capilla Paulina. Martes, 1 de diciembre de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras del Señor que acabamos de escuchar en el pasaje evangélico son un desafío para nosotros, los teólogos, o quizá sería mejor decir una invitación a un examen de conciencia: ¿Qué es la teología? ¿Qué somos nosotros, los teólogos? ¿Cómo hacer bien teología? Hemos escuchado que el Señor alaba al Padre porque ha ocultado el gran misterio del Hijo, el misterio trinitario, el misterio cristológico, a los sabios y a los doctos -ellos no lo han conocido-, y se lo ha revelado a los pequeños, a los *nè-pioi*, a los que no son doctos, a los que no tienen una amplia cultura. A ellos se les ha revelado este gran misterio.

Con estas palabras, el Señor describe sencillamente un hecho de su vida; un hecho que comienza ya en tiempos de su nacimiento, cuando los Magos de Oriente preguntan a los competentes, a los escribas, a los exegetas, cuál

es el lugar del nacimiento del Salvador, del Rey de Israel. Los escribas lo saben porque son grandes especialistas; pueden decir en seguida dónde va a nacer el Mesías: en Belén. Pero no se sienten invitados a ir: para ellos se queda en un conocimiento académico, que no afecta a su vida; se quedan fuera. Pueden dar informaciones, pero la información no se convierte en formación para su propia vida.

Más tarde, durante toda la vida pública del Señor nos encontramos con lo mismo. A los doctos, les resulta imposible comprender que este hombre no docto, galileo, pueda ser realmente el Hijo de Dios. Para ellos, es inaceptable que Dios, el grande, el único, el Dios del cielo y de la tierra, pueda estar presente en ese hombre. Lo saben todo, conocen también Isaías 53, todas las grandes profecías, pero el misterio sigue oculto. En cambio, es revelado a los pequeños, desde la Virgen María hasta los pescadores del lago de Galilea. Ellos lo conocen, como lo conoce el centurión romano al pie de la cruz: este es el Hijo de Dios.

Los hechos esenciales de la vida de Jesús no pertenecen sólo al pasado, sino que están presentes, de distintos modos, en todas las generaciones. También en nuestro tiempo, en los últimos doscientos años, observamos lo mismo. Hay grandes doctos, grandes especialistas, grandes teólogos, maestros de la fe, que nos han enseñado muchas cosas. Han penetrado en los detalles de

la Sagrada Escritura, de la historia de la salvación, pero no han podido ver el misterio mismo, el núcleo verdadero: que Jesús era realmente Hijo de Dios, que el Dios trinitario entra en nuestra historia, en un momento histórico determinado, en un hombre como nosotros. Lo esencial ha quedado oculto. Sería fácil citar grandes nombres de la historia de la teología de estos doscientos años, de los cuales hemos aprendido mucho, pero a los ojos de su corazón el misterio no se ha abierto.

En cambio, también en nuestro tiempo están los pequeños que han conocido ese misterio. Pensemos en santa Bernardita Soubirous; en santa Teresa de Lisieux, con su nueva lectura de la Biblia “no científica”, pero que entra en el corazón de la Sagrada Escritura; y en los santos y beatos de nuestro tiempo: santa Josefina Bakhita, la beata Teresa de Calcuta, san Damián de Veuster. Podríamos citar muchísimos.

De todo esto, surge la pregunta: ¿Por qué es así? ¿Acaso el cristianismo es la religión de los necios, de las personas sin cultura, sin formación? ¿Se apaga la fe donde se despierta la razón? ¿Cómo se explica esto? Quizá debemos mirar una vez más la historia. Es verdad lo que Jesús ha dicho, lo que se puede observar en todos los siglos. Sin embargo, hay una “especie” de pequeños que también son doctos. Al pie de la cruz, está la Virgen María, la humilde esclava de Dios y la gran mujer iluminada por Dios. Y también está Juan, pesca-

dor del lago de Galilea, pero es el Juan que la Iglesia con razón denominará “el teólogo”, porque realmente supo ver el misterio de Dios y anunciarlo: con ojo de águila, entró en la luz inaccesible del misterio divino. Así, también después de su resurrección, el Señor, en el camino de Damasco, toca el corazón de Saulo, que es uno de los doctos que no ven. Él mismo, en la primera carta a Timoteo, se define “ignorante” en ese tiempo, a pesar de su ciencia. Pero el Resucitado lo toca: se queda ciego y, al mismo tiempo, se convierte realmente en vidente, comienza a ver. El gran docto se hace pequeño y precisamente por eso ve la necedad de Dios que es sabiduría, sabiduría que supera todas las sabidurías humanas.

Podríamos seguir leyendo toda la historia de este modo. Hago sólo otra observación. Estos doctos sabios, *sofòì* y *sinetòi*, en la primera lectura aparecen de otro modo. Aquí *sofia* y *sínesis* son dones del Espíritu Santo que descansan sobre el Mesías, sobre Cristo. ¿Qué significa esto? Que hay dos usos de la razón y dos modos de ser sabios o pequeños. Hay un modo de usar la razón que es autónomo, que se pone por encima de Dios, en toda la gama de las ciencias, comenzando por las naturales, donde se universaliza un método adecuado para la investigación de la materia: en este método Dios no entra y, por lo tanto, Dios no existe. Y así, por último, sucede también en teología: se pesca en las aguas de la Sagrada Escritura con una red que permite

coger sólo peces de una determinada medida y todo lo que excede esa medida no entra en la red y, por lo tanto, no puede existir. De este modo, el gran misterio de Jesús, del Hijo que se hizo hombre, se reduce a un Jesús histórico: una figura trágica, un fantasma sin carne y hueso, un hombre que se quedó en el sepulcro, se corrompió y es realmente un muerto. El método sabe “captar” determinados peces, pero excluye el gran misterio, porque el hombre se pone a sí mismo como medida: tiene esta soberbia, que al mismo tiempo es una gran necedad, porque absolutiza algunos métodos no adecuados para las grandes realidades; entra en el espíritu académico que hemos visto en los escribas, que responden a los Reyes magos: no me afecta; sigo encerrado en mi existencia, que no se toca. Es la especialización que ve todos los detalles, pero ya no ve la totalidad.

Y está el otro modo de usar la razón, de ser sabios: el del hombre que reco-

noce quién es; reconoce su medida y la grandeza de Dios, abriéndose con humildad a la novedad de la acción de Dios. Así, precisamente aceptando su propia pequeñez, haciéndose pequeño como es realmente, llega a la verdad. De este modo, también la razón puede expresar todas sus posibilidades, no se apaga, sino que se ensancha, se hace más grande. Se trata de otra *sofia* y *sinesis*, que no excluye del misterio, sino que es comunión con el Señor en el que descansan sabiduría y conocimiento íntimo, y su verdad.

En este momento, pidamos al Señor que nos conceda la verdadera humildad; que nos dé la gracia de ser pequeños para poder ser realmente sabios; que nos ilumine; que nos haga ver su misterio de la alegría del Espíritu Santo; y que nos ayude a ser verdaderos teólogos, que pueden anunciar su misterio porque han sido tocados en la profundidad de su corazón, de su existencia. Amén.

MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la celebración de la XLIII
Jornada Mundial de la Paz el 1 de
enero de 2010***

“Si quieres promover la paz, protege la creación”

1. Con ocasión del comienzo del Año Nuevo, quisiera dirigir mis más fervientes deseos de paz a todas las comunidades cristianas, a los responsables de las Naciones, a los hombres y mujeres de buena voluntad de todo el mundo. El tema que he elegido para esta XLIII Jornada Mundial de la Paz es: *Si quieres*

promover la paz, protege la creación. El respeto a lo que ha sido creado tiene gran importancia, puesto que «la creación es el comienzo y el fundamento de todas las obras de Dios»[1], y su salvaguardia se ha hecho hoy esencial para la convivencia pacífica de la humanidad. En efecto, aunque es cierto que, a causa de la crueldad del hombre con el hombre, hay muchas amenazas a la paz y al auténtico desarrollo humano integral -guerras, conflictos internacionales y regionales, atentados terroristas y violaciones de los derechos humanos-, no son menos preocupantes los peligros causados por el descuido, e incluso por el abuso que se hace de la tierra y de los bienes naturales que Dios nos ha dado. Por este motivo, es indispensable que la humanidad renueve y refuerce «esa alianza entre ser humano y medio ambiente que ha de ser reflejo del amor creador de Dios, del cual procedemos y hacia el cual caminamos»[2].

2. En la Encíclica *Caritas in veritate*, he subrayado que el desarrollo humano integral está estrechamente relacionado con los deberes que se derivan de la *relación del hombre con el entorno natural*, considerado como un don de Dios para todos, cuyo uso comporta una responsabilidad común respecto a toda la humanidad, especialmente a los pobres y a las generaciones futuras. He señalado, además, que cuando se considera a la naturaleza, y al ser humano en primer lugar, simplemente como fruto del azar o del determinismo evolutivo, se corre el riesgo de que dismi-

nuya en las personas la conciencia de la responsabilidad[3]. En cambio, valorar la creación como un don de Dios a la humanidad nos ayuda a comprender la vocación y el valor del hombre. En efecto, podemos proclamar llenos de asombro con el Salmista: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder?» (*Sal 8,4-5*). Contemplar la belleza de la creación es un estímulo para reconocer el amor del Creador, ese amor que «mueve el sol y las demás estrellas»[4].

3. Hace veinte años, al dedicar el Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz al tema *Paz con Dios creador, paz con toda la creación*, el Papa, Juan Pablo II, llamó la atención sobre la relación que nosotros, como criaturas de Dios, tenemos con el universo que nos circunda. «En nuestros días, aumenta cada vez más la convicción -escribía- de que la paz mundial está amenazada, también [...] por la falta del debido respeto a la naturaleza», añadiendo que la *conciencia ecológica* «no debe ser obstaculizada, sino más bien favorecida, de manera que se desarrolle y madure encontrando una adecuada expresión en programas e iniciativas concretas»[5]. También otros Predecesores míos habían hecho referencia anteriormente a la relación entre el hombre y el medio ambiente. Pablo VI, por ejemplo, con ocasión del octogésimo aniversario de la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, en 1971, señaló que «debido a

una explotación inconsiderada de la naturaleza, [el hombre] corre el riesgo de destruirla y de ser a su vez víctima de esta degradación». Y añadió también que, en este caso, «no sólo el ambiente físico constituye una amenaza permanente: contaminaciones y desechos, nuevas enfermedades, poder destructor absoluto; es el propio consorcio humano el que el hombre no domina ya, creando de esta manera para el mañana un ambiente que podría resultarle intolerable. Problema social de envergadura que incumbe a la familia humana toda entera»[6].

4. Sin entrar en la cuestión de soluciones técnicas específicas, la Iglesia, «experta en humanidad», se preocupa de llamar la atención con energía sobre la relación entre el Creador, el ser humano y la creación. En 1990, Juan Pablo II habló de «crisis ecológica» y, destacando que ésta tiene un carácter predominantemente ético, hizo notar «la urgente necesidad moral de una nueva solidaridad»[7]. Este llamamiento se hace hoy todavía más apremiante ante las crecientes manifestaciones de una crisis, que sería irresponsable no tomar en seria consideración. ¿Cómo permanecer indiferentes ante los problemas que se derivan de fenómenos como el cambio climático, la desertificación, el deterioro y la pérdida de productividad de amplias zonas agrícolas, la contaminación de los ríos y de las capas acuíferas, la pérdida de la biodiversidad, el aumento de sucesos naturales extremos, la deforestación de las áreas

ecuatoriales y tropicales? ¿Cómo descuidar el creciente fenómeno de los llamados «prófugos ambientales», personas que deben abandonar el ambiente en que viven -y con frecuencia también sus bienes- a causa de su deterioro, para afrontar los peligros y las incógnitas de un desplazamiento forzado? ¿Cómo no reaccionar ante los conflictos actuales, y ante otros potenciales, relacionados con el acceso a los recursos naturales? Todas éstas son cuestiones que tienen una repercusión profunda en el ejercicio de los derechos humanos como, por ejemplo, el derecho a la vida, a la alimentación, a la salud y al desarrollo.

5. No obstante, se ha de tener en cuenta que no se puede valorar la crisis ecológica separándola de las cuestiones ligadas a ella, ya que está estrechamente vinculada al concepto mismo de desarrollo y a la visión del hombre y su relación con sus semejantes y la creación. Por tanto, resulta sensato hacer una *revisión profunda y con visión de futuro del modelo de desarrollo*, reflexionando además sobre el sentido de la economía y su finalidad, para corregir sus disfunciones y distorsiones. Lo exige el estado de salud ecológica del planeta; lo requiere también, y sobre todo, la crisis cultural y moral del hombre, cuyos síntomas son patentes desde hace tiempo en todas las partes del mundo. [8] La humanidad necesita una *profunda renovación cultural*; necesita *redescubrir esos valores que constituyen el fundamento sólido* sobre el cual construir un futuro mejor para todos. Las situa-

ciones de crisis por las que está actualmente atravesando -ya sean de carácter económico, alimentario, ambiental o social- son también, en el fondo, crisis morales relacionadas entre sí. Éstas obligan a replantear el camino común de los hombres. Obligan, en particular, a un modo de vivir caracterizado por la sobriedad y la solidaridad, con nuevas reglas y formas de compromiso, apoyándose con confianza y valentía en las experiencias positivas que ya se han realizado y rechazando con decisión las negativas. Sólo de este modo la crisis actual se convierte en *ocasión de discernimiento y de nuevas proyecciones*.

6. ¿Acaso no es cierto que en el origen de lo que, en sentido cósmico, llamamos «naturaleza», hay «un designio de amor y de verdad»? El mundo «no es producto de una necesidad cualquiera, de un destino ciego o del azar [...]. Procede de la voluntad libre de Dios que ha querido hacer participar a las criaturas de su ser, de su sabiduría y de su bondad»[9]. El *Libro del Génesis* nos remite en sus primeras páginas al proyecto sapiente del cosmos, fruto del pensamiento de Dios, en cuya cima se sitúan el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza del Creador para «llenar la tierra» y «dominarla» como «administradores» de Dios mismo (cf. *Gn* 1,28). La armonía entre el Creador, la humanidad y la creación que describe la Sagrada Escritura, se ha roto por el pecado de Adán y Eva, del hombre y la mujer, que pretendieron ponerse en el lugar de Dios, negándose a reconocerse

criaturas suyas. La consecuencia es que se ha distorsionado también el encargo de «dominar» la tierra, de «cultivarla y guardarla», y así surgió un conflicto entre ellos y el resto de la creación (cf. *Gn* 3,17-19). El ser humano se ha dejado dominar por el egoísmo, perdiendo el sentido del mandato de Dios, y en su relación con la creación, se ha comportado como explotador, queriendo ejercer sobre ella un dominio absoluto. Pero el verdadero sentido del mandato original de Dios, perfectamente claro en el *Libro del Génesis*, no consistía en una simple concesión de autoridad, sino más bien en una llamada a la responsabilidad. Por lo demás, la sabiduría de los antiguos reconocía que la naturaleza no está a nuestra disposición como si fuera un «montón de desechos esparcidos al azar»[10], mientras que la Revelación bíblica nos ha hecho comprender que la naturaleza es un don del Creador, el cual ha inscrito en ella su orden intrínseco para que el hombre pueda descubrir en él las orientaciones necesarias para «cultivarla y guardarla» (cf. *Gn* 2,15)[11]. Todo lo que existe pertenece a Dios, que lo ha confiado a los hombres, pero no para que dispongan arbitrariamente de ello. Por el contrario, cuando el hombre, en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios, lo suplanta, termina provocando la rebelión de la naturaleza, «más bien tiranizada que gobernada por él»[12]. Así, pues, el hombre tiene el deber de ejercer un gobierno responsable sobre la creación, protegiéndola y cultivándola[13].

7. Se ha de constatar por desgracia que numerosas personas, en muchos países y regiones del planeta, sufren crecientes dificultades a causa de la negligencia o el rechazo por parte de tantos a ejercer un gobierno responsable respecto al medio ambiente. El Concilio Ecueménico Vaticano II ha recordado que «Dios ha destinado la tierra y todo cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos»[14]. Por tanto, la herencia de la creación pertenece a la humanidad entera. En cambio, el ritmo actual de explotación pone en serio peligro la disponibilidad de algunos recursos naturales, no sólo para la presente generación, sino sobre todo para las futuras[15]. Así, pues, se puede comprobar fácilmente que el deterioro ambiental es frecuentemente el resultado de la falta de proyectos políticos de altas miras o de la búsqueda de intereses económicos miopes, que se transforman lamentablemente en una seria amenaza para la creación. Para contrarrestar este fenómeno, teniendo en cuenta que «*toda decisión económica tiene consecuencias de carácter moral*»[16], es también necesario que la actividad económica respete más el medio ambiente. Cuando se utilizan los recursos naturales, hay que preocuparse de su salvaguardia, previendo también sus costes -en términos ambientales y sociales-, que han de ser considerados como un capítulo esencial del costo de la misma actividad económica. Compete a la comunidad internacional y a los gobiernos nacionales dar las indicaciones oportunas para contrarrestar de

manera eficaz una utilización del medio ambiente que lo perjudique. Para proteger el ambiente, para tutelar los recursos y el clima, es preciso, por un lado, actuar respetando unas normas bien definidas incluso desde el punto de vista jurídico y económico y, por otro, tener en cuenta la solidaridad debida a quienes habitan las regiones más pobres de la tierra y a las futuras generaciones.

8. En efecto, parece urgente lograr una leal *solidaridad intergeneracional*. Los costes que se derivan de la utilización de los recursos ambientales comunes no pueden dejarse a cargo de las generaciones futuras: «Herederos de generaciones pasadas y beneficiándonos del trabajo de nuestros contemporáneos, estamos obligados para con todos y no podemos desinteresarnos de los que vendrán a aumentar todavía más el círculo de la familia humana. La solidaridad universal, que es un hecho y beneficio para todos, es también un deber. *Se trata de una responsabilidad que las generaciones presentes tienen respecto a las futuras*, una responsabilidad que incumbe también a cada Estado y a la Comunidad internacional»[17]. El uso de los recursos naturales debería hacerse de modo que las ventajas inmediatas no tengan consecuencias negativas para los seres vivientes, humanos o no, del presente y del futuro; que la tutela de la propiedad privada no entorpezca el destino universal de los bienes[18]; que la intervención del hombre no comprometa la fecundidad

de la tierra, para ahora y para el mañana. Además de la leal solidaridad intergeneracional, se ha de reiterar la urgente necesidad moral de una renovada *solidaridad intrageneracional*, especialmente en las relaciones entre países en vías de desarrollo y aquellos altamente industrializados: «la comunidad internacional tiene el deber imprescindible de encontrar los modos institucionales para ordenar el aprovechamiento de los recursos no renovables, con la participación también de los países pobres, y planificar así conjuntamente el futuro»[19]. *La crisis ecológica muestra la urgencia de una solidaridad que se proyecte en el espacio y el tiempo*. En efecto, entre las causas de la crisis ecológica actual, es importante reconocer la responsabilidad histórica de los países industrializados. No obstante, tampoco los países menos industrializados, particularmente aquellos emergentes, están eximidos de la propia responsabilidad respecto a la creación, porque el deber de adoptar gradualmente medidas y políticas ambientales eficaces incumbe a todos. Esto podría lograrse más fácilmente si no hubiera tantos cálculos interesados en la asistencia y la transferencia de conocimientos y tecnologías más limpias.

9. Es indudable que uno de los principales problemas que ha de afrontar la comunidad internacional es el de los recursos energéticos, buscando estrategias compartidas y sostenibles para satisfacer las necesidades de energía de esta generación y de las futuras. Para

ello, es necesario que las sociedades tecnológicamente avanzadas estén dispuestas a favorecer comportamientos caracterizados por la sobriedad, disminuyendo el propio consumo de energía y mejorando las condiciones de su uso. Al mismo tiempo, se ha de promover la búsqueda y las aplicaciones de energías con menor impacto ambiental, así como la «redistribución planetaria de los recursos energéticos, de manera que también los países que no los tienen puedan acceder a ellos»[20]. La crisis ecológica, pues, brinda una oportunidad histórica para elaborar una respuesta colectiva orientada a cambiar el modelo de desarrollo global siguiendo una dirección más respetuosa con la creación y de un desarrollo humano integral, inspirado en los valores propios de la caridad en la verdad. Por tanto, desearía que se adoptara un modelo de desarrollo basado en el papel central del ser humano, en la promoción y participación en el bien común, en la responsabilidad, en la toma de conciencia de la necesidad de cambiar el estilo de vida y en la prudencia, virtud que indica lo que se ha de hacer hoy, en previsión de lo que puede ocurrir mañana[21].

10. Para llevar a la humanidad hacia una gestión del medio ambiente y los recursos del planeta que sea sostenible en su conjunto, el hombre está llamado a emplear su inteligencia en el campo de la investigación científica y tecnológica y en la aplicación de los descubrimientos que se derivan de ella. La «nueva

solidaridad» propuesta por Juan Pablo II en el *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1990* [22], y la «solidaridad global», que he mencionado en el *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2009* [23], son actitudes esenciales para orientar el compromiso de tutelar la creación, mediante un sistema de gestión de los recursos de la tierra mejor coordinado en el ámbito internacional, sobre todo en un momento en el que va apareciendo cada vez de manera más clara la estrecha interrelación que hay entre la lucha contra el deterioro ambiental y la promoción del desarrollo humano integral. Se trata de una dinámica imprescindible, en cuanto «el desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad»[24]. Hoy son muchas las oportunidades científicas y las potenciales vías innovadoras, gracias a las cuales se pueden obtener soluciones satisfactorias y armoniosas para la relación entre el hombre y el medio ambiente. Por ejemplo, es preciso favorecer la investigación orientada a determinar el modo más eficaz para aprovechar la gran potencialidad de la energía solar. También merece atención la cuestión, que se ha hecho planetaria, del agua y el sistema hidrogeológico global, cuyo ciclo tiene una importancia de primer orden para la vida en la tierra, y cuya estabilidad puede verse amenazada gravemente por los cambios climáticos. Se han de explorar, además, estrategias apropiadas de desarrollo rural centradas en los pequeños agricultores y sus familias, así como es preciso preparar

políticas idóneas para la gestión de los bosques, para el tratamiento de los desperdicios y para la valorización de las sinergias que se dan entre los intentos de contrarrestar los cambios climáticos y la lucha contra la pobreza. Hacen falta políticas nacionales ambiciosas, completadas por un necesario compromiso internacional que aporte beneficios importantes, sobre todo a medio y largo plazo. En definitiva, es necesario superar la lógica del mero consumo para promover formas de producción agrícola e industrial que respeten el orden de la creación y satisfagan las necesidades primarias de todos. La cuestión ecológica no se ha de afrontar sólo por las perspectivas escalofrantes que se perfilan en el horizonte a causa del deterioro ambiental; el motivo ha de ser sobre todo la búsqueda de una auténtica solidaridad de alcance mundial, inspirada en los valores de la caridad, la justicia y el bien común. Por otro lado, como ya he tenido ocasión de recordar, «la técnica nunca es sólo técnica. Manifiesta quién es el hombre y cuáles son sus aspiraciones de desarrollo, expresa la tensión del ánimo humano hacia la superación gradual de ciertos condicionamientos materiales. *La técnica*, por lo tanto, *se inserta en el mandato de cultivar y guardar la tierra* (cf. Gn 2,15), que Dios ha confiado al hombre, y se orienta a reforzar esa alianza entre ser humano y medio ambiente que debe reflejar el amor creador de Dios»[25].

11. Cada vez se ve con mayor claridad que el tema del deterioro am-

biental cuestiona los comportamientos de cada uno de nosotros, los estilos de vida y los modelos de consumo y producción actualmente dominantes, con frecuencia insostenibles desde el punto de vista social, ambiental e incluso económico. Ha llegado el momento en que resulta indispensable un cambio de mentalidad efectivo, que lleve a todos a adoptar *nuevos estilos de vida*, «a tenor de los cuales, la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un desarrollo común, sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones»[26]. Se ha de educar cada vez más para construir la paz a partir de opciones de gran calado en el ámbito personal, familiar, comunitario y político. Todos somos responsables de la protección y el cuidado de la creación. Esta responsabilidad no tiene fronteras. Según el *principio de subsidiaridad*, es importante que todos se comprometan en el ámbito que les corresponda, trabajando para superar el predominio de los intereses particulares. Un papel de sensibilización y formación corresponde particularmente a los diversos sujetos de la sociedad civil y las Organizaciones no gubernativas, que se mueven con generosidad y determinación en favor de una responsabilidad ecológica, que debería estar cada vez más enraizada en el respeto de la «ecología humana». Además, se ha de requerir la responsabilidad de los medios de comunicación social en este campo, con el fin de proponer modelos

positivos en los que inspirarse. Por tanto, ocuparse del medio ambiente exige una visión amplia y global del mundo; un esfuerzo común y responsable para pasar de una lógica centrada en el interés nacionalista egoísta a una perspectiva que abarque siempre las necesidades de todos los pueblos. No se puede permanecer indiferentes ante lo que ocurre en nuestro entorno, porque la degradación de cualquier parte del planeta afectaría a todos. Las relaciones entre las personas, los grupos sociales y los Estados, al igual que los lazos entre el hombre y el medio ambiente, están llamadas a asumir el estilo del respeto y de la «caridad en la verdad». En este contexto tan amplio, es deseable más que nunca que los esfuerzos de la comunidad internacional por lograr un desarme progresivo y un mundo sin armas nucleares, que sólo con su mera existencia amenazan la vida del planeta, así como por un proceso de desarrollo integral de la humanidad de hoy y del mañana, sean de verdad eficaces y correspondidos adecuadamente.

12. *La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación y se siente en el deber de ejercerla también en el ámbito público, para defender la tierra, el agua y el aire, dones de Dios Creador para todos, y, sobre todo, para proteger al hombre frente al peligro de la destrucción de sí mismo. En efecto, la degradación de la naturaleza está estrechamente relacionada con la cultura que modela la convivencia humana, por lo que «cuando se respeta la “ecología*

humana” en la sociedad, también la *ecología ambiental se beneficia*»[27]. No se puede pedir a los jóvenes que respeten el medio ambiente, si no se les ayuda en la familia y en la sociedad a respetarse a sí mismos: el libro de la naturaleza es único, tanto en lo que concierne al ambiente como a la ética personal, familiar y social[28]. Los deberes respecto al ambiente se derivan de los deberes para con la persona, considerada en sí misma y en su relación con los demás. Por eso, aliento de buen grado la educación de una responsabilidad ecológica que, como he dicho en la Encíclica *Caritas in veritate*, salvaguarde una auténtica «ecología humana» y, por tanto, afirme con renovada convicción la inviolabilidad de la vida humana en cada una de sus fases, y en cualquier condición en que se encuentre, la dignidad de la persona y la insustituible misión de la familia, en la cual se educa en el amor al prójimo y el respeto por la naturaleza.[29] Es preciso salvaguardar el patrimonio humano de la sociedad. Este patrimonio de valores tiene su origen y está inscrito en la ley moral natural, que fundamenta el respeto de la persona humana y de la creación.

13. Tampoco se ha de olvidar el hecho, sumamente elocuente, de que muchos encuentran tranquilidad y paz, se sienten renovados y fortalecidos, al estar en contacto con la belleza y la armonía de la naturaleza. Así, pues, hay una cierta forma de reciprocidad: al cuidar la creación, vemos que Dios, a través de ella, cuida de nosotros. Por

otro lado, una correcta concepción de la relación del hombre con el medio ambiente no lleva a absolutizar la naturaleza ni a considerarla más importante que la persona misma. El Magisterio de la Iglesia manifiesta reservas ante una concepción del mundo que nos rodea inspirada en el ecocentrismo y el biocentrismo, porque dicha concepción elimina la diferencia ontológica y axiológica entre la persona humana y los otros seres vivientes. De este modo, se anula en la práctica la identidad y el papel superior del hombre, favoreciendo una visión igualitarista de la «dignidad» de todos los seres vivientes. Se abre así paso a un nuevo panteísmo con acentos neopaganos, que hace derivar la salvación del hombre exclusivamente de la naturaleza, entendida en sentido puramente naturalista. La Iglesia invita, en cambio, a plantear la cuestión de manera equilibrada, respetando la «gramática» que el Creador ha inscrito en su obra, confiando al hombre el papel de guardián y administrador responsable de la creación, papel del que ciertamente no debe abusar, pero del cual tampoco puede abdicar. En efecto, también la posición contraria de absolutizar la técnica y el poder humano termina por atentar gravemente, no sólo contra la naturaleza, sino también contra la misma dignidad humana[30].

14. *Si quieres promover la paz, protege la creación.* La búsqueda de la paz por parte de todos los hombres de buena voluntad se verá facilitada sin duda

por el reconocimiento común de la relación inseparable que existe entre Dios, los seres humanos y toda la creación. Los cristianos ofrecen su propia aportación, iluminados por la divina Revelación y siguiendo la Tradición de la Iglesia. Consideran el cosmos y sus maravillas a la luz de la obra creadora del Padre y de la redención de Cristo, que, con su muerte y resurrección, ha reconciliado con Dios «todos los seres: los del cielo y los de la tierra» (Col 1,20). Cristo, crucificado y resucitado, ha entregado a la humanidad su Espíritu santificador, que guía el camino de la historia, en espera del día en que, con la vuelta gloriosa del Señor, serán inaugurados «un cielo nuevo y una tierra nueva» (2 P 3,13), en los que habitarán por siempre la justicia y la paz. Por tanto, proteger el entorno natural para construir un mundo de paz es un deber de cada persona. He aquí un desafío urgente que se ha de afrontar de modo unánime con un renovado empeño; he aquí una oportunidad providencial para legar a las nuevas generaciones la perspectiva de un futuro mejor para todos. Que los responsables de las naciones sean conscientes de ello, así como los que, en todos los ámbitos, se interesan por el destino de la humanidad: la salvaguardia de la creación y la consecución de la paz son realidades íntimamente relacionadas entre sí. Por eso, invito a todos los creyentes a elevar una ferviente oración a Dios, Creador todopoderoso y Padre de misericordia, para que, en el corazón de cada hombre y de cada mujer resuene, se acoja y

se viva el apremiante llamamiento: *Si quieres promover la paz, protege la creación.*

Vaticano, 8 de diciembre de 2009

NOTAS:

- [1] Catecismo de la Iglesia Católica, 198.
- [2] Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2008, 7.
- [3] Cf. n. 48.
- [4] Dante Alighieri, *Divina Comedia*, Paraíso, XXXIII,145.
- [5] Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1990, 1.
- [6] Carta ap. *Octogesima adveniens*, 21.
- [7] Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1990 1990, 10.
- [8] Cf. Carta enc. *Caritas in veritate*, 32.
- [9] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 295.
- [10] Heráclito de Éfeso (535 a.C. ca. – 475 a.C. ca.), Fragmento 22B124, en H. Diels-W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Weidmann, Berlín 1952⁶.
- [11] Cf. Carta enc. *Caritas in veritate*, 48.
- [12] Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 37.
- [13] Cf. Carta enc. *Caritas in veritate*, 50.
- [14] Const. past. *Gaudium et spes*, 69.
- [15] Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 34.
- [16] Carta enc. *Caritas in veritate*, 37.
- [17] Pontificio Consejo «Justicia y Paz», *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 467;cf. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 17.
- [18] Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 30-31. 43.
- [19] Carta enc. *Caritas in veritate*, 49.
- [20] *Ibíd.*

- [21] Cf. Santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, II-II, q. 49, 5.
 [22] Cf. n. 9.
 [23] Cf. n. 8.
 [24] Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 43.
 [25] Carta enc. *Caritas in veritate*, 69.
 [26] Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 36.
 [27] Carta enc. *Caritas in veritate*, 51.
 [28] Cf. *ibíd.*, 15. 51.
 [29] Cf. *ibíd.*, 28. 51. 61; Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 38.39.
 [30] Cf. Carta enc. *Caritas in veritate*, 70.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
 para la 96ª Jornada Mundial del
 Emigrante y del Refugiado***

Tema: ***Los emigrantes y los refugiados menores de edad***

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la Jornada Mundial del emigrante y del refugiado me ofrece nuevamente la ocasión para manifestar la solicitud constante de la Iglesia por los que viven, de distintas maneras, la experiencia de la emigración. Se trata de un fenómeno que, como escribí en la encíclica *Caritas in veritate*, impresiona por el número de personas implicadas, por las problemáticas sociales, económicas, políticas, culturales y religiosas que plantea, y por los desafíos dramáticos que supone para las comunidades nacionales y para

la internacional. El emigrante es una persona humana con derechos fundamentales inalienables que todos deben respetar siempre (cf. n. 62). El tema de este año -"Los emigrantes y los refugiados menores de edad"- toca un aspecto al que los cristianos prestan gran atención, recordando la advertencia de Cristo, que en el juicio final considerará referido a Él mismo todo lo que se ha hecho o dejado de hacer "con uno sólo de estos más pequeños" (cf. *Mt* 25, 40-45). Y ¿cómo no considerar entre "los más pequeños" también a los emigrantes y los refugiados menores de edad? El propio Jesús de pequeño vivió la experiencia del emigrante porque, como narra el Evangelio, para huir de la amenaza de Herodes tuvo que refugiarse en Egipto junto con José y María (cf. *Mt* 2, 14).

Si la Convención de los Derechos del Niño afirma con claridad que hay que salvaguardar siempre el interés del menor (cf. art. 3), al cual hay que reconocer los derechos fundamentales de la persona de la misma manera que se reconocen al adulto, lamentablemente en la realidad, esto no siempre sucede. Aunque en la opinión pública crece la conciencia de la necesidad de una acción concreta e incisiva para la protección de los menores de edad, de hecho, muchos de ellos son abandonados y, de varias maneras, corren el riesgo de ser explotados. De la dramática condición en la que se encuentran se hizo intérprete mi venerado predecesor, Juan Pablo II, en el mensaje enviado el 22

de septiembre de 1990 al Secretario General de las Naciones Unidas con ocasión de la Cumbre Mundial para los Niños. “He sido testigo -escribió- de la desgarradora tragedia de millones de niños en los distintos continentes. Ellos son los más vulnerables porque son los que menos pueden hacer oír su voz” (*L'Osservatore Romano*, edición española, 14 de octubre de 1990, p. 11). Deseo de corazón que se dedique la debida atención a los emigrantes menores de edad, que necesitan un ambiente social que permita y favorezca su desarrollo físico, cultural, espiritual y moral. Vivir en un país extranjero sin puntos de referencia reales, les genera innumerables trastornos y dificultades, a veces graves, especialmente a los que se ven privados del apoyo de su familia.

Un aspecto típico de la emigración infantil es la situación de los chicos nacidos en los países de acogida o la de los hijos que no viven con sus padres, que emigraron después de su nacimiento, sino que se reúnen con ellos más tarde. Estos adolescentes forman parte de dos culturas, con las ventajas y las problemáticas ligadas a su doble pertenencia, una condición que, sin embargo, puede ofrecer la oportunidad de experimentar la riqueza del encuentro entre diferentes tradiciones culturales. Es importante que se les dé la posibilidad de acudir con regularidad a la escuela y de acceder posteriormente al mundo del trabajo, y que se facilite su integración social gracias a estructuras formativas y sociales oportunas. Nun-

ca hay que olvidar que la adolescencia representa una etapa fundamental para la formación del ser humano.

Una categoría especial de menores es la de los refugiados que piden asilo, huyendo por varias razones de su país, donde no reciben una protección adecuada. Las estadísticas revelan que su número está aumentando. Se trata, por tanto, de un fenómeno que hay que estudiar con atención y afrontar con acciones coordinadas, con medidas de prevención, protección y acogida adecuadas, de acuerdo con lo previsto en la Convención de los Derechos del Niño (cf. art. 22).

Me dirijo ahora especialmente a las parroquias y a las numerosas asociaciones católicas que, animadas por espíritu de fe y de caridad, realizan grandes esfuerzos para salir al encuentro de las necesidades de estos hermanos y hermanas nuestros. A la vez que expreso mi gratitud por todo lo que se está haciendo con gran generosidad, quiero invitar a todos los cristianos a tomar conciencia del desafío social y pastoral que plantea la condición de los menores emigrantes y refugiados. Resuenan en nuestro corazón las palabras de Jesús: “Era forastero y me acogisteis” (*Mt* 25, 35); como también el mandamiento central que Él nos dejó: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente, pero unido al amor al prójimo (cf. *Mt* 22, 37-39). Esto nos lleva a considerar que cada intervención concreta nuestra tiene que alimentarse

ante todo de fe en la acción de la gracia y de la divina Providencia. De este modo, también la acogida y la solidaridad con el extranjero, especialmente si se trata de niños, se convierte en anuncio del Evangelio de la solidaridad. La Iglesia lo proclama cuando abre sus brazos y actúa para que se respeten los derechos de los emigrantes y los refugiados, estimulando a los responsables de las naciones, de los organismos y de las instituciones internacionales para que promuevan iniciativas oportunas en su apoyo. Que la Santísima Virgen María vele maternalmente sobre todos y nos ayude a comprender las dificultades de quienes están lejos de su patria. A cuantos tienen relación con el vasto mundo de los emigrantes y refugiados, les aseguro mi oración e imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Vaticano, 16 de octubre de 2009

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a los Obispos de Vietnam con
ocasión del Año Jubilar***

A su excelencia monseñor, Pierre Nguyen van Nhon, Obispo de Dalat Presidente de la Conferencia episcopal de Vietnam

Al inicio de la celebración jubilar del 350° aniversario de la creación de los vicariatos apostólicos de Tonkin y de la Cochinchina, y del 50° aniversario de la institución de la jerarquía

católica en Vietnam, me uno de todo corazón a la alegría y a la acción de gracias de los obispos de vuestro país, con quienes tuve el placer de encontrarme el pasado mes de junio, y de todos sus diocesanos. Habéis querido que el inicio de esta celebración coincidiera con la fiesta de los ciento diecisiete gloriosos santos mártires de vuestro país. El recuerdo de su noble testimonio ayudará a todo el pueblo de Dios en Vietnam a intensificar su caridad, a aumentar su esperanza y a consolidar su fe, a veces probada en la vida diaria. Entre los mártires, destaca la figura singular de André Dung-Lac, cuyas virtudes sacerdotales son modelos luminosos para los sacerdotes y los seminaristas, seculares y regulares, de vuestro país. Que en este año sacerdotal su ejemplo y el de sus compañeros les infunda una energía espiritual renovada que les ayude a vivir su sacerdocio con mayor fidelidad a su vocación, en la comunión fraterna, en la celebración digna de los sacramentos de la Iglesia y en un apostolado dinámico e intenso.

Para la apertura de vuestra celebración, habéis escogido So-Kiên, en la archidiócesis de Hanoi, un lugar emblemático, que habla especialmente a vuestro corazón. Fue la sede del primer vicariato apostólico de Vietnam y todavía conserva preciosos vestigios de vuestros santos mártires así como sus nobles reliquias. Que en este año jubilar, ese lugar tan querido para vosotros ocupe el centro de una evan-

gelización profunda, que lleve a toda la sociedad vietnamita los valores evangélicos de la caridad, la verdad, la justicia y la rectitud. Estos valores, vividos en el seguimiento de Cristo, adquieren una dimensión nueva que supera su sentido moral tradicional, cuando se arraigan en Dios, que desea el bien de todo hombre y que quiere su felicidad.

El año jubilar es un tiempo de gracia propicio para la reconciliación con Dios y con el prójimo. Con este fin, conviene reconocer las faltas que hemos cometido, en el pasado y en el presente, contra los hermanos en la fe y contra los hermanos compatriotas, y pedir perdón por ellas. Al mismo tiempo, conviene tomar la decisión de profundizar y enriquecer la comunión eclesial y edificar una sociedad justa, solidaria y equitativa mediante el diálogo auténtico, el respeto mutuo y la sana colaboración. El jubileo también es un tiempo especial para renovar el anuncio del Evangelio a los conciudadanos y para ser cada vez más una Iglesia de comunión y misión.

Toda la Iglesia en Vietnam se ha preparado a la celebración del jubileo con una novena de oración a fin de que este acontecimiento excepcional sea agradable a Dios, contribuya al crecimiento espiritual de todos los fieles y consolide la misión de la Iglesia. Pienso naturalmente en los religiosos y religiosas que desean dar testimonio con su vida de

la radicalidad evangélica a través del carisma de sus respectivos fundadores. Que sigan creciendo en Dios mediante una vida espiritual más profunda, con fidelidad a su vocación y con un apostolado fecundo siguiendo a Cristo. Expreso igualmente mi afecto paterno a todos los fieles laicos vietnamitas. Los tengo presentes en mi recuerdo y en mi oración diaria. Es necesario que se comprometan más profunda y activamente en la vida y en la misión de la Iglesia.

Queridos hermanos en el episcopado, pido al Señor que os ilumine y os guíe para que, siguiendo el ejemplo de nuestro Señor y Maestro, seáis buenos pastores (cf. *Jn* 10, 11-16) que se dediquen a apacentar sus ovejas, a alentarlas y cuidarlas cuando sea necesario, y obispos que den testimonio con valentía y perseverancia de la grandeza de Dios y de la belleza de la vida en Cristo.

Que Nuestra Señora de La Vang, tan amada por todos los creyentes de vuestra nación, os acompañe con su ternura maternal a lo largo de este año. Le envío, monseñor, mi afectuosa bendición apostólica, que extendiendo de buen grado a los obispos, a los sacerdotes y a los seminaristas, a los religiosos y a las religiosas, como también a todos los fieles de Vietnam y a todas las personas que se unan de cerca o de lejos a la alegría de vuestras celebraciones.

Vaticano, 17 de noviembre de 2009

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a su Santidad Bartolomé I,
Patriarca de Constantinopla***

A Su Santidad, Bartolomé I, Arzobispo de Constantinopla Patriarca ecuménico

Con gran alegría me dirijo a usted, con ocasión de la visita de la delegación encabezada por mi venerado hermano, el cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, a quien he encomendado la tarea de transmitirle mi afectuoso saludo fraterno en la fiesta de san Andrés, hermano de san Pedro y patrono del Patriarcado ecuménico.

En esta dichosa ocasión, en la que conmemoramos el nacimiento a la vida eterna del apóstol san Andrés, cuyo testimonio de fe en el Señor culminó en el martirio, extendiendo también mi saludo respetuoso al Santo Sínodo, al clero y a todos los fieles, que bajo su solicitud pastoral y su guía siguen testimonian-do el Evangelio de Jesucristo.

El recuerdo de los santos mártires impulsa a todos los cristianos a dar testimonio de su fe ante el mundo. Esta llamada es especialmente urgente en nuestro tiempo, en el que el cristianismo afronta desafíos cada vez más complejos. Seguramente el testimonio de los cristianos sería más creíble si todos los creyentes en Cristo fueran “un solo corazón y una sola alma” (*Hch* 4, 32).

En las últimas décadas, nuestras Iglesias se han comprometido sinceramente a proseguir por el camino hacia el restablecimiento de la comunión plena y, aunque todavía no hemos logrado nuestro objetivo, se han dado muchos pasos que nos han permitido estrechar los vínculos entre nosotros. Nuestra amistad creciente y el respeto mutuo, así como la voluntad de encontrarnos y de reconocernos los unos a los otros como hermanos en Cristo, no deben verse entorpecidos por quienes permanecen apegados al recuerdo de divergencias históricas, que les impiden abrirse al Espíritu Santo que guía a la Iglesia y puede transformar todas las debilidades humanas en oportunidades para el bien.

Esta apertura ha caracterizado el trabajo de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico, que el mes pasado celebró en Chipre su undécima sesión plenaria. La reunión estuvo marcada por un espíritu de solemne compromiso y un afectuoso sentimiento de cercanía. Quiero expresar una vez más mi gratitud sincera a la Iglesia de Chipre por su generosísima acogida y hospitalidad. Es muy alentador el hecho de que, a pesar de las dificultades y los malentendidos, todas las Iglesias que componen esta comisión internacional hayan expresado su intención de seguir adelante con el diálogo.

El tema de la sesión plenaria -“El papel del Obispo de Roma en la comunión de la Iglesia en el primer

milenio”-, ciertamente es complejo y requerirá un estudio amplio y un diálogo paciente si queremos aspirar a una integración compartida de las tradiciones de Oriente y de Occidente. La Iglesia católica comprende el ministerio petrino como un don de Dios a su Iglesia. Este ministerio no debe interpretarse desde una perspectiva de poder, sino en el ámbito de una eclesiología de comunión, como un servicio a la unidad en la verdad y en la caridad. El Obispo de la Iglesia de Roma, que preside en la caridad (san Ignacio de Antioquía), se entiende como el *Servus servorum Dei* (san Gregorio Magno). Por eso, como escribió mi venerable predecesor, el siervo de Dios, Juan Pablo II, y como reiteraré con ocasión de mi visita a El Fanar en noviembre de 2006, se trata de buscar juntos, inspirándonos en el modelo del primer milenio, las formas en que el ministerio del Obispo de Roma pueda realizar un servicio de amor reconocido por unos y otros (cf. *Ut unum sint*, 95). Por lo tanto, pidamos al Señor que nos bendiga y que el Espíritu Santo nos guíe a lo largo de este camino difícil pero prometedor.

En cualquier caso, mientras recorremos este camino hacia la comunión plena, ya debemos dar un testimonio común, cooperando al servicio de la humanidad, especialmente defendiendo la dignidad de la persona humana, afirmando los valores éticos fundamentales, promoviendo la justicia y la paz, y respondiendo a los sufrimientos que

siguen afligiendo a nuestro mundo, especialmente el hambre, la pobreza, el analfabetismo y la distribución injusta de los recursos.

Además, nuestras Iglesias pueden cooperar para llamar la atención sobre la responsabilidad de la humanidad respecto de la salvaguarda de la creación. Al respecto, expreso de nuevo mi aprecio por las numerosas y valiosas iniciativas que usted, Santidad, ha apoyado y alentado, y que han testimoniado el don de la creación. El reciente simposio internacional sobre “Religión, ciencia y medio ambiente” dedicado al río Misisipi, y sus encuentros en Estados Unidos con personalidades destacadas del mundo político, cultural y religioso, son un ejemplo de su empeño.

Santidad, en la solemnidad del gran Apóstol san Andrés, le expreso mi estima respetuosa y mi cercanía espiritual a usted y al Patriarcado ecuménico, e invoco al Dios uno y trino para que conceda abundantes bendiciones de gracia y luz a su elevado ministerio para bien de la Iglesia.

Con estos sentimientos, le envió un abrazo fraterno en nombre de nuestro único Señor Jesucristo, y renuevo mi oración para que la paz y la gracia de nuestro Señor estén con usted y con cuantos han sido encomendados a su eminente guía pastoral.

Vaticano, 25 de noviembre de 2009

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
al Congreso sobre el tema “Del
telescopio de Galileo a la cosmología
evolutiva”***

*Al venerado hermano, Monseñor Rino
Fisichella, Rector magnífico de la Ponti-
ficia Universidad Lateranense*

Me alegra dirigir mi saludo a todos los participantes en el Congreso internacional sobre el tema “Del telescopio de Galileo a la cosmología evolutiva. Ciencia, filosofía y teología en diálogo”. Lo saludo en particular a usted, venerado hermano, que se ha hecho promotor de este importante momento de reflexión, en el contexto del “Año internacional de la astronomía”, para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del telescopio. Mi pensamiento se dirige también al profesor Nicola Cabibbo, presidente de la Academia pontificia de ciencias, que ha colaborado en la preparación de ese congreso. Saludo cordialmente a las personalidades procedentes de distintos países del mundo que, con su presencia, cualifican estas jornadas de estudio.

Cuando se abre el *Sidereus nuncius* y se leen las primeras expresiones de Galileo, se percibe en seguida la maravilla del científico de Pisa ante cuanto él mismo había realizado: “Grandes cosas -escribe en este breve tratado propongo a la observación y a la contemplación de los estudiosos de la naturaleza. Grandes, digo, tanto por la excelencia de la materia en sí misma, como por la novedad nunca oída en los siglos, y por el instrumento a

través del cual estas mismas cosas se han manifestado a nuestro sentido” (Galileo Galilei, *Sidereus nuncius*, 1610, tr. P.A. Giustini, Lateran University Press 2009, p. 89). Era el año 1609 cuando Galileo apuntó por primera vez hacia el cielo con un instrumento “diseñado por mí -escribo- iluminándome antes la gracia divina”: el telescopio. Lo que se presentó a su mirada es fácil imaginarlo; la maravilla se transformó en emoción y esta en entusiasmo, que le llevó a escribir: “Gran cosa es ciertamente añadir a la inmensa multitud de las estrellas fijas, que con la natural facultad visual han podido observarse hasta hoy, otras innumerables estrellas, nunca vistas antes y que superan más de diez veces el número de las estrellas antiguas ya observadas” (*ib.*). El científico pudo observar, con sus propios ojos, algo que, hasta ese momento, sólo era fruto de hipótesis controvertidas. No se equivoca quien piensa que el alma profundamente creyente de Galileo, ante esa visión se abrió casi naturalmente a la oración de alabanza, haciendo suyos los sentimientos del Salmista: “¿Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! (...) Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder? ... le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies” (*Sal* 8, 1.4-5.7).

Con este descubrimiento, aumentó en la cultura la conciencia de que se encontraba ante un punto crucial de la historia de la humanidad. La ciencia se

convertía en algo distinto de como los antiguos la habían pensado siempre. Gracias a Aristóteles se había llegado al conocimiento cierto de los fenómenos partiendo de principios evidentes y universales; ahora Galileo mostraba concretamente cómo acercarse y observar los propios fenómenos, para comprender sus causas secretas. El método deductivo cedía el paso al inductivo y abría el camino a la experimentación. El concepto de ciencia que había durado siglos ahora se modificaba, emprendiendo el camino hacia una concepción moderna del mundo y del hombre. Galileo se había adentrado en las sendas desconocidas del universo; abría la puerta para observar espacios cada vez más inmensos. Probablemente más allá de sus intenciones, el descubrimiento del científico de Pisa permitía también retroceder en el tiempo, suscitando interrogantes sobre el origen mismo del cosmos y poniendo de manifiesto que también el universo, salido de las manos del Creador, tiene su historia; que “gime y sufre dolores de parto” -por usar la expresión del apóstol san Pablo- con la esperanza de ser liberado “de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (*Rm* 8, 21-22).

También hoy el universo sigue suscitando interrogantes a los que la simple observación, sin embargo, no consigue dar una respuesta satisfactoria: por sí solas las ciencias naturales y físicas no bastan. De hecho, el análisis de los fenómenos, si se queda cerrado en sí

mismo, corre el riesgo de presentar el cosmos como un enigma irresoluble: la materia posee una inteligibilidad capaz de hablar a la inteligencia del hombre y de indicar un camino que va más allá del simple fenómeno. Es la lección de Galileo la que lleva a esta consideración. ¿Acaso no era el científico de Pisa quien sostenía que Dios ha escrito el libro de la naturaleza en la forma del lenguaje matemático? Y sin embargo, la matemática es una invención del espíritu humano para comprender la creación. Pero si la naturaleza está realmente estructurada con un lenguaje matemático y la matemática inventada por el hombre puede llegar a comprenderlo, eso significa que se ha verificado algo extraordinario: la estructura objetiva del universo y la estructura intelectual del sujeto humano coinciden, la razón subjetiva y la razón objetivada en la naturaleza son idénticas. En definitiva, es “una” razón que las une a ambas y que invita a mirar a una única Inteligencia creadora (cf. Benedicto XVI, *Discurso a los jóvenes de la diócesis de Roma*, 6 de abril de 2006: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de abril de 2006, p. 7).

Los interrogantes sobre la inmensidad del universo, sobre su origen y sobre su fin, como también sobre su comprensión, no admiten una única respuesta de carácter científico. Quien mira al cosmos, siguiendo la lección de Galileo, no podrá detenerse sólo en aquello que observa con el telescopio; deberá ir más allá, interrogándose sobre

el sentido y el fin al que se orienta toda la creación. La filosofía y la teología, en esta fase, revisten un papel importante para allanar el camino hacia ulteriores conocimientos. Ante los fenómenos y la belleza de la creación la filosofía busca, con su razonamiento, entender la naturaleza y la finalidad última del cosmos. La teología, fundada en la Palabra revelada, escruta la belleza y la sabiduría del amor de Dios, que ha dejado sus huellas en la naturaleza creada (cf. santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, ia. q. 45, a. 6). En este movimiento gnoseológico están implicadas tanto la razón como la fe; ambas ofrecen su luz. Cuanto más aumenta el conocimiento de la complejidad del cosmos, tanto más requiere una pluralidad de instrumentos capaces de poder satisfacerla; no se vislumbra ningún conflicto en el horizonte entre los varios conocimientos científicos y los filosóficos y teológicos; al contrario, sólo en la medida en que estos conocimientos consigan entrar en diálogo e intercambiarse sus respectivas competencias serán capaces de presentar a los hombres de hoy resultados verdaderamente eficaces.

El descubrimiento de Galileo fue una etapa decisiva para la historia de la humanidad. De ella, han surgido otras grandes conquistas, con la invención de instrumentos que hacen precioso el progreso tecnológico al que se ha llegado. Desde los satélites que observan las diversas fases del universo, el cual paradójicamente resulta cada vez más pequeño, hasta las máquinas más so-

fisticadas utilizadas para la ingeniería biomédica, todo muestra la grandeza del intelecto humano, que, según el mandato bíblico, está llamado a “dominar” toda la creación (cf. *Gn* 1, 28), a “cultivarla” y a “custodiarla” (cf. *Gn* 2, 15). Sin embargo, todas esas conquistas entrañan siempre un riesgo sutil: que el hombre confíe sólo en la ciencia y se olvide de levantar la mirada más allá de sí mismo hacia el Ser trascendente, Creador de todo, que, en Jesucristo, ha revelado su rostro de Amor. Estoy seguro de que la interdisciplinariedad con la que se realiza este congreso permitirá comprender la importancia de una visión unitaria, fruto de un trabajo común para el verdadero progreso de la ciencia en la contemplación del cosmos.

Acompaño de buen grado, venerado hermano, vuestro compromiso académico, pidiendo al Señor que bendiga estas jornadas, como también la investigación de cada uno de vosotros.

Vaticano, 26 de noviembre de 2009

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
al Congreso “Dios hoy. Con Él o sin
Él todo cambia”. Roma, del 10 al 12
de diciembre de 2009***

*Al venerado hermano Señor cardenal,
Angelo Bagnasco. Arzobispo metropolitano
de Génova Presidente de la Conferencia
episcopal italiana*

Con ocasión del congreso “Dios hoy. Con él o sin él todo cambia”, que se celebra en Roma del 10 al 12 de diciembre, deseo manifestarle a usted, venerado hermano, a la Conferencia episcopal italiana y, en particular, al comité para el proyecto cultural, vivo aprecio por esa importante iniciativa, que aborda uno de los grandes temas que desde siempre fascinan e interrogan al espíritu humano. La cuestión de Dios es central también para nuestra época, en la que, a menudo, se tiende a reducir al hombre a una sola dimensión, la “horizontal”, considerando irrelevante para su vida la apertura a lo Trascendente. La relación con Dios, en cambio, es esencial para el camino de la humanidad y, como he afirmado muchas veces, la Iglesia y todo cristiano tienen precisamente la tarea de hacer presente a Dios en este mundo, de tratar de abrir a los hombres el acceso a Dios.

En esta perspectiva, se plantea el congreso internacional de estos días. La amplitud del enfoque de la importante temática que caracteriza el encuentro permitirá trazar un cuadro rico y articulado de la cuestión de Dios, pero, sobre todo, será un estímulo para una profunda reflexión sobre el lugar que ocupa Dios en la cultura y en la vida de nuestro tiempo. Por una parte, se pretende mostrar los diversos caminos que llevan a afirmar la verdad sobre la existencia de Dios, el Dios que la humanidad siempre ha conocido de algún modo, aun en los claroscuros de

su historia, y que se reveló con el esplendor de su rostro en la alianza con el pueblo de Israel y, más allá de toda medida y esperanza, de modo pleno y definitivo en Jesucristo. Éste es el Hijo de Dios, el Viviente que entra en la vida y en la historia del hombre para iluminarlas con su gracia, con su presencia. Por otra parte, se quiere destacar precisamente la importancia esencial que Dios tiene para nosotros, para nuestra vida personal y social, para la comprensión de nosotros mismos y del mundo, para la esperanza que ilumina nuestro camino, para la salvación que nos espera más allá de la muerte.

Hacia estos objetivos, se dirigen las numerosas intervenciones, según las múltiples perspectivas que serán objeto de estudio y de debate: desde la reflexión filosófica y teológica hasta el testimonio de las grandes religiones; desde el impulso hacia Dios, que se expresa en la música, en las letras, en las artes figurativas, en el cine y en la televisión, hasta el desarrollo de las ciencias, que tratan de leer en profundidad los mecanismos de la naturaleza, fruto de la obra inteligente de Dios Creador; desde el análisis de la experiencia personal de Dios hasta la consideración de las dinámicas sociales y políticas de un mundo ya globalizado.

En una situación cultural y espiritual como la que estamos viviendo, donde crece la tendencia a relegar a Dios en la esfera privada, a considerarlo como irrelevante o superfluo, o

a rechazarlo explícitamente, deseo de corazón que este congreso contribuya al menos a disipar la penumbra que hace precaria y temerosa para el hombre de nuestro tiempo la apertura a Dios, aunque él no cesa nunca de llamar a nuestra puerta. Las experiencias del pasado, incluso del reciente, enseñan que, cuando Dios desaparece del horizonte del hombre, la humanidad pierde la orientación y corre el riesgo de caminar hacia su propia destrucción. La fe en Dios abre al hombre el horizonte de una esperanza cierta, que no defrauda; indica un fundamento sólido sobre el cual poder apoyar la

vida sin temor; pide abandonarse con confianza en las manos del Amor que sostiene el mundo.

A usted, señor cardenal, a cuantos han contribuido a preparar el congreso, a los ponentes y a todos los participantes va mi cordial saludo con el deseo de pleno éxito de la iniciativa. Acompaño los trabajos con la oración y con mi bendición apostólica, propiciadora de la luz de lo alto que nos hace capaces de encontrar en Dios nuestro tesoro y nuestra esperanza.

Vaticano, 7 de diciembre de 2009

CARTA APOSTÓLICA - MOTU PROPRIO

CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE «MOTU PROPRIO» **OMNIUM IN MENTEM** DEL SUMO PONTÍFICE, BENEDICTO XVI, CON LA CUAL SE MODIFICAN ALGUNAS NORMAS DEL CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO

La constitución apostólica *Sacrae disciplinae leges*, promulgada el 25 de enero de 1983, llamó la atención de todos sobre el hecho de que la Iglesia, en cuanto comunidad al mismo tiempo espiritual y visible, y ordenada jerárquicamente, necesita normas jurídicas «para que el ejercicio de las funciones que le han sido confiadas divinamente, sobre todo la de la sagrada potestad y la de la administración de los sacramentos, se lleve a cabo de forma adecuada». En esas normas, es necesario que

resplandezca siempre, por una parte, la unidad de la doctrina teológica y de la legislación canónica y, por otra, la utilidad pastoral de las prescripciones, mediante las cuales las disposiciones eclesíásticas están ordenadas al bien de las almas.

A fin de garantizar más eficazmente tanto esta necesaria unidad doctrinal como la finalidad pastoral, a veces la autoridad suprema de la Iglesia, después de ponderar las razones, decide

los cambios oportunos de las normas canónicas, o introduce en ellas alguna integración. Esta es la razón que nos lleva a redactar la presente Carta, que concierne a dos cuestiones.

En primer lugar, en los cánones 1008 y 1009 del *Código de derecho canónico* sobre el sacramento del Orden, se confirma la distinción esencial entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial y, al mismo tiempo, se pone en relieve la diferencia entre episcopado, presbiterado y diaconado. Ahora, en cambio, después de que, habiendo oído a los padres de la Congregación para la doctrina de la fe, nuestro venerado predecesor, Juan Pablo II, estableció que se debía modificar el texto del número 1581 del *Catecismo de la Iglesia católica*, con el fin de retomar más adecuadamente la doctrina sobre los diáconos de la constitución dogmática *Lumen gentium* (n. 29) del concilio Vaticano II, también Nos consideramos que se debe perfeccionar la norma canónica que atañe a esta misma materia. Por lo tanto, oído el parecer del Consejo pontificio para los textos legislativos, establecemos que las palabras de dichos cánones se modifiquen como se indica sucesivamente.

Además, dado que los sacramentos son los mismos para toda la Iglesia, compete únicamente a la autoridad suprema aprobar y definir los requisitos para su validez, y también determinar lo que se refiere al rito que es necesario observar en la celebración de los mis-

mos (cf. can. 841), todo lo cual ciertamente vale también para la forma que debe observarse en la celebración del matrimonio, si al menos uno de los contrayentes ha sido bautizado en la Iglesia católica (cf. cann. 11 y 1108).

El *Código de derecho canónico* establece, sin embargo, que los fieles que se han separado de la Iglesia por “acto formal”, no están sujetos a las leyes eclesiásticas relativas a la forma canónica del matrimonio (cf. can. 1117), a la dispensa del impedimento de disparidad de culto (cf. can. 1086) y a la licencia requerida para los matrimonios mixtos (cf. can. 1124). La razón y el fin de esta excepción a la norma general del canon 11 tenía como finalidad evitar que los matrimonios contraídos por aquellos fieles fuesen nulos por defecto de forma, o bien por impedimento de disparidad de culto.

Con todo, la experiencia de estos años ha mostrado, por el contrario, que esta nueva ley ha generado no pocos problemas pastorales. En primer lugar, ha parecido difícil la determinación y la configuración práctica, en los casos particulares, de este *acto formal de separación* de la Iglesia, sea en cuanto a su sustancia teológica, sea en cuanto al aspecto canónico. Además, han surgido muchas dificultades tanto en la acción pastoral como en la praxis de los tribunales. De hecho, se observaba que de la nueva ley parecían derivar, al menos indirectamente, una cierta facilidad o, por decir así, un incentivo a la

apostasía en aquellos lugares donde los fieles católicos son escasos en número, o donde rigen leyes matrimoniales injustas, que establecen discriminaciones entre los ciudadanos por motivos religiosos; además, esa nueva ley hacía difícil el retorno de aquellos bautizados que deseaban vivamente contraer un nuevo matrimonio canónico, después del fracaso del anterior; por último, omitiendo otras cosas, para la Iglesia muchísimos de estos matrimonios se convertían de hecho en matrimonios denominados clandestinos.

Considerado todo esto, y evaluados cuidadosamente los pareceres tanto de los padres de la Congregación para la doctrina de la fe y del Consejo pontificio para los textos legislativos, como también de las Conferencias episcopales que han sido consultadas sobre la utilidad pastoral de conservar o abrogar esta excepción a la norma general del canon 11, ha parecido necesario abolir esta regla introducida en el cuerpo de las leyes canónicas actualmente vigente.

Establecemos, por lo tanto, eliminar del mismo *Código* las palabras: «y no se ha apartado de ella por acto formal» del canon 1117, «y no se ha apartado de ella por acto formal» del canon 1086 §1, como también «y no se haya apartado de ella mediante un acto formal» del canon 1124.

Por eso, habiendo oído al respecto a la Congregación para la doctrina de la fe y al Consejo pontificio para los textos

legislativos y pedido también el parecer de nuestros venerables hermanos cardenales de la santa Iglesia romana responsables de los dicasterios de la Curia romana, establecemos cuanto sigue:

Art. 1. El texto del canon 1008 del *Código de derecho canónico* se ha de modificar de manera que, de ahora en adelante, resulte así:

«Mediante el sacramento del Orden, por institución divina, algunos de entre los fieles quedan constituidos ministros sagrados, al ser marcados con un carácter indeleble, y así son consagrados y destinados a servir, según el grado de cada uno, con nuevo y peculiar título, al pueblo de Dios».

Art. 2. El canon 1009 del *Código de derecho canónico* de ahora en adelante tendrá tres párrafos, en el primero y en el segundo de los cuales se mantendrá el texto del canon vigente, mientras que en el tercero el nuevo texto se redactará de manera que el canon 1009 §3 resulte así:

«Aquéllos que han sido constituidos en el orden del episcopado o del presbiterado reciben la misión y la facultad de actuar en la persona de Cristo Cabeza; los diáconos, en cambio, son habilitados para servir al pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la palabra y de la caridad».

Art. 3. El texto del canon 1086 §1 del *Código de derecho canónico* queda modificado así:

«Es inválido el matrimonio entre dos personas, una de las cuales fue bautizada en la Iglesia católica o recibida en su seno, y otra no bautizada».

Art. 4. El texto del canon 1117 del *Código de derecho canónico* queda modificado así:

«La forma arriba establecida se ha de observar si al menos uno de los contrayentes fue bautizado en la Iglesia católica o recibido en ella, sin perjuicio de lo establecido en el canon 1127 §2».

Art. 5. El texto del canon 1124 del *Código de derecho canónico* queda modificado así:

«Está prohibido, sin licencia expresa de la autoridad competente, el matri-

monio entre dos personas bautizadas, una de las cuales haya sido bautizada en la Iglesia católica o recibida en ella después del bautismo, y otra adscrita a una Iglesia o comunidad eclesial que no se halle en comunión plena con la Iglesia católica».

Cuanto hemos deliberado con esta carta apostólica en forma de *motu proprio*, ordenamos que tenga firme y estable vigor, no obstante cualquier disposición contraria aunque sea digna de particular mención, y que se publique en el comentario oficial *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 26 del mes de octubre del año 2009, quinto de nuestro pontificado.

SECRETARÍA GENERAL

SECRETARÍA DE ESTADO

Mensaje del Cardenal Secretario de Estado, en nombre del Santo Padre, Benedicto XVI, a la Presidenta de la II Conferencia de examen de la convención sobre la prohibición del empleo, almacenamiento, producción y transporte de las minas antipersona y su destrucción

A la Excelentísima Presidenta de la II Conferencia de Examen de la Convención sobre la prohibición del empleo, almacenamiento, producción y transporte de las minas antipersonal y su destrucción.

Su Santidad, Benedicto XVI, saluda cordialmente a los organizadores y participantes en esa Conferencia, manifestando su interés y atención por sus trabajos, que no tratan solamente de responder a los graves problemas humanitarios que plantean las minas antipersonal y reforzar el derecho humanitario internacional, sino también de favorecer la búsqueda de un auténtico desarrollo humano integral.

A diez años de un logro notable, que ha abierto la vía a un mundo sin minas antipersona, los Estados que forman parte de la Convención sobre dichas minas se encuentran de nuevo para evaluar el camino recorrido y detectar los retos que todavía han de afrontarse, antes de que se pueda asegurar que los riesgos de esas armas insidiosas ya no existen y que todas sus víctimas están dignamente atendidas. En éste, como en otros campos, la voluntad política y humanitaria, así como el compromiso concreto, se han de

renovar día a día. Las causas nobles merecen un esfuerzo continuo y sin cesar.

Tanto en la política, en la economía o en el campo del desarme, es indispensable volver a poner a la persona en el centro de nuestras preocupaciones. Siempre que los objetivos se han centrado en otras cosas, ha costado a las personas y los pueblos un precio exorbitante, que han pagado con sus vida, su desarrollo y el porvenir de sus familias y comunidades. La Convención sobre las minas antipersonal ha sido pionera en este campo. Las víctimas y sus familias han sido el centro de nuestra atención y deberían seguir siéndolo, no sólo para que reciban asistencia, sino también considerándoles interlocutores y artífices en la realización conjunta de los objetivos de la Convención.

Es cierto que la atención está centrada principalmente en la Convención que se celebra esta semana. Pero es indispensable no perder una visión más amplia para no excluir campos tan cercanos que sería fútil intentar separar. ¿Cómo se pueden discriminar entre las víctimas de las minas antipersona y aquéllas de las bombas de racimo o de las armas ligeras y de pequeño calibre?

¿Cómo se puede desarrollar una acción de desminado de una sola de estas armas sin tener en cuenta las otras? ¿Cómo es posible prohibir las minas antipersona y seguir contaminando impunemente amplias zonas con armas inhumanas, como las bombas de racimo, que en buena parte funcionan como minas antipersonal? La defensa de los intereses nacionales nunca puede ni debe ir en detrimento de las poblaciones civiles, en especial de las más débiles.

La Santa Sede muestra su satisfacción por los éxitos innegables que se han podido lograr en común, y se ha de elogiar y alentar la colaboración entre los Estados, las Naciones Unidas, las Organizaciones Internacionales, el Comité Internacional de la Cruz Roja y la sociedad civil. Esta Convención es también pionera en un modelo que puede ser calificado como multilateralismo renovado, que con el tiempo ha demostrado su validez, en particular y recientemente en el marco de la Convención sobre las bombas de racimo. La creciente toma de conciencia de la propia dignidad y los propios derechos por parte de las personas y poblaciones más damnificadas, así como la voluntad de trabajar juntos en su favor, es también garantía de otros éxitos en diversos campos del desarme.

Son de apreciar los esfuerzos realizados en este marco para cumplir las obligaciones previstas en la Convención, particularmente en lo que se refiere a la asistencia a las víctimas, la destrucción de los arsenales y la limpieza de minas de las regiones afectadas. En un mundo cada vez más globalizado e interdependiente, la paz y el desarrollo son

inseparables. Los unos no pueden beneficiarse sin los otros, y menos aún en detrimento de los otros. A este respecto, es indispensable la cooperación internacional y la inclusión de los países menos favorecidos, con el fin de aumentar las oportunidades de paz en el mundo y crear las condiciones necesarias para la construcción de la prosperidad y el desarrollo integral de la familia humana. «La cooperación internacional necesita personas que participen en el desarrollo económico y humano, mediante la solidaridad de la presencia, el acompañamiento, la formación y el respeto» (*Caritas in veritate*, 47). En estos momentos de crisis, es imperativo no olvidar nuestro deber de ser solidarios, de compartir y de actuar con justicia respecto a los países más afectados y menos favorecidos.

Desde su adopción, la Convención ha conseguido el beneplácito de la mayoría de los Estados del mundo, aunque, desafortunadamente, la adhesión aún no ha llegado a ser universal. La Santa Sede hace, en esta ocasión, un llamamiento a todos los Estados para que reconozcan las deplorables consecuencias humanitarias de las minas antipersonal. En efecto, la experiencia muestra que estas armas han causado más víctimas y daños entre la población civil, que habría que defender, de lo que han servido para defender a los Estados. Los miles de víctimas que siguen provocando nos recuerdan, en el caso de que aún fuera necesario repetirlo, la quimera de querer construir la paz y la estabilidad con una visión exclusivamente militar. Es oportuno reiterar en esta circunstancia que la paz, la seguridad y la estabilidad no pueden estar sólo

en función de la seguridad militar, sino que dependen sobre todo de que se den todas aquellas condiciones que permitan el pleno desarrollo de la persona humana, que tantas veces se ven impedidas por el uso y la presencia de minas antipersonal.

El Santo Padre expresa en esta ocasión su cercanía a todas las víctimas, a sus familias y a los países afectados. Todos ellos necesitan fuerza de voluntad y valor para emprender un proceso de rehabilitación, y precisan también de nuestra ayuda y cercanía hu-

mana. El Santo Padre manifiesta también su satisfacción por el valioso trabajo llevado a cabo por la presidencia noruega y personalmente por Usted, Señora Presidenta. Así mismo, reitera el apoyo sin reservas de la Santa Sede a quienes están comprometidos en la gran tarea de liberar nuestro mundo de las minas antipersonal, a la vez que invoca sobre todos los participantes en esa Conferencia abundantes bendiciones divinas.

*Cardenal Tarcisio Bertone,
Secretario de Estado*

Intervención del Mons. Celestino Migliore, Observador permanente de la Santa Sede ante la Organización de las Naciones Unidas, durante la 64ª sesión de la Asamblea General de la ONU. Tema 49: “cultura de la paz”

Nueva York. Martes, 10 de noviembre de 2009.

Presidente:

Ante todo, mi delegación desea felicitar al secretario general por su relación, que explica las actividades realizadas por los principales organismos de las Naciones Unidas comprometidos en el campo del diálogo interreligioso e intercultural.

La cuestión de la religión y la contribución de las religiones a la paz y al desarrollo se ha planteado de nuevo en las Naciones Unidas durante los últimos años porque resultan urgentes e ineludibles según la opinión del mundo. Hace un siglo y medio, al inicio de la revolución industrial, se presentaba a la re-

ligión como “el opio de los pueblos”. Hoy, en el contexto de la globalización, se la considera cada vez más la “vitamina de los pobres”.

La contribución única de las religiones y el diálogo y la cooperación entre ellas forman parte de su razón de ser, que consiste en servir a la dimensión espiritual y trascendente de la naturaleza humana. De igual modo, tienden a elevar el espíritu, tutelar la vida, dar fuerza a los débiles, traducir ideales en acción, purificar las instituciones, contribuir a solucionar las desigualdades económicas y no económicas, inspirar a sus responsables e ir más allá del sentido normal del deber, permitir a las personas lograr una realización mayor de su potencial natural y contrastar situaciones de conflicto a través de la reconcilia-

ción, los procesos de reconstrucción después de los conflictos y la purificación de memorias marcadas por la injusticia.

Es sabido que, a lo largo de la historia algunas personas y líderes han manipulado las religiones. Del mismo modo, los movimientos ideológicos y nacionalistas han visto las diferencias religiosas como una oportunidad de obtener apoyo para sus causas. Recientemente, la manipulación y el mal uso de la religión con fines políticos han suscitado debates y estimulado deliberaciones en las Naciones Unidas sobre este tema, insertándolo en el contexto de los derechos humanos.

De hecho, ya desde hace tiempo se viene debatiendo en las Naciones Unidas sobre el papel de las religiones y se siente profundamente la necesidad de una visión coherente de este fenómeno y de su enfoque adecuado. Mi delegación quiere presentar algunas consideraciones sobre esta cuestión, para contribuir a una interacción apropiada y eficaz de la religión y de las religiones con los objetivos y las actividades de las Naciones Unidas.

El diálogo interreligioso, o entre confesiones diversas, orientado a estudiar los fundamentos teológicos y espirituales de las diferentes religiones con vistas a una comprensión y una cooperación recíprocas, está resultando cada vez más urgente, una convicción y un esfuerzo concreto entre muchas religiones.

Me alegra recordar aquí el papel guía asumido por la Iglesia católica hace aproximadamente cuarenta años al dirigirse a las

demás tradiciones religiosas con la promulgación del documento conciliar *Nostra aetate*. Hoy, muchas confesiones cristianas y otras religiones están comprometidas en el diálogo con programas propios, y, de este modo, han seguido progresando hacia una mayor comprensión recíproca. A este propósito, la Santa Sede ha puesto en marcha una serie de iniciativas para promover el diálogo entre las confesiones cristianas, con creyentes judíos, budistas e hindúes. Hace más de cuarenta años, se creó un Consejo para el diálogo interreligioso y, más recientemente, se ha puesto en marcha una iniciativa, la primera de su género, con los representantes de los 138 firmantes musulmanes del documento *Una palabra común entre nosotros y vosotros*. Este compromiso mira a promover un respeto, una comprensión y una cooperación mayores entre creyentes de diversas confesiones, a estimular el estudio de las religiones y a promover la formación de personas que se dediquen al diálogo.

Este tipo de diálogo teológico y espiritual requiere que se realice entre creyentes y adopte una metodología apropiada. Al mismo tiempo, pone una premisa y una base indispensables para esa cultura del diálogo y la cooperación mucho más amplia que la que varias instituciones académicas, políticas, económicas e internacionales han emprendido durante los últimos decenios.

Recientes acontecimientos sociales y políticos han renovado el compromiso de las Naciones Unidas por integrar sus reflexiones y su acción orientadas a la consolidación de una cultura del respeto con

una solicitud específica por la comprensión interreligiosa. Los protagonistas de este diálogo son los Estados miembros en su interacción con la sociedad civil. Su enfoque y su metodología brota de la misión y del objetivo mismos de las Naciones Unidas.

Sin embargo, considerando el espíritu y la letra de la Carta de las Naciones Unidas, así como de los instrumentos jurídicos más importantes, es justo afirmar que la responsabilidad específica y primaria de las Naciones Unidas ante la religión consiste en discutir, explicar y ayudar a los Estados a garantizar plenamente, en todos los niveles, la realización del derecho a la libertad religiosa, tal como se afirma en

los documentos pertinentes de las Naciones Unidas, que incluyen el pleno respeto y la promoción no sólo de la libertad fundamental de conciencia sino también de la libertad de expresión y de práctica de la religión de cada uno, sin restricciones.

De hecho, el objetivo y el fin definitivos de las Naciones Unidas en la búsqueda de la comprensión y la cooperación interreligiosa son lograr comprometer a los Estados, así como a todos los sectores de la sociedad humana, a que reconozcan, respeten y promuevan la dignidad y los derechos de toda persona y de toda comunidad en el mundo.

Gracias, presidente.

Declaración para la tutela de la figura del Papa

Sobre todo a lo largo de estos últimos años, se ha podido constatar el creciente afecto y estima cordial de muchos respecto a los Sumos Pontífices, a quienes algunos desean dedicarles instituciones universitarias, escolares o culturales, así como asociaciones, fundaciones u otras entidades.

Teniendo en cuenta esta situación, se declara que compete exclusivamente a la Santa Sede la legitimidad de tutelar en todas las formas el debido respeto a los Sucesores de Pedro y, por tanto, de salvaguardar su figura y su identidad personal de aquellas iniciativas que usen sin autorización

el nombre y/o el escudo de los Papas para fines y actividades que en poco o nada tienen que ver con la Iglesia Católica. En efecto, a veces, con el uso de símbolos y logotipos eclesiales o pontificios, lo que se pretende es dar credibilidad y autoridad moral a lo que se está promocionando u organizando.

Así pues, tanto el uso de lo que se refiere directamente a la persona o al ministerio del Sumo Pontífice (nombre, imagen y escudo), como de la denominación "Pontificio/Pontificia", debe contar con la autorización expresa y previa de la Santa Sede.

CONGREGACION PARA EL CLERO

Carta a los sacerdotes sobre la obediencia, del Arzobispo Mauro Piacenza, secretario de la Congregación vaticana para el Clero

Martes 24 de noviembre de 2009.

Queridos hermanos en el sacerdocio:

A pesar de que no están vinculados al solemne voto de obediencia, quienes van a recibir el Sacramento del Orden pronuncian la “promesa” de “filial respeto y obediencia” al propio ordinario y sus sucesores. Aunque sea diferente el estatuto teológico entre un voto y una promesa, es idéntico el compromiso moral totalizador y definitivo, e idéntico el ofrecimiento de la propia voluntad a la voluntad de Otro, a la voluntad Divina, eclesialmente mediada.

En nuestro tiempo, entretelado de relativismo y de modelos democráticos, de autonomismos y liberalismos, parece que sea cada vez más incomprensible - cada vez más - esta promesa de obediencia. Tantas veces se la concibe como una disminución de la dignidad y de la libertad humana, o como una permanencia arcaica de costumbres obsoletas, típicas de una sociedad incapaz de una auténtica emancipación.

Nosotros, que vivimos la obediencia auténtica, sabemos muy bien que no es así. Nunca la obediencia en la Iglesia ha sido contraria a la dignidad y al respeto de la persona y nunca debe concebirse como una substracción de la responsabilidad o como fruto de una alienación.

El rito utiliza un adjetivo fundamental para una comprensión adecuada de tal promesa; define la obediencia añadiendo el “respeto” y el adjetivo “filial”. El término “hijo”, en todo idioma, es un nombre relativo, que implica la relación entre padre y el mismo hijo. En este contexto relacional debe entenderse la obediencia, que hemos prometido. Un contexto en el que el padre ha sido llamado a ser verdaderamente padre, y el hijo a reconocer la propia filiación y la belleza de la paternidad, que le ha sido dada. Como ocurre en la misma ley de la naturaleza, nadie elige a su propio padre y, por ende, nadie elige a sus propios hijos. Así pues, todos hemos sido llamados, padres e hijos, a contemplarnos mutuamente con una mirada sobrenatural, de gran misericordia recíproca y de gran respeto, es decir, con esa capacidad de ver siempre en el otro el Misterio que lo ha generado y que en última instancia le constituye. En definitiva, el respeto es simplemente esto: mirar a alguien teniendo presente a Otro.

Sólo en un contexto de “filial respeto” es posible una auténtica obediencia, que no sea sólo formal o una mera ejecución de las órdenes, sino que sea apasionada, en plenitud, atenta y que pueda producir en sí frutos de conversión e de “vida nueva” en quien la vive.

La promesa se hace al ordinario en el momento de la ordenación y a sus “sucesores”, porque la Iglesia huye siempre de ex-

cesivos personalismos. Tiene como centro la persona, pero no los subjetivismos, que le hacen perder el contacto con la fuerza y de la belleza histórica y teológica de la institución. También en la institución, que es de origen divino, está presente el Espíritu. Por su propia naturaleza, la institución es carismática y lógicamente debe unirse libremente a ella; en el tiempo (sucesores) significa poder “permanecer en la verdad”, permanecer en Él, presente y operante en su cuerpo vivo que es la Iglesia, en la belleza de la continuidad del tiempo y de los

siglos, que nos une sin rupturas a Cristo e a los Apóstoles.

Pidamos a la Esclava del Señor --obediencia por excelencia, a Ella que en el cansancio cantó su “ aquí estoy, hágase en mí según tu palabra”-- la gracia de una obediencia filial, plena, alegre y pronta; una obediencia que nos libre de todo protagonismo y pueda mostrar al mundo que es verdaderamente posible entregarse totalmente a Cristo y realizarse plenamente como auténticos hombres.

Carta a los sacerdotes sobre la oración, del cardenal Cláudio Hummes, prefecto de la Congregación para el Clero

Miércoles, 9 de diciembre de 2009.

Queridos Presbíteros:

La oración ocupa necesariamente un sitio central en la vida del Presbítero. No es difícil entenderlo, porque la oración cultiva la intimidad del discípulo con su Maestro, Jesucristo. Todos sabemos que cuando ella falta la fe se debilita y el ministerio pierde contenido y sentido. La consecuencia existencial para el Presbítero será aquella de tener menos alegría y menos felicidad en el ministerio de cada día. Es como si, en el camino del seguimiento a Cristo, el Presbítero, que camina junto a otros, comenzase a retardarse siempre más y de esta manera se alejase del Maestro, hasta perderlo de vista en el horizonte. Desde este momento, se encuentra perdido y vacilante.

San Juan Crisóstomo, comentando en una homilía la Primera Carta de San Pablo a Timoteo, advierte sabiamente: “El diablo interfiere contra el pastor [...] Esto es, si matando las ovejas, el rebaño disminuye, eliminando al pastor, él destruirá al rebaño entero”. El comentario hace pensar en muchas de las situaciones actuales. El Crisóstomo advierte que la disminución de los pastores hace y hará disminuir siempre más el número de los fieles de la comunidad. Sin pastores, nuestras comunidades quedarán destruidas.

Pero quisiera hablar aquí de la necesidad de la oración para que, como dice el Crisóstomo, los Padres venzan al diablo y no sean cada vez menos. Verdaderamente sin el alimento esencial de la oración, el Presbítero enferma, el discí-

pulo no encuentra la fuerza para seguir al Maestro y, de esta manera, muere por desnutrición. Consecuentemente su rebaño se pierde y, a su vez, muere.

Cada Presbítero, pues, tiene una referencia esencial a la comunidad eclesial. Él es un discípulo muy especial de Jesús, quien lo ha llamado y, por el sacramento del Orden, lo ha configurado a sí, como Cabeza y Pastor de la Iglesia. Cristo es el único Pastor, pero ha querido hacer partícipe de su ministerio a los Doce y a sus Sucesores, por medio de los cuales también los Presbíteros, aunque en grado inferior, participan de este sacramento, de tal manera que también ellos llegan a participar en modo propio al ministerio de Cristo, Cabeza y Pastor. Esto comporta una unión esencial del Presbítero a la comunidad eclesial. Él no puede hacer menos de esta responsabilidad, dado que la comunidad sin pastor muere. Como Moisés, el Presbítero debe quedarse con los brazos alzados hacia el cielo en oración para que el pueblo no perezca.

Por esto, el Presbítero debe permanecer fiel a Cristo y fiel a la comunidad; tiene necesidad de ser hombre de oración, un hombre que vive en la intimidad con el Señor. Además, tiene la necesidad de encontrar apoyo en la oración de la Iglesia y de cada cristia-

no. Las ovejas deben rezar por su pastor. Pero, cuando el mismo Pastor se da cuenta de que su vida de oración resulta débil, es entonces el momento de dirigirse al Espíritu Santo y pedir con el ánimo de un pobre. El Espíritu volverá a encender la pasión y el encanto hacia el Señor, que se encuentra siempre allí y que quiere cenar con él.

En este Año Sacerdotal, queremos orar con perseverancia y con tanto amor por los Sacerdotes y con los Sacerdotes. A tal efecto, la Congregación para el Clero, cada primer jueves de mes, a las cuatro de la tarde, durante el Año Sacerdotal, celebra una Hora eucarística-mariana en la Basílica de Santa María la Mayor, en Roma, con los Sacerdotes y por los Sacerdotes. Con gran alegría, muchas personas acuden a rezar con nosotros.

Queridísimos Sacerdotes, la Navidad del Señor está a la puerta. Quisiera daros mis más y mejores augurios de Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo 2010. Junto al pesebre, el Niño Jesús non invita a renovar hacia Él aquella intimidad de amigo y de discípulo para enviarnos de nuevo como sus evangelizadores.

Cardenal Cláudio Hummes, Arzobispo Emérito de San Pablo, Prefecto de la Congregación para el Clero



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

DICIEMBRE

- Día 2: Inauguración del Curso de Doctrina Social de la Iglesia 2009-2010 con la conferencia del Excmo. y Rvdm. Sr. D. Jesús Sanz Montes, OFM, Obispo electo de Oviedo y Obispo de Huesca y Jaca, con el título “Identidad cristiana. Convicciones versus Sociología”, en el Centro Cultural de la Diputación.
- Día 7: Vigilia de la Inmaculada en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.
- Día 8: Celebración Eucarística en el Seminario Menor en la fiesta de su Patrona, María Inmaculada.
- Día 9: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 12: Retiro de Adviento para jóvenes.
- Día 15: Inauguración de la Exposición de “Belenes del mundo” en el Obispado, donde permanecerá abierta hasta el día 5 de enero de 2010.
- Día 17: Exequias por el E. D. del Rvdo. Manuel Álvarez Rodríguez en la Parroquia de San Salvador de Arnoya.
- Días 13-18: Ejercicios Espirituales de sacerdotes en la Casa Diocesana de Ejercicios.
Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos en la Casa de Ejercicios.
- Día 21: Celebración de la Luz de la Paz de Belén en la Iglesia de Santa María Madre.
- Día 22: Reunión del Consejo Episcopal.



Beati misericordes